

CRIMEN & CIA.

***Roger L.
Simon***

***CALIFORNIA
ROLL***



Moses Wine, detective privado, vuelve, aunque algo más viejo y preocupado por encontrar un empleo estable. Pero la californiana de la *high tech* hace el milagro y Wine encuentra trabajo como jefe de seguridad en una empresa de ordenadores en Silicon Valley. Todo parece de nuevo sonreírle. Consigue un nuevo coche, una nueva casa y una nueva compañera. Pero algo continúa como siempre: los crímenes le siguen a todas partes.

Wine descubre el cadáver de un empleado y empieza a comprender que la compañía Tulip de ordenadores le ha tendido una trampa formidable. La investigación le lleva a recorrer el nuevo mundo de la informática y la tecnología, el norte de California, Los Ángeles, las calles de Tokio...



Roger L. Simon

California Roll

Moses Wine - 4

Crimen & Cia. - 2

ePub r1.2

Titivillus 12.01.17

Título original: *California Roll*
Roger L. Simon, 1985
Traducción: Jorge Luis Mustieles Rebullida
Ilustraciones: Jordi París

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Renée

1

NUNCA antes me había vendido, porque nunca nadie me lo había propuesto. En total, la cosa llevó unos veinte minutos. Habría podido hacerse en tres, pero el tipo que estaba al otro extremo de la línea se disculpaba tan profusamente que no me daba la oportunidad de decirle que sí.

De hecho, si él hubiera tenido idea del estado de depresión en que me hallaba entonces, habría sabido que le bastaba con silbar. Estaba atravesando una pronunciada crisis de los cuarenta, en algún lugar entre los *Passages* de Gail Sheehy y el consultorio de un diario de provincias de poca monta, y me sentía como un estereotipo humano. Pasaba casi todo el tiempo sentado en mi cuarto, en albornoz, escuchando discos de Leadbelly y lamentándome de mi situación: a tres meses vista de mi cuadragésimo cumpleaños seguía siendo un detective privado, y lo único que le había sacado al asunto era una casita de dos habitaciones con goteras en Wonderland Drive y un destartalado Porsche con un serio problema en la transmisión. Mis ideas políticas, cuando podía recordarlas, parecían el refrito de una edición barata de Marcuse con veinte años de antigüedad. Mi trabajo, cuando lo tenía, era aburrido. Y mi cuerpo, a pesar de todos mis esfuerzos por impedirlo, estaba comenzando su lenta e inexorable decadencia hacia el olvido.

Además de esto, mis hijos estaban haciéndose adultos y no querían tener mucho que ver conmigo, salvo alguna visita ocasional y demasiado cara a un restaurante de *sushi*, mientras que mi ex esposa, que había abandonado la facultad de Derecho para irse a

vivir con un productor cinematográfico que poseía un chalet cerca de una estación de esquí en Vail y una casa en la playa de Maui, todavía me reclamaba la pensión alimenticia. Para completar el cuadro, mi propia vida amorosa andaba hecha un desastre desde que la gloriosa Louise, después de vivir tres años juntos, había decidido regresar con el imbécil corredor de bolsa de su marido porque, después de todo, también tenía que pensar en su seguridad. Y por todas partes veía a mis antiguos compañeros de los años sesenta haciéndose ricos. «Al carajo, Moses —me decían—. Reagan está en la Casa Blanca. Si no puedes vencerlos, júnete a ellos!».

Así que, cuando sonó el teléfono aquél, miércoles por la mañana, hace seis meses, estaba más que dispuesto, pero también un poco a la defensiva y quizá algo paranoico. El tipo que venía a rescatarme dijo que se llamaba Alex Wiznitsky. Lo primero que pensé fue que se trataba de una broma. Wiznitsky —o el Wiz, como le llamaban afectuosamente— aparecía en la portada del *Time* de esa semana, Wiz, el niño prodigio, ¿se ha acabado el milagro?, proclamaba un titular sobre la cara de resolución y bien parecida de un adolescente bastante crecido con una pelambrera a lo Norman Rockwell que le caía sobre la frente como a Beau Bridges. A sus espaldas, docenas de cajas de ordenadores sin vender se amontonaban hasta el techo de un almacén imaginario. Me preguntó si había oído hablar de él.

—Claro —respondí, reprimiendo una sonrisa a pesar de que estábamos hablando por teléfono—. Claro que he oído hablar de ti.

—Sí, bueno, yo, ah..., yo también he oído hablar de ti.

—Muy bien. Entonces los dos hemos oído hablar el uno del otro.

—Se produjo una larga pausa—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Yo... Ya sé que vas a decirme que no, no sé ni por qué me molesto en preguntártelo, pero... Quiero decir, tú nunca trabajarías para una corporación, ¿verdad?

Esta vez no pude reprimir la sonrisa.

—Bueno, si he de ser sincero contigo, yo...

—Ya me lo parecía. Lo entiendo perfectamente —me interrumpió antes de que pudiera añadir nada más—. Las corporaciones son instrumentos de un sistema represivo cuya principal finalidad es la su sublimación del individuo a la codicia colectiva. —Además era tartamudo, ese Wiznitsky—. Yo tampoco habría aceptado ja ja más trabajar para una de ellas si no

la hubiera fun fun dado yo mismo. Quiero decir que ni siquiera había oído hablar nunca de una emisión pública de acciones hasta dos semanas antes de lanzar yo una. Bueno, sí que había oído hablar, pero...

Supuse que se refería a la emisión de acciones sobre la que había estado leyendo en aquel ejemplar del *Time* la noche anterior, la que le había producido 234 millones de dólares netos a los treinta y un años. No me enteré hasta más adelante de que aquellos 234 millones de dólares se habían reducido ya a la menguada suma de 116 millones, debido a la baja de las acciones de alta tecnología y a la constante amenaza de la GTI —General Technology Incorporated—, el coloso multinacional que empezaba a abrirse camino en el mercado del ordenador personal, devorando a sus competidores como a otros tantos cachorros aterrorizados. Pero para entonces yo también había experimentado algunos cambios: estaba viviendo en una casa de ensueño en el norte de California, hecha de madera de secuoya y valorada en

400 000

dólares; conducía un BMW 533 sobrealimentado, propiedad de la compañía; salía con una nueva amiga que era la presidente de una firma de robótica de moda y visitaba a un terapeuta seguidor de la Gestalt que hacía también de *roshi* Zen para que me ayudara a adaptarme a mis recién hallados riqueza y posición.

La riqueza procedía de los

105 000

dólares anuales más opción de compra de acciones que el Wiz me había ofrecido, tras una larga serie de entrecortadas disculpas, por convertirme en el director de seguridad de Tulip. La posición se debía al propio trabajo, que, en Silicon Valley, era, supongo, como decir en las carreras anuales de Ascot que uno era un hombre de la reina. Al fin y al cabo, era en el Valley donde se estaban creando las nuevas leyendas, y la mayor de todas ellas era la Tulip: una compañía que había pasado de cuatro empleados que trabajaban en un garaje de Palo Alto detrás de un Pioneer desmontable a figurar entre «Los 500 hombres más acaudalados» en menos de tres años. Y el genio que lo había hecho posible era Wiz, el renuente debutante que había ideado el Tulip I y el II, esos atractivos aparatitos de sobremesa que revolucionaron Estados Unidos, a pesar de que casi

nunca eran utilizados y permanecían dentro de su embalaje en el estudio de la familia, porque nadie alcanzaba a imaginar cómo funcionaban los condenados cacharros.

El problema fue que este debutante era tan renuente que tuve que repetir mis palabras de seis maneras distintas para hacerle comprender que sí, que me interesaba el empleo.

—Wiz..., ¿por qué habría yo de querer seguir siendo un detective privado, y pasarme el tiempo esperando a que me llame un abogado especializado en juicios por lesiones para encargarme que entreviste a siete testigos de una abolladura de parachoques en la autopista de Hollywood, cuando podría hacer mi fortuna contigo en Silicon Valley?

—¿A eso te dedicas? ¿Ju juicios por lesiones? —Parecía auténticamente sorprendido, casi dolido.

—Noventa y nueve veces de cada cien. El resto consiste en hacer gestiones para viudas, viudas feas que se pasan el día embadurnándose con crema Porcelana.

—Pero ¿y los casos políticos? ¿La lucha en favor de los pobres y las minorías, la defensa de los revolucionarios contra los po policías?

—Vamos, Wiz. Todo eso se acabó con los Buffalo Springfield. —Pero en seguida me pregunté cómo podría él saberlo, si entonces tenía diez años.

—¿Quieres decir que aceptas el puesto? —Parecía casi decepcionado.

—¿Cuándo empiezo?

—En cualquier momento. Ah, puedes venir ma mañana, si quieres.

—Estupendo. Pero he de advertirte una cosa: no sé nada en absoluto sobre ordenadores. Apenas si soy capaz de conectar mi estéreo.

—Necesito a alguien con una cierta sensibilidad para este tra trabajo.

No estuve seguro de que lo hubiera dicho como un cumplido. De hecho, ni siquiera estaba seguro de tener la más remota idea de qué quería decir, pero de todas formas le respondí que sería un placer ir allí.

—¡Hey, ah, es magnífico! Me siento abrumado de pensar que

aceptas. Quiero decir, es un com completo honor.

Esos chiflados de los ordenadores sabían usar bien las palabras.

—A mí también me complace —contesté, sintiéndome cuarenta años más viejo que el tipo—. No he vuelto a tener un seguro de enfermedad desde que era un estudiante.

—Perfecto... Ah, ¿Moses?

—¿Sí?

—¿Llegaste a ver alguna vez a Ja Janis Joplin en directo con el grupo original de Big Brother and the Holding Company?

Dios mío, pensé. Pero ¿qué es este individuo? ¿Un loco nostálgico? No estaba dispuesto a dignificarlo con una respuesta, ni aunque fuera mi nuevo jefe.

Silicon Valley resultó ser como el Klondike en los cinco últimos años de la fiebre del oro. Parecía que todos los estafadores baratos y todos los artistas del timo del mundo conocido se hubieran dado cita en esta franja de cuarenta kilómetros de zonas industriales, centros comerciales y establecimientos de comidas rápidas que bordean la autopista 101 entre San José y Palo Alto, para especular, manipular, negociar y hacer fortuna antes de que las minas de alta tecnología se agotaran. Pero esta fiebre del oro era diferente, porque precisamente cuando todo el mundo andaba diciendo que las minas ya estaban agotadas, que la carrera había terminado, aparecía alguien con un invento nuevo y sorprendente y el juego volvía a empezar, una y otra vez hasta... hasta nadie sabía cuándo: hasta que el mundo se hartara de los juegos de vídeo, los espejos láser, los circuitos de memoria o un nuevo microordenador super transportable de peso pluma para jugar con él en el asiento trasero del coche familiar.

El día que llegué allí me metí directamente en un atasco de tráfico tan malo como cualquiera de los que había visto en Los Ángeles. Una tenue neblina de aquella conocida sustancia amarillenta se extendía sobre la autopista, y había automóviles casi tocándose uno a otro hasta Santa Clara. Tardamos más de cuarenta y cinco minutos en recorrer los once kilómetros de carretera que había desde el aeropuerto de San José hasta la sede de la Tulip en Sunnyvale. El «tardamos» en este caso se refería a mí y a mi

conductora, Sharon Kucak, una emigrada de Haverhill, Massachussets, de veintitrés años de edad y aspecto decepcionantemente ratonil, que se presentó como mi «asociada de área». Rápidamente llegué a la conclusión de que en la jerga local eso equivalía a secretaria. Avanzamos a paso de tortuga en su Honda Accord —el coche de rigor, como no tardé en descubrir, para los empleados de Silicon Valley de medio y bajo nivel—, mientras yo iba respondiendo a sus preguntas obligadas acerca de cómo era realmente eso de ser un detective privado. Luego me tocó a mí escuchar sus quejas a propósito de su acompañante, un ingeniero de la Hewlett Packard que estaba siempre demasiado ocupado trasteando en su ordenador para llevarla a uno de los clubs de la Nueva Ola en San Francisco, o incluso para salir a pasear por los bosques de secuoyas. Llevábamos recorrido más de medio camino a Sunnyvale cuando se volvió para mirarme con expresión preocupada.

—Pareces un buen chico, Moses, aunque creo que vale más que te advierta de algo. —En su voz se notaba una especie de ominoso terror multiuso que me recordó a mi madre. En aquel momento estábamos pasando ante un monolito granítico con las palabras micro dispositivos avanzados llamativamente dispuestas sobre una especie de puerta cochera de la era espacial en acero Cor Tel.

—Hay muchos en la compañía que no pueden comprender por qué Wiz te ha contratado. Quiero decir, les agrada que estés con nosotros y todo eso, pero dicen que no sabes nada sobre ordenadores y que tampoco tienes ninguna experiencia en sistemas técnicos de seguridad.

—Y tienen razón.

—Dicen que Wiz te ha contratado sólo para incordiar a Witherspoon.

—¿Quién es Witherspoon?

—El nuevo OES.

Sharon pareció preocuparse aún más cuando advirtió por mi expresión que yo no tenía la menor idea de lo que era un OES. Se pasó la mano ante los ojos y estuvo a punto de chocar con el Mercedes que nos precedía. Me di cuenta entonces de que estábamos nadando en un mar de Mercedes, un porcentaje superior incluso al que se ve en Malibú o en Rodeo Drive, de Beverly Hills.

—El OES es el oficial ejecutivo superior de una corporación —explicó Sharon, como si yo fuera el chico torpe en una clase de lectura para retrasados—. Mal Witherspoon acaba de pasarse a Tulip desde la Compañía de Detergentes Bellflower, donde era su OES.

—¡Y hablan de mí! Me parece un historial un tanto extraño para un ejecutivo de una empresa de ordenadores.

Sharon pareció desconcertada.

—Mal Witherspoon llevó a Detergentes Bellflower desde la nada al número dos, detrás de Tide, en menos de un año. ¿No has oído su canción publicitaria? «Bellflower convierte sus platos en la bella del baile». —Admití que la había oído, *ad nauseam*, por la radio—. La escribió él —continuó Sharon—. Como sabes, Moses, hasta hace un par de años, las compañías del Valley podían mantenerse exclusivamente a base de tecnología, pero ahora nos hace falta *management*, promoción. Hemos de competir. No podemos limitarnos a ser unos pequeños intelectuales presumidos con avisadores electrónicos en el cinturón. ¡Debemos ser verdaderas corporaciones!

—Quieres decir que lo importante no es lo que se vende, sino cómo se vende.

Sharon volvió a parecer molesta conmigo. En ese preciso instante supe que posiblemente tendríamos algunas dificultades, aunque ella fuese mi «asociada de área».

—Sólo pretendía avisarte, por si alguien te vuelve la espalda. O por si la gente de Witherspoon viene a fisgar. Querían contratar al jefe de policía de Oakland, que según ellos estaba mejor cualificado.

—Me dirigió una sonrisa—. Pero yo creo que vas a hacer una labor magnífica.

—Gracias —contesté, al tiempo que cruzábamos las puertas de la Corporación de Ordenadores Tulip, dos esculturas de Lucita de más de quince metros de altura con la conocida forma de flor del logotipo de la compañía. Tras ellas se alzaban cuatro grandes edificios de hormigón, con vigas de acero al descubierto y ventanas de invernadero que parecían gigantescos Tinkertoys. Con evidente orgullo, Sharon los identificó para mi conocimiento: administración, investigación y desarrollo, producción y, finalmente, la línea de montaje aún sin terminar para el próximo ordenador Bulb, que

estaría completamente robotizada. A un lado estaban la cafetería de la empresa, conocida por sus *brioche*s frescos y por su Cabernet Sauvignon de Alexander Valley, y el «parque recreativo», con un gimnasio plenamente equipado y una pista de *jogging* decorada con plantas originarias de California.

—¡Es como un campamento de verano! —exclamó ella.

Aparcamos el automóvil en una zona de visitantes y nos encaminamos al edificio de la administración. Sharon aprovechó la oportunidad para señalarme el Código Ético de Tulip (el «CET») visiblemente grabado en bronce junto a la puerta principal: ESTA CORPORACIÓN ES PROPIEDAD DE TODOS. EL PRODUCTO ES MÁS IMPORTANTE QUE EL BENEFICIO. ¡HAY QUE SERVIR AL PÚBLICO!

—Esto lo escribió el propio Wiz. En la época del garaje. ¡Y figura en todos los tablones de anuncios! —se entusiasmó, como si estas tres breves frases fueran un cruce entre las Analectas de Confucio y el Sermón de la Montaña. Nos apartamos de la placa y abrió la puerta del edificio.

—Suenan un tanto idealista.

—Sí, bueno, esta compañía es bastante idealista. Ni siquiera tenemos relojes para fichar... Ya sabes cómo son los *nerds* —añadió, pensativa, mientras le mostraba su placa de seguridad a un guardia—. Les gusta trabajar de una a cuatro de la madrugada y luego salir a comer una *pizza*... Tendrás que rellenar uno de éstos. —Señaló un pase temporal. Escribí mi nombre junto a las palabras «Invitado de Tulip», lo prendí en mi chaqueta y seguí a mi «asociada de área» hacia el ascensor.

Sharon esperó discretamente en el exterior de la oficina de Wiz, a pesar de que sólo era una superficie sin puertas —como los restantes espacios de trabajo abiertos en el piso superior del edificio de administración— limitada por mamparos recubiertos de corcho y brillantes paneles de formica con los colores tradicionales de Tulip, melocotón y lima. Cuando entré directamente, ya que no sabía si debía llamar ni tampoco dónde hacerlo, oí música de Vivaldi que se filtraba suavemente desde unos altavoces alojados en el techo. Wiz estaba sentado ante una redonda mesa de roble, con unos tejanos descoloridos y una camisa de gamuza color caqui, observando los promedios de Dow Jones que pasaban por el terminal de un Ii. Si no hubiera visto su foto en el *Time*, habría supuesto que era uno más de los jóvenes programadores que trabajaban en esa planta. De pie

a sus espaldas, señalando hacia la pantalla, había un caballero alto y de aspecto patricio que usaba una camisa blanca hecha a medida y que me recordó a George Plimpton.

—Ya te lo había dicho —proclamaba el patricio—. Cinco días consecutivos: Tulip baja cuatro, GTI sube tres. Nos verán ahogados antes de seis meses.

Wiz negó con la cabeza.

—Va vamos bien.

—¡No seas ingenuo! —El patricio se rio, condescendiente—. Hemos bajado cuarenta puntos.

—Eso es bu bueno. Tenemos que subir y bajar. Es la en entropía natural del universo. El destino más elevado de las matemáticas es el descubrimiento de orden en el de desorden. Sólo la energía permanece constante.

—¿Cómo?

—Lo dijo Norbert Wiener, el ci cibernético. Cuando tenía diez a años escribió la Teoría de la Ignorancia.

—¿Y qué tiene ése que ver con el mercado de valores?

—¡To todo! —exclamó Wiz, radiante.

—Sí, claro. —El patricio se volvió con impaciencia y me vio de pie a su lado.

—Moses Wine —me presenté—. Tengo una cita con el Wiz.

Por un instante, pareció desconcertado.

—Oh, sí. Lo siento. Naturalmente... Nuestro nuevo director de seguridad. —Me tendió la mano—. Mal Witherspoon. Soy el ogro del país de los detergentes.

—Ya he oído hablar de usted.

—Mo Mo Moses —dijo el Wiz, incorporándose de un salto—, me alegro mu muchísimo de conocerte.

Estreché las manos de ambos.

—Tiene usted una notable reputación —observó Witherspoon—. Única, única.

—No sé muy bien cómo debo interpretarle.

—Y verdaderamente ha llegado justo a tiempo. Aquí tenemos una guerra y estamos combatiendo en dos frentes. Ya se habrá enterado del primero. —Hizo un ademán señalando el ordenador—. La infame GTI. Pero Wiz y yo estamos de acuerdo en que puede ayudarnos mucho en el segundo frente.

Se interrumpió para mirar a Wiz, cuya mente estaba en otro lugar.

—Mo Mo Moses, hay una cosa que quería preguntarte cuando te llamé. ¿Has leído el *Zohar*? ¿La pa parte que dice que na nada se pierde en el mundo, ni siquiera el va vapor que sale de nuestras bocas?

—No.

Pareció llevarse una decepción. Witherspoon contuvo un suspiro de irritación.

—¿Por qué no le explicamos a Moses lo de nuestro segundo frente?

Wiz sacudió la cabeza con aire distraído.

—Ya ve usted los frutos del trabajo de este hombre. —Witherspoon señaló a Wiz con la cabeza—. Los brillantes inventos que ha hecho en estos últimos años nos están siendo robados por todo el mundo: los japoneses, los coreanos, principalmente los chinos. Y los venden por la mitad del precio a que podemos vender nosotros.

—No fui yo so solo. Yo no construí estos ordenadores a solas. Son el producto de...

—Un esfuerzo colectivo. Sin duda. —El hombre de más edad bajó los ojos, con cansancio. Estaba claro que aquella pareja tenía tantas cosas en común como Joan Baez y Nancy Reagan—. Mire, la cuestión es que, colectivo o no, el trabajo de esta compañía está siendo expoliado por todos los costados. Hemos tratado de impedirlo con métodos legales, pero... —Extendió una mano hacia un grueso fajo de documentos—. Es inútil. Comprenda: en Oriente, copiar el trabajo de otra persona no está mal visto. Es un arte antiguo y respetado. No tienen leyes de *copyright* y tampoco hacen caso de las nuestras. Con su mano de obra barata, sólo tiene que tomar un ordenador, copiarlo y empezar a producirlo sin tener que pagar ni un centavo de nuestros inmensos gastos de investigación y desarrollo. No es justo, ¿verdad?

Tuve que convenir en que no lo era.

—Lo que queremos de usted es que acabe con todo esto.

—Oh —exclamé, mientras me asaltaban visiones de mí mismo entrando en una fábrica de Singapur llena de obreros mal pagados, para destruir con un martillo pilón todo un cargamento de

ordenadores en embrión. No me pareció una misión muy fructífera.

—Naturalmente, también tendrá los habituales problemas administrativos que conlleva la supervisión de una plantilla de cincuenta y dos guardias de seguridad.

De repente, empecé a sentir dolor de cabeza.

—Frank Greenwater, director de instalaciones, será su inmediato superior. Él responde directamente ante mí. Ya comprendo que la jerarquía de una corporación puede parecerle extraña a un... —esbozó una sonrisa— hombre libre. Pero no se preocupe. Como ya se habrá dado cuenta, gracias a Wiz, aquí en Tulip tenemos bastante independencia. ¿Por qué no me acompaña abajo? Le presentaré a Frank.

—N no —intervino Wiz de pronto—. Lu luego. Quiero ha hablar con Moses a solas.

Witherspoon le miró fijamente unos instantes.

—Tú eres el médico —respondió secamente, y apartó la mirada—. Ha sido un placer conocerle. —Saludó con la cabeza y se alejó. Yo me quedé observando a Wiz, quien ya volvía a estar ocupado en su ordenador, pulsando teclas rápidamente. Una serie de ecuaciones incomprensibles cruzaron la pantalla como almadías río abajo.

Al cabo, se detuvo y me hizo gestos para que me acercara. Di un paso adelante mientras él desconectaba el terminal de vídeo y abría la tapa del ordenador.

—Que quería mostrarte esto —explicó—. Hay mu mucha gente que le tiene miedo. —Señaló al interior del aparato—. Esto es la placa ma matriz y ésos son los microchips, que re reciben las señales del te teclado y las procesan. Es como una gran oficina de con contabilidad. Allí están las puertas de expansión en se serie y en paralelo. Conectan con la impresora. La in información entra y sale. En realidad, es una máquina muy sen sencilla. Muy lógica e i inocente. Por eso me me gusta. —Cerró otra vez la tapa y pasó amorosamente sus dedos sobre las ranuras de ventilación del costado—. No es como la vida. —Su expresión se volvió melancólica cuando alzó la vista hacia mí—. Fue gra grandioso, Moses, inventar esto... Más grandioso que el sexo... que las drogas... que el éxtasis re religioso. —De pronto, sus ojos de treinta y un años me parecieron más viejos que el primer ábaco—. Están tra tratando de quitarme la compañía, Moses.

—Me lo figuraba.

—Ya lo ha habrían hecho de no haber sido yo quien la fundó. Pero ahora ya no podrán conseguirlo. Nunca.

2

HABÍA de admitir que me encantaba. Trabajar para una corporación era como trabajar para una madre benigna que lo proporcionaba todo sin hacerle sentir a uno culpable o enfadado. Me encantaba la oficina. Me encantaba la cuenta de gastos. Incluso me encantaba mi «asociada de área». Pero, sobre todo, me encantaba no tener que preocuparme por mí mismo, me encantaba saber dónde estaría cada mañana y qué tendría que hacer. Hasta los chismes de la oficina me resultaban refrescantes después de doce años con el culo al aire.

Me pasé los dos primeros meses familiarizándome con el puesto. Hice un curso elemental de informática en la escuela local, junto a un puñado de amas de casa, a fin de ser capaz de manejar el Tulip II que la compañía había instalado en mi salón de madera de secuoya. Luego seguí un curso intensivo sobre delitos por ordenador, en el que aprendí algo sobre los dispositivos codificadores, la «estafa de datos» y los «ataques salami», una sutil manipulación por la cual los programadores sustraían pequeñas sumas de dinero (como rodajas de salami) de las cuentas informatizadas de la compañía, hasta que se consideraban preparados para tomarse unas largas vacaciones en Suiza. Pero, por encima de todo, estudié el «mercado gris», ese submundo de Silicon Valley en el que los chips de ordenador, a menudo intercambiados por cocaína o heroína, se venden a intermediarios que no hacen preguntas y los envían a Europa y al Extremo Oriente.

Finalmente, seis meses más tarde, me encontré dirigiendo mi primera operación de importancia —una especie de «golpe»

calculado para atrapar a un poderoso magnate de Taiwan llamado Nicky Li, que había estado falsificando en Taipei millares de ordenadores Tulip baratos—, acelerando hacia el Norte por la autopista de Bayshore, más allá de Oyster Point, en mi BMW sobrealimentado. Justo detrás de mí, en un coche blanco y negro, venía Herbert Shear del Escuadrón DATTA, la nueva subdivisión tecnológicamente orientada del Departamento de Policía de San José. A mi derecha, en un Ford Fairlane sin distintivos, estaba Barney Harrison, un corpulento agente del FBI a quien, si no me fallaba la memoria, había conocido unos quince años antes en circunstancias muy distintas. No creo que él me recordara. Nos dirigíamos todos al puerto de San Francisco, a esperar la llegada del SS Chiang II desde Taipei, con una orden de registro para examinar su cargamento de quince mil ordenadores supuestamente de marca Crisantemo y ver si cumplían la legislación sobre patentes de los Estados Unidos. Dado que el pedido lo había hecho yo mismo, a través de un intermediario chino americano llamado Henry Wing, de la recién fundada Importaciones Trans Pacific, tenía buenas razones para suponer que no la cumplían. También había realizado las oportunas gestiones para que el fabricante de dichos ordenadores, el mencionado Nicky Li, se sintiera tan complacido con su nuevo contacto comercial en San Francisco que volara desde Taiwan para presenciar la llegada de los ordenadores, formalizar sus relaciones con Wing y, por supuesto, cobrar su factura contra entrega por un montante de aproximadamente

2 400 000

dólares. Yo había puesto al corriente de todo esto a los periodistas para que, si todo salía bien, pudieran encontrarse presentes y fotografiar a Li en el momento en que los agentes del gobierno confiscaban sus falsificaciones y lo devolvían a Taiwan con las manos vacías, como severa advertencia a los de su calaña de que la importación de Tulips falsos no les iba a resultar, ni mucho menos, tan lucrativa como ellos creían.

Esta operación era el resultado de cuatro meses de minucioso trabajo, y me sentía nervioso cuando giramos por la 28 para bajar hacia los muelles de Third Street. Había logrado llegar hasta Li a partir del robo de una gran partida de semiconductores de una compañía llamada Conductel, a la que Tulip compraba algunos de

sus chips. El culpable, un *junkie* chicano llamado Ortiz que trabajaba en la sección de expedición, fue detenido tres días más tarde. Los chips que se había llevado —del tipo EPROM— eran uno de los puntos clave en la fabricación del Ii, y uno de los más difíciles de copiar. A cambio de clemencia, conseguimos que Ortiz confesara al Escuadrón DATTA que los había vendido en una tienda llamada BilPs A l Wiring, en Mountain View.

Ahora bien, BilPs era una tapadera más evidente que cualquier tugurio de apuestas ilegales que yo hubiera visitado jamás. Herbert Shear y yo nos presentamos allí una tarde para que nos arreglaran el cableado de una lámpara y nos miraron como si fuéramos marcianos. Un par de tipos andaban arriba y abajo, cargando cajones hasta una oficina de correos situada al otro lado de la calle, y en la trastienda alguien mantenía una conferencia de larga distancia con Taiwan. Era Bill. No le gustó mucho vernos, pero al cabo nos dio la dirección de Nicky Li. No le quedaba otra alternativa. Tuvimos suerte porque resultó que Li había producido más Tulips falsificados que cualquier otro fabricante en los últimos tres años. Y ahora sabíamos que había más en camino.

Conque así fue como llegué a participar en este «golpe». Cuando no andaba de un edificio a otro para asegurarme de que alguien se había acordado de conectar los programas de las tarjetas de acceso o de que los pasillos se hallaban despejados para cumplir con las normas federales de seguridad, me preocupaba de la operación. Witherspoon se alegró cuando le hablé de ella, pero a Wiz, por lo que yo sabía, no le interesaba en absoluto. Claro que sólo había hablado con él en dos ocasiones durante los seis meses que llevaba contratado. Se rumoreaba que estaba encerrado diseñando algún nuevo superordenador. En Tulip un montón de gente encerrada en el edificio de investigación y desarrollo, como monjes medievales, trabajando en proyectos secretos que nadie era capaz de comprender —con un poco de suerte, ni siquiera la GTI— y que llevaban nombres elegidos con ironía, como Viuda Negra y Escalpelo.

Nicky Li no estaba encerrado. Debía encontrarse con Henry Wing en el bar del restaurante Imperial Jade de Sacramento Street, en el barrio chino, a las 12.30 del mediodía. Tenían que firmar allí algunos documentos y más tarde irían juntos a los muelles para

inspeccionar la mercancía.

El Imperial Jade era uno de tantos restaurantes cantoneses; lo habíamos elegido por su escasa iluminación y por la variedad de su público. A las 12.15, Shear, Barney Harrison y yo ya estábamos sentados en torno a una mesa del rincón, comiendo un poco de *dim sum* con escaso apetito. Alice Cantwell, periodista del *San Francisco Chronicle*, especializado en el mundo de los negocios, ocupaba otra mesa con Al Glossbrenner, del *New York Times*. A las 12.45 llegó Henry Wing, un ex maestro de escuela de Fremont, de complexión robusta, vestido con un oscuro traje de negocios Stanley Blacker que nos había costado trescientos dólares. Llevaba un portafolios Samsonite. Tomó asiento frente a la barra, sin mirarnos, y pidió un vaso de cerveza. Vi que el camarero le servía una botella de Tsingtao. Wing empezó a consumirla pausadamente, hojeando un periódico local en lengua china.

Li entró exactamente un minuto después de la una. Era un hombrecillo minúsculo, un currutaco, con un traje de piel de tiburón color pizarra y una corbata púrpura. Recorrió la sala con la mirada durante unos segundos y luego cambió unas palabras con el maître, quien lo dirigió hacia Wing, que estaba sentado a la barra. Wing se puso en pie y le estrechó la mano. Desde donde yo estaba, Li no parecía albergar la menor sospecha. Se sentaron los dos ante la barra, donde Wing tenía aún su cerveza por terminar. Li pidió un botellín de Perrier, pronunció unas palabras en chino y extrajo un documento de un sobre de papel manila. Wing le pasó la vista por encima y asintió. Todo estaba en orden. Li le tendió a Wing una estilográfica para que firmara lo que luego resultó ser una hoja de embarque. Shear, Barney y yo intercambiamos una mirada. Todo parecía estar saliendo a la perfección. Justo entonces irrumpió un hombre por la puerta, con un suéter azul marino y una media que le cubría la cara, y dio tres zancadas hacia Li. Antes de que nadie pudiera moverse, alzó una Magnum 357 que sujetaba con ambas manos y esparció pedacitos del taiwanés por todo el espejo del bar.

Aquella noche yo tenía una cita con Sara Blaine, mi nueva amiga, la presidente de Toto Robotics («Toto: el hombrecito que se mueve como una máquina»). Apenas si se podía considerar una cita seria,

porque esos asuntos rara vez duraban dos horas. Así era la vida social en el Valley: cuando no lo impedían motivos comerciales, había que meterla con calzador entre una reunión del Consejo y una clase de aeróbic. Nuestros encuentros solían consistir en un emparedado de pan integral comido a toda prisa en la charcutería local, seguido por unos veinte obligatorios minutos de sexo clínicamente orgásmico. Después de eso, alrededor de las diez, Sara solía saltar de la cama y —cargada de excusas acerca de cómo, en el negocio de los robots, quien no iba hacia adelante se quedaba atrás— regresaba a su oficina a dictar memorándums.

Pero esa noche no fue así. Esa noche quería repasar todo el *Kama Sutra*, más algunos capítulos del *Libro del Tantra* como postre. Cuando quedé exhausto, rodando sobre el colchón como un perro apaleado, ella seguía contemplándome poco más o menos como si se hubiera ido a la cama con una combinación de Sean Connery y Mister T.

—De modo que lo metieron en una bolsa para cadáveres y todo eso, ¿eh?

—Ajá. Es lo que suelen hacer —respondí, acercando una mano hacia la botella de Heineken casi desbravada que había dejado sobre la mesa de noche.

—¡Guau! ¡Qué vida más emocionante llevas! ¿Quién crees que lo hizo? ¿Terroristas?

—Ni idea.

—¿Y qué ha pasado con los ordenadores?

—Están en poder del Servicio de Aduanas.

—¿Qué harán con ellos?

—No mucho. No funcionan.

Sara se enderezó un poco y se estremeció, agitando su oscilante melena rubia que siempre me hacía pensar en un anuncio de Clairol. Luego me miró fijamente, pendiente de todas mis palabras. Tuve que admitir que aquello me gustaba.

—Les habían quitado los chips EPROM —expliqué.

—¿Quién los tiene?

—Nadie que esté en el país. Lo más probable es que ni siquiera llegaran a subir al barco.

—Entonces, seguramente aparecerán dentro de los Tulips falsos de algún otro fabricante —observó gravemente, jugando a la

detective.

Me encogí de hombros fingiendo indiferencia. Lo cierto era que el asunto me tenía absolutamente confundido. Había desencadenado fuerzas que en ningún momento había previsto, y no tenía la menor pista en cuanto a su origen. Por lo que yo sabía, habría podido ser el resultado de alguna vieja guerra entre sociedades secretas. Al menos, así fue como lo enfocaron los periódicos locales a la mañana siguiente. «¡SEÑORES DE LA GUERRA INFORMÁTICOS!» exclamaba el *Examiner*. Yo tenía mis dudas. Pero, fuera lo que fuese, había convertido a una empedernida adicta al trabajo en una tórrida sensualista. Antes de que pudiera darme cuenta, Sara me había metido mano en la entrepierna y estaba conduciéndome otra vez bajo las sábanas.

—¿No tenías una conferencia de ventas mañana por la mañana?
—No pude reprimir la indirecta.

—¡Cerdo! —exclamó ella, saltando de la cama—. Tú sí que sabes estropearlo todo. —Recogió las bragas y comenzó a ponérselas—. No es de extrañar que te hayas pasado media vida solo.

No era exactamente media vida, pero tampoco valía la pena llevarle la contraria.

—¡Una tregua! —supliqué.

—Demasiado tarde. Toto es más interesante que tú. Me prepara el café, es programable por el usuario y nunca sale con comentarios inoportunos.

—Bueno, es la primera vez que pierdo frente a un robot. —Engullí un sorbo de Heineken—. Pero supongo que éste es el futuro que nos aguarda. —Le dediqué mi más sincera mirada de cachorro lastimado. Por un momento, pareció que iba a resultar, pero entonces mi ordenador emitió un zumbido.

—Es tu modem. —Sara señaló la lucecita parpadeante que brillaba en el pequeño módulo de comunicaciones, encima del terminal—. Seguramente será uno de esos obscenos servicios de citas por ordenador que tanto te gustan.

Me di la vuelta. De hecho, la noche anterior había estado *on line* con una mujer de St. Louis que quería hacerle cosas a mi glándula prostática que jamás había soñado que pudieran existir.

—¿No lo registras? —preguntó Sara, advirtiéndome mi indecisión.

Me aproximé al ordenador, pulsé A y conecté. El zumbido se

extinguió e inmediatamente apareció un texto en la pantalla:

Bienvenido, Moses. ¿Quieres ver tus mensajes ahora? S / N

Pulsé la S. La pantalla se vació y se llenó de nuevo:

Mensaje núm. 1. 9:45:42. Lógica y conocimiento no son lo mismo. Hay hombres que tratarán de matarte y la Viuda Negra morirá. Si quieres sobrevivir, utiliza tu inteligencia artificial.

Cassiopea

—¿Cassiopea? ¿Quién coño es Cassiopea?

—La madre de Andrómeda —contestó Sara. Me impresionó—. Andrómeda se casó con Perseo, que la había rescatado de un monstruo marino... Moses. —Posó una mano en mi hombro—. ¿Qué significa todo esto? ¿Quieren matarte?

—No, que yo sepa. —Sonreí abiertamente—. ¿Quieres pedirle a Toto que me proteja?

—No seas chistoso. Esto es serio... Tal vez debería quedarme aquí esta noche.

—Tal vez sí —asentí. No lograba tomarme en serio la amenaza de muerte, pero no sabía por qué. Doce horas antes había visto el cerebelo de un industrial de Taiwan convertido en queso de brie trinchado.

Sara se quedó, pero a mí no acababa de gustarme que nuestra primera noche juntos se debiera a un motivo así. Cuando despertó, su estado de ánimo era irritable. Se marchó rápidamente porque sus rituales matutinos se habían trastornado: no había ningún ejemplar del *Wall Street Journal* ante mi puerta ni tenía a mano sus vitaminas. Sara era una criatura típica de su tiempo y consumía montones de vitaminas con cada comida. También era estricta en lo tocante al ejercicio. Todos los días se pasaba dos horas entre máquinas Nautilus, bicicletas de gimnasio y algo llamado Hydra Gym, que vertía en un cilindro de levantar pesos suficiente agua como para

partirle la espalda a un robusto leñador sueco.

Tanto sudor y entusiasmo me obligaron, por vergüenza, a hacer algo de ejercicio yo también, y había empezado dando una vuelta cada tarde a la pista de jogging de la compañía. Pronto estuve recorriendo hasta cuatro millas diarias, además de tres visitas semanales a la sala de culturismo, donde batallaba con una máquina Universal y descubría músculos que yo había creído en hibernación permanente desde los diecinueve años. El día siguiente por la tarde, mientras bufaba y refunfuñaba entre los *ceanothus* nativos, encontré a Witherspoon vestido con el chándal melocotón y lima que Adidas Corporation fabricaba especialmente para el almacén de la compañía Tulip. Me indicó por gestos que me uniera a él. Witherspoon era un enjuto corredor corporativo con una amplia experiencia obtenida en la azotea del New York Athletic Club y mantuvo un buen paso mientras pasábamos junto a la parte trasera del gimnasio. Yo seguí su ritmo zancada a zancada, tratando de no respirar muy entrecortadamente para ocultar el hecho de que me costaba trabajo mantenerme a la altura de un hombre diez años mayor que yo.

—Veo que se conserva en forma —observó al cabo de un rato—. Hemos estado pensando en instalar una pista de obstáculos. ¿Qué opina?

—Buena idea —gruñí.

—¿Sabe, Moses...? Con respecto a esa cuestión de Nicky Li, hemos de tener mucho cuidado. Es un feo asunto. —Aceleró el paso y tuve que hacer esfuerzos para seguir a su lado—. Ya sé que era usted un investigador privado excepcional y todo eso, pero ahora trabaja para una corporación, y a veces sale más a cuenta pasar desapercibido. No sé si me comprende.

—No se preocupe. Tampoco podríamos hacer otra cosa. Ahora llevan el caso los federales, y a ellos no les gusta que ningún particular se mezcle en sus asuntos.

—Mejor así. —Llegamos al final de la pista y Witherspoon se detuvo junto a un arbusto del género *Encella*. (Todas las plantas que bordeaban la pista estaban provistas de una placa de madera de secuoya en la que constaba su nombre vulgar y el científico).

—Creo que debería concentrarse en Danny Rigrod —añadió, tras una pausa.

—¿Danny Rigrod?

—El ingeniero jefe del proyecto Viuda Negra. Es un tanto extraño. Por aquí le llaman «el último nerd».

El último nerd. Me reí para mis adentros. Era asombroso. Los nerds habían tenido su momento, pero sólo les había durado cinco años. Cinco años a la luz del sol para todos aquellos parias de la escuela secundaria con gafas de montura de concha, que se ocultaban en el sótano de la familia para jugar con cables y resolver ecuaciones mientras el resto de nosotros andábamos por ahí intentando llevarnos alguna chica a la cama o destrozando el coche de papá... Y ahora el momento de gloria había llegado a su fin. Volvían a ser parias, o semi parias al menos, apartados con firmeza de las candilejas por Witherspoon y los demás sátrapas como él, encerrados de nuevo en sus laboratorios.

—¿Qué le sucede a Rigrod? —quise saber.

Witherspoon se detuvo a beber de la fuentequilla.

—Hace una semana que ha desaparecido.

—Tal vez ha decidido tomarse unas vacaciones imprevistas y no se ha acordado de avisar. Ya sabe como es Tulip: nada de relojes, nada de estructuras.

—Su compañero de habitación dice que no se ha llevado nada de ropa. Hasta su cepillo de dientes sigue dentro del vaso en el armarito del baño.

—A eso me refería. A los nerds les gusta viajar ligeros de equipaje. —Sonreí. No podía reprimir mis deseos de burlarme un poco de Witherspoon—. Les gusta subir a las High Sierras llevando sólo un radiotelescopio para tratar de captar señales extraterrestres.

Witherspoon esbozó una sonrisa afectada.

—¿Quién es su compañero de habitación?

—Un nerd llamado Alf Richardson.

—¿Otro nerd? Creía que Rigrod era el último.

—Muy agudo, Moses. —No parecía en absoluto divertido—. Viven los dos juntos en una vieja casa de estilo español, en Los Gatos. Rigrod ganó una fortuna escribiendo *Software* antes de venir a trabajar para Tulip. Dicen que es una especie de genio. Se graduó en el MIT cuando sólo tenía diecinueve años, era el primero de su clase.

—Iré a hablar con Alf...

—Muy bien..., pero con discreción, por favor. La Viuda Negra es un proyecto muy importante, y si Rigrod se dedica a ir vendiendo nuestros secretos a la GTI no queremos que el público se entere.

Asentí con la cabeza.

—Por cierto, ¿qué es la Viuda Negra?

—No quiero saberlo. Y no hace falta que le diga que, aunque lo supiera, no lo entendería. —Witherspoon sonrió fríamente, se cubrió la cabeza con la capucha del chándal y echó a andar.

Sara estaba haciendo una demostración de Toto en una feria comercial en Anaheim, de modo que, después de ducharme y comer algo, salí por la autopista 85 hacia Los Gatos para tener una charla con Alf Richardson. Cinco minutos más tarde había dejado atrás la monotonía suburbana del valle y estaba conduciendo por una carretera sinuosa que atravesaba las montañas de Santa Cruz, entre bosquecillos de eucaliptos y retorcidos robles que arraigaban en los lechos de riachuelos secos. Un brillante sol anaranjado se ponía a mi izquierda, convirtiendo la escena en una postal del sueño californiano. Allí era donde muchos de los triunfadores en la carrera de ratas de Silicon Valley se retiraban a disfrutar el botín de su victoria. Algunos de ellos no salían nunca de sus hogares: una nueva generación de profesionales conectados mediante módems a sus bases en las plantas industriales del valle.

Rigrod y Richardson vivían aún más lejos, en la apartada zona de Los Gatos, y hasta que no me desvié de la autopista 85 por una serpenteante carretera de dos carriles llamada Rinconada Way no empecé a sospechar que alguien me seguía. Por entonces, el sol ya se había puesto, y podía distinguir las luces de posición del otro vehículo destellando a través del follaje cuando el camino giraba a derecha e izquierda. Reduje la velocidad para comprobar la reacción de un Ford Granada marrón con matrícula de California. En seguida aceleré de nuevo y tomé la siguiente curva rechinando. Pero mi acompañante no estaba interesado en seguirme el juego y se desvió en el siguiente cruce.

Llegué a mi destino cinco minutos más tarde: una carretera privada que, tras un cuarto de milla, conducía hasta un espléndido rancho estilo Monterrey en la ladera de la montaña. Mientras caminaba hacia la puerta delantera, contemplando el panorama de las luces del valle por un lado y el Pacífico iluminado por la luna al

otro lado, me dio la impresión de que la casa estaba deshabitada. Junto al edificio se extendía un amplio entarimado de madera de secuoya con una piscina y una bañera de agua caliente que parecían recién instaladas. Un garaje abierto de tres plazas estaba completamente ocupado por un Mercedes turbo diesel, un Jeep negro y un Porsche 928 plateado, en total más de ochenta de los grandes en material de locomoción. Más atrás, asomaba un invernadero en el que reconocí la silueta de una conocida planta psicoactiva que crecía bajo pequeños focos nocturnos.

—¿Necesita ayuda?

Me volví para enfrentarme a un joven alto y desgarbado, de veintitantos años, vestido con un chaleco de plumón y cubierto con una gorra. A su lado, firmemente sujeto con una correa, había un retozón chivito blanco y negro.

—Estoy buscando a una persona llamada Al Richardson.

—Yo soy Richardson —respondió.

—Me llamo Moses Wine. —Hice un gesto en dirección a la casa

—. ¿Puedo entrar?

Richardson se puso tenso.

—Dígame primero quién es usted.

—Trabajo para Tulip. Soy el director de seguridad.

—Oh, ya he oído hablar de usted. —Me estudió cuidadosamente unos instantes—. Es por lo de Danny, supongo. —Señaló su chivito

—. Deje primero que ate a Turing o devorará todo lo que encuentre.

—¿Turing? ¿Como Alan Turing?

—¿Sabe algo de él?

—No gran cosa —contesté mientras Richardson ataba el chivo a un poste—. Fue el genio inglés de los ordenadores que descifró el código nazi durante la guerra. Luego se suicidó, ¿no es cierto? Cuando se supo que era homosexual.

Richardson asintió casi imperceptiblemente. Luego echó a andar hacia la casa y abrió la puerta.

Por dentro era como un dormitorio universitario para la pareja de estudiantes más ricos que jamás hubiera visto. Todos los muebles eran nuevos, algunos con la caja de embalaje aún intacta junto a ellos. Por todas partes se veían libros, discos, revistas, jerseys, ropa interior y discos flexibles de ordenador, desparramados al azar. En todas las habitaciones había equipos de vídeo y ordenadores, pero

casi todos ellos estaban desconectados o tenían manojos de cables sueltos surgiendo de los terminales. Sobre la repisa de la chimenea destacaba una fotografía enormemente ampliada de Richardson cuando tenía unos trece años, acompañado por otro muchacho que supuse sería Rigrod. Los dos vestían sendos trajes azul oscuro y exhibían una estúpida sonrisa, con el estilo torpe y afectado de una mala foto de *bar mitzvah*.

—Imagino que conoce a Danny desde hace tiempo.

—Desde que los dos teníamos siete años. Nos criamos juntos en Winnetka, Illinois. Danny era mi único amigo. Ya sabe cómo eran las cosas en la escuela. La gente se creía que a los tipos como nosotros nos salían verrugas por las orejas. Pero, al final, hemos acabado ganando. —Sonrió brevemente, mientras señalaba con un gesto a su alrededor—. Hicimos un millón con la organización de bases de datos. Y el presidente de nuestra clase... ¿Sabe qué ha sido de él? —Richardson extrajo un porro del bolsillo de su camisa—. Tenía una pequeña licorería en Stevenson Street, la calle en que vivíamos todos por aquel entonces. Luego quebró y ahora está internado en el hospital psiquiátrico del Estado por alcoholismo crónico. —Encendió el porro—. ¿Le apetece? —Le di una calada por cortesía—. No se preocupe por Danny —añadió—. No le pasa nada.

—¿Cómo lo sabe?

—Hablé con él hace unos días.

—¿Dónde estaba?

—No me lo dijo... Oiga, mire, no tiene por qué preocuparse. Conozco a Danny. —Se rio suavemente—. Si yo creyera que algo iba mal, habría llamado a la policía. Me dijo que estaba ocupado en algo importante y que volvería en cuanto lo hubiera terminado.

—No se mueva —le ordené. Me miró de una manera extraña—. Quédese exactamente donde está y siga hablando como si yo aún estuviera aquí.

Richardson puso cara de no entender. Para ser una persona capaz de elaborar programas avanzados para la organización de bases de datos parecía un poco lento de reflejos.

—Oh, sí —dijo por fin—. De acuerdo.

Empezó a mover los labios mientras yo retrocedía lentamente, apartándome de la línea de visión de la ventana de la sala y casi tropezando con una pila de viejas revistas técnicas y una bandeja de

mohosos pastelillos Hostess abandonada en el suelo a mis espaldas, con aspecto de haber estado ahí desde comienzos del Pleistoceno.

Encontré una puerta lateral y recorrí silenciosamente la cerradura; me deslicé al exterior iluminado por la luna. Desde aquel ángulo podía ver a Turing ligado a su poste y el Ford Granada aparcado más arriba, al final del camino particular. Sobre el fondo de un pimentero se recortaba la silueta de un hombre con tórax de barril que observaba a un tenso Richardson articulando sílabas ininteligibles ante un interlocutor imaginario. Me aproximé un poco a él, pero cambié de idea y decidí echarle una mirada al coche. Empecé a arrastrarme por el talud herboso que bordeaba la carretera particular en dirección al Ford Granada, mientras procuraba no quitarle el ojo de encima al hombre con pecho de barril. Había llegado lo bastante cerca como para leer la matrícula cuando oí gritar a alguien «¡Víctor!». Me volví en el preciso instante en que un puño del tamaño de un jamón de Smithfield descargaba sobre mí como un meteorito en caída libre. Y entonces se apagaron las luces.

3

A LA MAÑANA siguiente desperté tarde, sintiéndome como un coyote ciego al que acabaran de atropellar. Tenía la mandíbula inferior inflamada y una fina tira de gasa me envolvía la frente, cosa que, ante el espejo, me daba el aspecto de una víctima de la primera guerra mundial de regreso del frente. Me arranqué el vendaje con cuidado, pensando todavía en la imposible expresión que había visto en el rostro de Richardson la noche anterior, mientras me acompañaba a la sección de urgencias del hospital de Santa Clara Valley. A pesar de lo ocurrido, seguía convencido de que a su amigo no le había sucedido nada.

Me limpié la herida con un poco de agua oxigenada y volví a vendarla antes de que Sharon —muy solícita a causa de mi lesión— viniera a buscarme para llevarme a casa de Richardson a recoger mi coche. El ingeniero había salido, por lo que me encaminé hasta mi oficina para comprobar la matrícula del Ford Granada. Averigüé que había sido alquilado en una agencia Hertz de San Francisco por un tal P.

J. Evans

con un permiso de conducir de Nueva Jersey que resultó ser falso. No había ningún «Víctor» por ese lado. Mi cabeza seguía palpitando y Sharon me preparó algo de café, que engullí con una de las tabletas de empirina-codeína que me habían dado en el hospital. Luego me dediqué a mover papeles sobre la mesa mientras esperaba que el analgésico hiciera efecto. Cuando empecé a sentirme mejor, resolví hacer una visita a las oficinas del proyecto Viuda Negra.

Las oficinas estaban en el cuarto piso de investigación y desarrollo, el edificio de alta seguridad de Tulip. Para entrar era precisa una tarjeta de acceso, parecida a esas de plástico que sustituyen a las llaves en los hoteles más modernos. Y luego, una vez en el interior, los movimientos estaban restringidos. La misma tarjeta de acceso que permitía la entrada servía para controlar el ascensor, pero estaba programada para llevar a cada uno únicamente a la planta en la que trabajaba. De igual manera, la tarjeta servía para entrar en la oficina o en el laboratorio al que uno pertenecía, pero solamente a las horas en que se suponía que debía estar allí. Además, registraba todas las entradas y salidas en el ordenador central. Algunos elementos clave del personal disponían de tarjetas que les daban acceso a sus propias oficinas en cualquier momento, pero únicamente cinco personas tenían una tarjeta que les daba libertad de movimiento por todo el edificio: Witherspoon, el Wiz (que no venía nunca), Frank Greenwater (como director de instalaciones), Sheldon Margolis (director de investigación y desarrollo) y yo (director de seguridad). El sistema parecía más bien complejo, pero examinado atentamente resultaba del todo absurdo. Dado el tipo de gente que trabajaba en el edificio, cualquiera de ellos habría podido suprimir las restricciones de su tarjeta en cuestión de minutos, mientras almorzaba y mantenía una conversación por teléfono al mismo tiempo. Pero, como me explicó Frank Greenwater cuando me enseñaba el funcionamiento del sistema, de esta forma se creaba un elemento de «disuasión moral», fuera eso lo que fuese, y se lograba además una atmósfera general de «atención a la seguridad». Cuando yo a mi vez le pregunté si todo eso tenía algo que ver con el Código Ético Tulip prefirió no darse por aludido.

La cuarta planta era conocida en la compañía como «la central nerd», porque tenía fama de albergar los proyectos más descabellados. Parecía lógico que «el último nerd» trabajara en ella..., al menos cuando se presentaba. Las oficinas del proyecto Viuda Negra estaban situadas al final del pasillo, después de Escalpelo y Jujube, dos proyectos en los que se trabajaba sobre chips VLSI (o de integración a muy gran escala). Pasé sin detenerme ante ellos y llamé a la puerta de la Viuda Negra. Me abrió un hombre rubio, alto y de anchos hombros, con una camisa azul de

trabajo y gafas con montura de concha, algo parecido a una versión nórdica de Clark Kent. Llevaba un lápiz detrás de cada oreja y sus ojos estaban absortos en un ejemplar de *Barroris Business Weekly*.

—Ahora no hay nadie aquí —masculló, sin apenas apartar la mirada de su revista.

—Me llamo Moses Wine. Soy el director de seguridad. Vengo por lo de Danny Rigrod.

—Ah, el hijo pródigo. —Se retiró un poco, dejándome el paso libre.

Las oficinas de la Viuda Negra lo eran todo menos atractivas. Apenas un par de austeras salas con un ordenador de sobremesa en cada una y unas cuantas mesas alargadas cubiertas de planos. Bajo una de ellas vi un papel arrugado.

—Yo soy Eddie Capshaw —anunció mi anfitrión, tendiéndome su mano y estrechando la mía firmemente. Para ser un ingeniero con gafas, su apretón era como el de un obrero de la construcción—. Me encargo de los problemas de lógica —añadió—. Sólo somos tres. La Viuda Negra no es un proyecto de mucha envergadura.

—¿En qué consiste exactamente la Viuda Negra?

—Bueno, es algo difícil de explicar. ¿Sabe programar en PROLOG o en LISP?

—No... Pero sé un poco de BASIC.

—Sí..., ah ah. —Me miró como si acabara de preguntarme si dominaba el serbocroata y yo le hubiera contestado que no, pero que sabía un poco de latín macarrónico. Suspiró y continuó con paciencia—. Estamos trabajando en programación heurística..., sistemas expertos. —Esto tampoco me decía gran cosa—. Mire, digamos que usted es un detective, ¿de acuerdo? Y pone todo lo que sabe dentro del ordenador: cómo seguir a la gente, cómo encontrar niños desaparecidos, cómo ligar con las rubias. —Sonrió de oreja a oreja—. Luego llega alguien que quiere resolver un caso y aprieta el botón. ¡Eso es un sistema experto!

—¿Y por qué tipo de expertos se interesa la Viuda Negra?

—Ah, eso es muy complicado. Se trata de expertos en expertos en expertos. Nadie conoce todas las facetas. Ni siquiera Danny. Oiga... —sostuvo la revista en alto—. ¿Qué opina de Intertal a treinta y cinco? Dice aquí que es una buena ocasión de sacar tres por uno en seis meses.

—No sabría decirle. —Sacudí la cabeza. En esta ciudad, todo el mundo estaba ansioso por hacer una fortuna. Muy pronto los supermercados comenzarían a regalar informaciones sobre la bolsa junto con los cupones Green Stamps.

—¿No tiene idea de por dónde anda Danny?

Se encogió de hombros.

—No lo he visto desde hace una semana, como todos..., pero si tuviera que buscarlo probaría en el Rainbow.

—¿El Rainbow?

—Peliagudo, ¿eh?

Tenía razón. El Rainbow era un local bastante conocido en Silicon Valley, un sórdido bar de *topless* en Sunnyvale donde los estirados ingenieros de las empresas vecinas echaban miradas lujuriosas a cansadas artistas de *strip-tease* con aspecto de internas de una clínica local para la celulitis. Pero también se decía que uno podía enterarse, mientras absorbía las aguadas bebidas del Rainbow, de más cosas sobre las últimas tendencias en tecnología de punta de las que se publicaban en todas las revistas técnicas de América. En el Rainbow se cerraban tratos, los empleados cambiaban de compañía y más de unos pocos secretos eran robados.

—¿Va mucho por allí?

—Hasta hace un par de meses, no. Era demasiado tímido, incluso para mirar a las chicas desde la barra. Pero hacia mediados de septiembre empezó a ir cada día.

—¿Cómo lo sabe?

—Fui con él un par de veces. Quería presentarme a una amiga suya, una de las del *strip-tease*.

—¿Cómo se llamaba?

—Paula. Así es como la llamaba él, al menos. Pero no creo que fuese su verdadero nombre.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—No lo sé. Sólo la vi en una ocasión. Tenía un acento..., polaco, diría yo. Recuerdo que para bailar usaba una camiseta de Solidaridad.

—¿Una camiseta de Solidaridad?

Capshaw asintió.

—Y una tanga.

Tuve que reírme. La imagen de una obesa *fraulein* polaca

contoneándose sobre una pasarela al ritmo de una indigerible música «disco», mientras un puñado de ingenieros le introducían billetes de un dólar en el tanga para mayor gloria de Lech Walesa, era un espectáculo que no deseaba perderme.

—¿Lo hace todas las noches?

—No. A la hora del almuerzo. —Consultó su reloj—. Dentro de unos diez minutos.

Hice un gesto de asentimiento.

—Gracias por su ayuda.

—No hay de qué. —Sonrió—. Hasta luego, Spade.

Cuando llegué, a las 12.25 del mediodía, el aparcamiento del Rainbow estaba vacío en sus dos terceras partes. Encontré un hueco cerca de la puerta y entré rápidamente. Por dentro, el local tenía el aspecto de un *night club* de Tijuana de segunda categoría y al borde de la quiebra: una barra débilmente iluminada, algunas mesas y las paredes adornadas con animales dibujados con pintura fluorescente y una serie de maltratadas fotografías del *Playboy* de hacia 1977. Pero no había ninguna Paula. En su lugar, una bailarina que parecía chicana estaba representando una penosa imitación de un aterrizaje de emergencia con el acompañamiento de un monótono disco de Styx. No iba en absoluto en *topless*, sino que vestía unas mallas de cuerpo entero, imitación de piel de leopardo, que no contribuían mucho a disimular las protuberancias de la zona del abdomen. A esta hora los tipos que la rodeaban no tenían mucha pinta de ingenieros, sino más bien de empleados de almacén y descargadores, en paro o disfrutando de una larga pausa para almorzar. Reconocí a uno de ellos, que había visto en la planta del Bulb, y él a su vez me guiñó un ojo. Probablemente temía que anduviera detrás de él debido a alguna falta como fingirse enfermo en el trabajo o vender «habichuelas» —chips baratos y anticuados— a su vecino de barra.

Iba a sentarme en un taburete cuando vi a una chica japonesa de unos veinticinco años apoyada en una máquina del millón, en un rincón. Era asombrosamente bella, con una pálida tez de porcelana y una cabellera azabache que le caía sobre los hombros en una cascada de mechones escalonados, como rápidas pinceladas.

Me acerqué a ella y me apoyé en la pared de enfrente para estudiarla. Sus ojos eran tan negros como su cabello, y a pesar de sus tejanos andrajosos y su camiseta gris claro, tenía un porte altivo, casi aristocrático, que hacía difícil de creer que se dedicara al *strip-tease*.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Laura. —Su contestación apenas fue audible.

—¿Qué tal si echamos unas partidas mano a mano? —Señalé la máquina mientras buscaba un par de monedas—. Yo pago.

Ella no se molestó en contestar: sencillamente, me echó la mirada más fría imaginable a este lado de Laponia. Luego, con un breve gesto de su mano digno de la geisha de un shogún, me dio la espalda, rechazándome como si yo hubiera sido un patético siervo de la gleba lo bastante temerario como para ir a mendigar una limosna al palacio de su señor feudal. Me retiré deprimido, sintiéndome como si midiera quince centímetros y todavía siguiera encogiéndome.

Me las arreglé para encaramarme a un taburete situado ante la barra y pedí una Michelob de barril. Luego estuve un rato contemplando la escena, observando la acción..., la poca que había, al menos. Las camareras parecían casi todas de mal humor y aburridas. Por la forma en que vigilaba la caja registradora, deduje que el barrigón sentado al extremo de la barra debía de ser el propietario. Terminé mi Michelob y me fui acercando a él como quien no quiere la cosa. El hombre estaba repasando sus cuentas y no se percató de mi llegada.

—Hola —le saludé.

—Hola —respondió sin mucho entusiasmo. Detrás de su cabeza había unas cuantas fotos dedicadas de ingenieros. Una de ellas decía:

PARA AL
¡TÚ ME SALVAS EL DÍA!
PHIL, DE SIGNETICS

—Ando buscando a Paula. —Lo solté tan improvisadamente como pude—. ¿No está por aquí?

—¿A quién?

—Paula..., ya sabe... Soy amigo suyo desde hace tiempo.

—No conozco a ninguna Paula. —Todavía no había apartado la vista de sus libros.

—¡Qué raro! —observé—. Me dijo que trabajaba aquí.

—¿Eso dijo? —Seguía sin mostrar ningún entusiasmo.

—La chica polaca de Solidaridad.

Los ojos de Al se alzaron de la página como una tortuga que sale de su concha por primera vez en una semana, con cuidado y muy despacio. Antes de responder, me estudió con una expresión plúmbea.

—No se llama Paula —dijo al fin.

—Oh, sí. Ya lo sabía —contesté, dándole algunos segundos más—. ¿Qué nombre usa por aquí?

—¿Qué nombre usa allí de donde usted viene?

—Hilda —improvisé—. Hilda Cybulski.

—Muy bien. —Volvió a sus cuentas.

Me incliné sobre él.

—Se trata de su hermano de Cracovia —susurré—. Siguen negándoles el visado de salida, pero tenemos noticias que ella no conoce.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es usted? —Me miró fijamente.

—Un amigo que simpatiza con la familia. Quiero ayudar a Hilda. Estoy seguro de que usted también quiere ayudarla.

—Uh, uh.

—Cuando pienso que sus familiares tendrán que pasar el resto de sus vidas viviendo bajo la tiranía, me entran ganas de llorar. —Sostuve la mirada del propietario. No sabía si estaba haciendo algún progreso, pero de todos modos continué—. Al cabo de un tiempo, uno empieza a sentirse responsable. Alguien tiene que hacer algo, ¿no le parece? —Me incliné un poco más—. El mismo Reagan corrió el riesgo de echar a perder nuestras relaciones con China cuando le dio asilo político a aquel jugador de tenis... ¿recuerda?

—Oh, Dios mío, un maldito *boy scout*. Pero ¿qué es usted? ¿Un miembro de la John Birch Society?

—Un ciudadano que se preocupa, nada más.

Al soltó un profundo suspiro.

—Conque un ciudadano que se preocupa, ¿eh? Muy bien. Pero no le diga a nadie que se lo he contado yo. La chica que anda

buscando es Anna. Anna Wajda. —Empezó a buscar en sus libros—. Hace algún tiempo que no la vemos por aquí. No tenía teléfono, pero su última dirección era el 23 de Guadalupe Avenue, en San José.

Iba a darle las gracias cuando mi avisador comenzó a sonar. Todos los que estaban cerca de mí se volvieron para mirarme.

—¿Qué pasa ahora? —quiso saber Al, sonriendo con aire de suficiencia—. ¿Le reclaman en el quirófano?

Emití un gruñido y me encaminé a un teléfono público. Mientras marcaba el número de Sharon, mis ojos se posaron de nuevo en la chica japonesa. Pero cuando me enteré de la noticia, me volví de espaldas y me tapé la boca con la mano: la policía acababa de sacar el cadáver de Danny Rigrod de la cuenca de un río seco a medio kilómetro al oeste del embalse de Lexington, cerca de Los Gatos. Le habían disparado a quemarropa en plena cara con una Magnum calibre 357. Los expertos en balística estaban intentando determinar si se trataba de la misma arma con que habían matado a Nicky Li. Para cuando llegué al depósito de cadáveres, ya habían decidido que no lo era.

4

AQUELLA noche me pasé unos cuarenta y cinco minutos al teléfono, asegurándole a Witherspoon de todas las maneras que no hablaría con la prensa. No era una persona fácil de convencer.

—Todos los detectives privados están hambrientos de publicidad —se quejó—. Es su savia vital.

—Yo ya no soy detective privado. Ahora trabajo para Tulip.

—¡Salió en la portada de *Rolling Stone*!

—¡Por el amor de Dios! ¡Eso fue hace nueve años! Eran otros tiempos. Les pareció que un detective *hippy* daba buena imagen, aunque el cabello no me ha llegado nunca por debajo de las orejas.

—Bien, pues ahora estamos en Silicon Valley, en 1984... Polacos... Solidaridad... Investigaciones misteriosas... ¡Piense en la clase de imagen que da todo esto!

—Pero, Witherspoon... En serio... ¿Le parece que algún periodista del Chronicle va a mejorar mi salario por una entrevista de treinta minutos y un café con leche en

Enrico's

?

Una operadora interrumpió la conversación.

—

555 1964

, hay una llamada urgente para usted de Jacob Wine desde Los Ángeles. ¿Desea aceptarla?

—Por supuesto —exclamé—. Lo siento, Witherspoon —añadí, procurando que no se me notara el alivio en la voz. Colgué antes de

que pudiera protestar. El teléfono sonó a los pocos segundos. Lo descolgué rápidamente. Llevaba una semana sin hablar con él y me sentía un poco culpable.

—Hola.

—Hola, papá. —Parecía deprimido.

—¿Qué pasa?

—¿No lo adivinas?

—Te han vuelto a suspender en trigonometría. No te preocupes por eso. Es una tradición familiar. Ya lo compensarás con otras asignaturas idiotas como política o historia del arte.

—He tenido un accidente.

Se me hundió el corazón hasta un lugar situado entre la rótula y el dedo gordo del pie. Jacob había obtenido el permiso de conducir tres semanas antes y era el orgulloso propietario de un Renault del 77 que le habían dejado en herencia los padres de mi ex esposa. Para alivio de un padre preocupado, era la clase de coche que tiene problemas para pasar de cero a cien en quince minutos. Además, había que ponerlo en marcha a empujones y en una cuesta abajo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. No hay ningún herido. Pero el Renault ha quedado bastante malparado.

—¿Cómo de malparado?

—Como setecientos dólares.

Respiré hondo.

—La semana pasada perdí mi empleo en aquella croissantería, y como ahora ganas tanto dinero había pensado que quizá podrías ayudarme.

—¿Y tu madre? Ahora es tan rica como Rose Kennedy.

—Se fue a Maui con Jay.

Jay, pensé. En Hollywood, todo el mundo se llamaba Jay. Jay o Sidney.

—¿Y qué pasa con Simón? —pregunté, alarmado de repente.

—No te preocupes. Está con ella.

—¿Y tú?

—Estoy con Julie.

—¿Quién es Julie?

—Una chica. Pero no te preocupes. Sus padres son mormones, y nos hacen dormir en alas opuestas de la casa. Tienen siete

dormitorios.

—¿Quién se preocupa? —Hubo una llamada en la puerta—. Un segundo, por favor.

Abrí y me encontré con un robot de metro de altura en el umbral. Al momento, entró bamboleándose y haciendo «bip bip». Corrí de vuelta al aparato.

—Jacob, tengo una visita. Te mandaré algún dinero para la reparación. Cuando tengas el coche arreglado, quizá puedas llegarte hasta aquí con, ah, Julie.

Colgué justo cuando el robot iba a chocar con una lámpara. Así la lámpara y la aparté de su camino; el robot tropezó con mi pie, cambió de dirección y estuvo a punto de volcar el cactus que tenía en una maceta junto al televisor.

—Soy Toto, su servidor —me informó con una voz reverberante que sonaba como si alguien estuviera arañando el fondo de una bañera, mientras avanzaba hacia la cocina con sus bamboleos y sus «bip bip»—. Dígame qué desea.

—Para empezar, quiero que no te acerques al frigorífico.

—Toto no se acercará al frigorífico. —Emitió una serie de chirridos y gorgoteos que indicaban, supuse, el paso de aquella información a su programa permanente—. Dígame qué desea.

Se quedó parado ante mí, esperando instrucciones. Por primera vez desde su llegada, dediqué una buena mirada a la criatura mecánica. En lugar de brazos, tenía una sola pinza como la de un cangrejo, rodillos en vez de piernas y un par de enormes ojos de cristal, uno sobre otro, que lo hacían parecer una especie de semáforo ambulante.

—Adelante, di lo que estás pensando. —Era la voz de Sara. Me volví y la pude ver apoyada en la puerta de la cocina, con una amplia sonrisa en su rostro—. Es todo tuyo. El cuarto que ha salido de la línea de montaje... He oído lo de Danny Rigrod, y pensé que te iría bien algo de compañía.

—Ah, protección... Toto, déjame ver tu pistola de rayos.

—Toto no tiene pistola de rayos. Dígame qué desea.

—¿No tienes pistola de rayos? ¿Qué protección eres tú entonces? ¿Tienes un fusco?

—Toto no entiende «fusco». Dígame qué desea.

—¿Qué tal un martini?

Sonaron de nuevo los chirridos y gorgoteos.

—¿Qué proporción de ginebra? ¿Qué proporción de vermut?

—¡Oye, no lo hace nada mal! —le dije a Sara—. Pasa del martini, Toto. Se acabó el vermut.

—Toto no entiende «pasa del martini». Dígame qué desea.

—De acuerdo, de acuerdo. —Me volví hacia Sara—. Es tan malo como un psiquiatra, siempre preguntándome qué deseo.

Sara asintió.

—Toto es muy directo. Como todos los programas expertos de hoy: al grano y sin complicaciones. Pero está programado exclusivamente para escucharte. ¿De quién más puedes decir otro tanto? Dile que se ponga en posición de alerta.

Me volví de nuevo hacia el robot.

—Toto, en posición de alerta.

Inmediatamente el robot dio media vuelta y regresó hacia la sala, esta vez estrellándose de frente contra el cactus, volcando la maceta y sembrando de guijarros todo el suelo de la sala. El accidente, empero, no amilanó al robot, que siguió su camino hasta la puerta delantera, donde se detuvo orgullosamente con su pinza levantada al frente, de cara al exterior.

—¡Toto en alerta! —anunció con sus luces destellando intermitentemente como las balizas de un aeropuerto.

—Supongo que por Navidad se venderá muchísimo —observé—, sobre todo entre la gente a la que no le gustan las plantas.

—Lo siento, Moses —se disculpó Sara—. Pero sólo es el cuarto que fabricamos. No seas duro con él.

—Oh, claro.

Se dirigió al armario de la cocina, sacó la escoba y el recogedor y volvió a la sala para enfrentarse a los guijarros del cactus.

—¿Qué hay de lo de Danny Rigrod? ¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó barriendo las piedrecillas mientras yo sostenía el recogedor.

—No estoy muy seguro —contesté—. Los polis dicen que esa chica polaca ya no vive en Guadalupe Avenue, pero pensaba ir a comprobarlo personalmente esta noche.

—¿Puedo acompañarte? Podemos dejar a Toto de guardia.

—¿Quiere eso decir que no has de prepararte para la reunión del Consejo de mañana? —Una vez más, no pude resistir la tentación de

pincharla un poco.

—¡Moses! —Me dirigió una mirada ácida. ¿Por qué siempre tenía que sentirme atraído por mujeres poderosas e interesantes por derecho propio, si luego había de dejarme llevar por esta tendencia a provocar conflictos, incluso, quizá, a romper nuestra relación? Tomé nota mentalmente de preguntárselo a mi psiquiatra cuando volviera de vacaciones.

Por la mente de Sara debían de cruzar pensamientos similares mientras íbamos en mi coche hacia San José.

—¿Crees que es cierto lo que dice Woody Allen? —preguntó.

—¿Qué dice?

—Que la relación de una pareja es como un tiburón: si no avanza, se muere.

Me encogí de hombros. Parecía una receta muy dura. ¿Dónde dejaba eso a mi tía Ethel y mi tío Mike, que llevaban sesenta años de matrimonio? En lo único que se parecían a un tiburón era en todos los emparedados de carne que comían. Tal vez la frase sólo era aplicable a mi generación, todos nosotros unos narcisistas empeñados en obtener tanta dedicación los unos de los otros que nadie era capaz de darla durante más de un mes.

Tuve la certeza de que Sara y yo estábamos reflexionando sobre cuestiones parecidas, mientras aparcaba en Guadalupe Avenue. Estaba situada en una zona residencial de clase media baja: una calle oscura y bordeada de árboles. De pronto, la imagen de una Magnum 357 destelló en mi cerebro. Me sentí aprensivo y muy poco profesional, por haber consentido que Sara me acompañase. Pero, a estas alturas, dejarla en el coche parecía igualmente peligroso, conque le hice ademán de que me siguiera hacia el bloque de apartamentos.

Se trataba de un hotel para transeúntes que ostentaba el improbable nombre de Mansión Secuoya a pesar de estar construido todo él en estuco, siguiendo el estilo que me gustaba denominar «California Oriente Medio», calculado para que empezara a desmoronarse aun antes de estar acabado. El nombre de Anna Wajda todavía figuraba en la casilla del apartamento 3E, cosa de la que tomé buena nota mientras Sara y yo nos acercábamos a la puerta del director y pulsábamos el timbre. Nos abrió un hombre de unos sesenta años, sin afeitar, vestido con un albornoz bastante

sucio y zapatillas. Su aliento olía como una combinación de halitosis y moscatel barato.

—Hola —empecé—. Me llamo Litvak. Estoy buscando un apartamento no muy grande.

Se quedó mirando a Sara, que iba extremadamente bien vestida, con un conjunto de chaqueta y pantalones diseñado por algún modisto italiano de moda.

—¿Cómo lo quiere? ¿Por horas, por semanas, por años, o qué?

—Estamos aquí por negocios. Un par de semanas, tal vez.

—El 2B está libre. Le costará doscientos por adelantado más un depósito de cincuenta dólares. —Me observó con suspicacia—. ¿Es suyo ese BMW aparcado ahí?

—Oh, eso. Acabado de alquilar. —Fingí que me reía—. Ya sabe, hay que darse un gusto de vez en cuando. Además, si uno no piensa como los ricos, nunca llegará a ser rico, usted ya me entiende. —No mostró ninguna reacción—. Oiga, me parece que el 2B no va a interesarnos. Es un poco supersticiosa —expliqué, señalando a Sara con la cabeza—. Una vez, en Las Vegas, se incendió el hotel en el que se alojaba; estaba en una habitación de la segunda planta.

—Fue un milagro que saliera con vida —añadió Sara.

—¿No tiene nada en el tercer piso, por ejemplo?

El director tragó saliva, conteniendo un eructo.

—Sí, bueno, hace poco quedó libre uno..., pero no sé si puedo alquilárselo de momento.

—¿Por qué no? —quise saber.

—No sé. Cosas de la policía.

—¡Dios mío! —Adopté un aire ofendido—. ¡Más intervención del gobierno! No es de extrañar que los japoneses nos estén tomando la delantera. Hay tanta burocracia en este país que ya no puede uno ganarse la vida. Bueno, siempre nos queda el Holiday Inn. Vamos, cariño.

Tomé a Sara del brazo y nos dispusimos a marchar.

—¡Un momento!

Pocos segundos después, el director nos abrió la puerta del 3E, aunque no de muy buena gana. Nos siguió al interior del apartamento, un espartano alojamiento de una sola habitación, una cocina con baldosas de linóleo medio desprendidas y muebles Naugahyde de pacotilla. Examiné el cuarto de baño y el armario. Lo

habían limpiado todo.

—¿Quién vivía aquí antes? ¿Un monje?

—Una maldita polaca.

—¿Qué tiene contra ellos? ¿No le gustan sus chistes? —No me respondió. Accioné el interruptor de la lámpara de pie, pero no se encendió—. ¿Hay algún problema con la instalación eléctrica? —inquirí.

—¡Nada de eso! Ayer mismo cambié todas las bombillas. Este sitio es perfecto. Tiene aire acondicionado, calefacción..., hasta es posible que el mes que viene pongamos microondas.

—Conque cambió la bombilla, ¿eh? —observé, frunciendo el entrecejo mientras estudiaba la lámpara—. ¿Le importa que eche una mirada? Soy bastante mañoso con estas cosas.

Sara me miró de una forma extraña cuando me arrodillé y comencé a examinar el enchufe.

—¡Oiga! ¿Qué hace usted? —exclamó el director. Se adelantó amenazadoramente hacia mí.

—Debe de haber algún problema en la instalación —expliqué. Antes de que pudiera contestarme, desconecté la clavija. Como yo esperaba, salió sin ofrecer la menor resistencia. Luego di un par de tirones a la tapa de plástico y la placa saltó inmediatamente—. Muchacho, tendrá usted que darle un buen repaso al sistema eléctrico. No creo que cumpla con las normas. —Introduje los dedos con cuidado y no me sorprendió descubrir que alguien había extraído toda la caja de conexión. En el interior del hueco había un par de fragmentos de papel; los oculté cuidadosamente en la palma antes de volver a colocar la tapa en su lugar. A continuación, me incorporé e hice la comedia de examinar el resto del cuarto—. Tendré que pensármelo —resolví mirando al director, que ahora parecía muy preocupado—. Tenemos uno de esos equipos estereofónicos tan completos, y seguramente sobrecargaría la instalación de todo el edificio. De todos modos, gracias por la molestia.

Me llevé a una intrigada Sara fuera del apartamento lo más rápidamente posible.

—La chica polaca escondía la información en el enchufe de la lámpara —le expliqué, corriendo escaleras abajo—. Conocí a un traficante que hacía lo mismo con sus reservas. No es mal sitio, si

uno no quiere que su cocaína caiga en manos extrañas.

Salimos del edificio y cruzamos velozmente la calle hacia mi coche. Al arrancar, pude ver al director observándonos desde una ventana. Un par de calles más lejos detuve el vehículo, saqué los fragmentos de papel de mi bolsillo y los desplegué. El mayor resultó ser una xerocopia de un mapa de Silicon Valley publicado por National, la empresa de alquiler de automóviles. El otro consistía en un número de teléfono y una serie de palabras garrapateadas en un idioma que supuse sería polaco. Me detuve en la primera cabina que encontré y marqué el número. Había sido dado de baja.

A la mañana siguiente, conseguí que me tradujeran el texto en las oficinas de una agencia de importación y exportación de San Francisco:

Dice que tiene una *Manía por la muerte*. El proyecto Pez Globo está casi acabado.
555-7234

Manía por la muerte. Proyecto Pez Globo. Carecía de sentido para mí. Witherspoon tampoco tenía idea de lo que podía significar, e intenté comunicarme con Wiz, pero estaba encerrado y no se le debía molestar. Dejé un mensaje a su asociada de área diciéndole que era urgente y salí a visitar de nuevo las oficinas de la Viuda Negra.

Esta vez, cuando se abrió la puerta, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para impedir que mi mandíbula inferior se abriera hasta el suelo. En lugar de Capshaw, me encontré frente a la elusiva japonesa que había visto en el Rainbow el día anterior. A juzgar por su expresión, ella no estaba menos sorprendida de verme a mí.

—Hola, Laura.

—Oh, hola. Tú eres el tipo del bar.

—Exactamente. Me llamo Moses Wine.

—Oh, Dios mío, el director de seguridad. —Parecía avergonzada—. Debiste de pensar que yo era una auténtica *snoob*. Lo siento. No había estado nunca antes en aquel lugar y no sabía qué esperar. Tiene una notable reputación, ya sabes.

—¿Qué estabas haciendo allí?

—Lo mismo que tú, imagino. Buscando a Danny. Ha sido una

verdadera tragedia. Me he pasado toda la noche llorando. ¿Quién crees que lo hizo?

La seguí al interior de la oficina.

—No he averiguado gran cosa. Al parecer, solía verse con una amiga polaca.

—Eso me han dicho. —Se volvió y trató de sonreírme. Llevaba unos tejanos distintos y una ajustada camiseta con un antiguo grabado japonés serigrafiado en la delantera. Lo mejor de Oriente y de Occidente—. ¡Oh! —exclamó, ofreciéndome su mano—. Todavía no me he presentado. Me llamo Laura Suzuki y trabajo en el proyecto Viuda Negra.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Dos años. Desde que me gradué en el Cal Tech.

—Cal Tech. —Silbé, impresionado.

—¡Eh, oye! No fui la primera de mi clase ni nada por el estilo. Yo no soy como Danny. Tan sólo una buena chica que se quedaba estudiando por las noches. Ya conoces a los japoneses americanos: si no sacas sobresaliente en todo, tus padres ni siquiera te dejan ir a la bolera el sábado por la tarde.

—Menos mal que detesto los bolos.

—Yo también. —Sonrió—. Pero no había muchas alternativas para distraerse, allá en Grant High.

—Encino, ¿eh?

—Nacida y criada en San Fernando Valley. ¿Conoces Los Ángeles?

—He vivido allí durante quince años. —La contemplé unos instantes. Por primera vez advertí que tenía los ojos enrojecidos por haber llorado—. Imagino que conocías bien a Danny.

—Bastante bien. Quiero decir, tan bien como se le podía llegar a conocer. No le gustaba hablar acerca de sí mismo.

—¿Tiene esto algún sentido para ti?

Le mostré la traducción del mensaje en polaco. Ella dudó un momento.

—Lo del proyecto Pez Globo no me suena, pero eso de la manía por la muerte es una cita de Yukio Mishima.

—¿El novelista?

Asintió con un gesto.

—Danny estaba muy interesado en la cultura japonesa. Las

películas de Kurosawa, los jardines Zen... Siempre andaba leyendo cosas sobre el tema, especialmente a Mishima. Era su ídolo. El código del Bushido. El suicidio en las oficinas de las Fuerzas de Defensa japonesas. Todo el rollo de los samuráis. Sabía más de eso que yo, desde luego. Muchas veces se burlaba de mí.

—¿Te parece que Danny pudo haberse suicidado?

—No lo sé. Siempre estaba citando una obra de Mishima, *El Hagakure*. De hecho, se trata de un comentario sobre cierto escritor del siglo XVIII... «El camino del samurái es la muerte».

—¿O sea que se suicidó?

Se encogió de hombros.

—Lo más cerca que he estado del Japón es la costa oeste de la isla Catalina.

—Pero ¿qué motivos podría tener? La afición por la literatura oriental no me parece suficiente.

—Danny era gay..., como Mishima.

—¿En estos tiempos del Orgullo Gay? Cuando vivía en Los Ángeles, ser heterosexual me hacía sentir como un dinosaurio.

—Ya lo sé, pero él era muy joven. Le sucedió todo muy deprisa. Un coeficiente de inteligencia de 170, un doctorado en filosofía a los veintiún años, millonario a los veintitrés... No sabía quién era él mismo. Necesitaba desesperadamente sentirse normal en algo, por lo menos sexualmente. —Vacilé de nuevo—. Una vez me fui a la cama con él, pero...

—No funcionó.

Asintió en silencio. Seguí la línea de sus pómulos con la mirada. Cualquier hombre al que no se le levantara estando con esta mujer, desde luego que no era heterosexual.

—Tienes razón —continuó—. Parece increíble que alguien se suicide con una Magnum 357. Supongo que lo que ocurre es que me gustaba demasiado para aceptar que hayan querido asesinarlo. —Se interrumpió y me observó con sus ojos de azabache. Sentí una tensión en la entrepierna—. Mira —prosiguió—, si hay algo que yo pueda hacer para ayudarte..., si necesitas algún consejo técnico..., cualquier cosa que contribuya a descubrir qué le pasó a Danny, cuenta conmigo. Además, sin él no existe Viuda Negra. El proyecto era suyo. Las tres cuartas partes estaban en su cabeza.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Capshaw.

Tampoco él sabía nada del proyecto *Pez Globo* y, en lo tocante a Mishima, todo el asunto del *Bushido* le parecía un tanto pretencioso. A Danny lo había matado la KGB por tratar de ayudar a una disidente polaca. Tan sencillo como eso. Después de todo, era de conocimiento público que muchas veces los polacos venían a realizar alguna misión comercial y luego pedían asilo político, que los norteamericanos generalmente les negaban por razones de diplomacia internacional..., a menos, claro, que alguien del país respondiera por ellos. Y alguien tan ingenuo e idealista como Danny habría sido la persona perfecta a quien acudir.

Me fui con la sensación de que la teoría de Capshaw era poco convincente. A su manera, explicaba lo del misterioso «Víctor», pero la rápida desaparición de Anna, o Paula —la supuesta disidente—, no acababa de encajar. Y mi intuición de detective me gritaba que el asesinato de Nicky Li también tenía que entrar de un modo u otro en el cuadro. Intenté reflexionar sobre ello por el camino de vuelta a mi oficina, pero mi mente estaba demasiado ocupada con la imagen de Laura Suzuki. No me extrañaba. Unos cuantos años antes, en el curso de un viaje a la República Popular, me había enamorado de una china, y sospechaba que tenía una fijación oriental tan marcada como la de Danny Rigrod, aunque dudaba que nuestras razones fuesen las mismas. En mi caso, veinte años de liberadas mujeres norteamericanas me habían hecho desear la compañía de alguien que me preparase las zapatillas al anochecer, aunque, en mi interior, sabía que eso me mataría de aburrimiento y hasta, quizá, me avergonzaría. Pero las orientales, si existían, capaces de combinar un carácter culturalmente dispuesto a prestar apoyo con un sentido natural de la igualdad, ingenio e inteligencia, resultaban para mí un afrodisíaco más poderoso que toda la hierba y el ginseng que pudiera consumir en un millar de orgías. Conque me dediqué a pensar en Laura Suzuki.

Seguía pensando en ella cuando abrí la puerta de mi oficina, y encontré a un visitante imprevisto que me esperaba dentro.

—Hola, Mo Moses. —Wiz se incorporó al instante, como si yo fuera el presidente del Consejo de administración de Tulip y él un mero detective barato al que hubieran contratado para cubrir un hueco en el departamento de seguridad—. Espero no molestar.

—Fui yo quien llamó, ¿recuerdas?

—Ya lo sé. He ve venido tan pronto como he podido. Ni siquiera me había enterado de nada hasta esta ma mañana. Estaba encerrado. —Respiró hondo. Su rostro mostraba una expresión de dolor personal, como si acabara de morir algún pariente cercano..., o su más viejo amigo—. Es te terrible, ¿no crees? Era un hombre bri brillante. Un cien científico extraordinario.

—Conocías bien a Rigrod.

—No muy bien. Ha había leído sus trabajos en una revista técnica y lo contraté a través del or ordenador. Sólo hablé con él dos ve veces. Pero, aun así, me siento res responsable.

—¿Por qué? —inquirí.

—Ésta es mi compañía. Yo la fun fundé.

—¿Tienes alguna idea acerca de todo este asunto?

Sacudió la cabeza.

—Me parece un tanto extraño que aceptara trabajar para una compañía. Tengo entendido que estaba muy bien situado.

De pronto, Wiz pareció ofenderse personalmente.

—La Viuda Ne Negra era un programa es especial.

—¿En qué sentido, especial?

—Podía hacer lo que quisiera, gas gastar tanto co como quisiera.

—¿En qué?

—Eso de debía decidirlo él.

—¿Qué puedes decirme del proyecto Pez Globo?

El rostro de Wiz se retorció extrañamente.

—¿El pro pro proyecto Pez Globo? —Eta vez escupió las palabras con un triple tartamudeo—. ¿Qué qué es eso?

—Ni idea. Lo encontré escrito en un papel escondido en el apartamento de la chica polaca con la que Danny salía.

—Oh. —Por un momento, pareció que hubiera recibido un puñetazo en el estómago—. Bueno, no creo que sea im importante.

—¿Por qué no?

—Se seguramente sería algún invento de Danny. Le gustaban los có códigos raros. De debe de haber muerto con él.

—¿Y si no es así?

—En entonces, no se será así. De to todos modos, no importa. Nadie más que Rigrod po podría entenderlo.

—¿Ni siquiera Wiz? —pregunté, observándolo con suspicacia y sin tratar de ocultar el tono sardónico de mi voz. Su

comportamiento era de todo punto peculiar, pero me resultaba difícil decidir si se debía a que tenía algo que esconder o a su personalidad naturalmente paranoica.

—Ni si siquiera Wiz —replicó el joven genio, meneando la cabeza—. Rigrod tenía una m mente propia —añadió oscuramente. Luego, consultó su reloj—. A adiós, Moses. T Tengo que volver a mis in investigaciones. No puedo p permitir que la GTI nos destruya. Entonces na nadie tendría trabajo.

—Por supuesto.

Echó a andar hacia la puerta.

—Espera un momento. Espera. —Se detuvo junto a la salida—. Alguien sabía que habría problemas con Viuda Negra. Mira el mensaje que recibí a través del ordenador. Firmado, Cassiopea.

—¿Qué? ¿La diosa? —Wiz parecía sorprendido—. ¿Una m mujer trata de decirte algo?

—¿Quién sabe? —respondí.

Meneó la cabeza asombrado. Después, me tomó del brazo. A través de la manga sentía el temblor de su mano.

—Estás haciendo un buen tra trabajo, Moses. Mejor incluso de lo que yo esperaba. —Y atravesó el umbral como un ciervo asustado.

Sharon —mi asociada de área— entró un segundo después.

—¡Guau! —exclamó—. ¡Wiz ha venido a tu oficina!

—Como una aparición del Señor —murmuré para mis adentros, mientras me dirigía yo también hacia la salida. Había resuelto ir a ver a mi amigo Herb Shear, a chalanear un poco.

Las oficinas del Escuadrón DATTA estaban situadas en el tercer piso del cuartel general de la policía de San José. De las dos habitaciones que tenían destinadas en un principio habían pasado a seis, y estaban extendiéndose por un pasillo y otro al igual que un pulpo. Encontré a Herbert analizando un informe impreso del Servicio de Aduanas cuando entré en su despacho sin anunciarme.

—¿Qué tal, Trotsky? —A Shear le divertía darme este apodo, desde que algún tipo del departamento le había mostrado mi ficha del FBI—. ¿Has encontrado algún otro genio muerto en el cubo de la basura?

—Por ahora, no. Mira, ah, ¿te importaría localizarme un número de teléfono?

Se echó a reír.

—¿Cómo? ¿Un representante de Tulip me pide a mí, un humilde policía, que le localice un número de teléfono?

—Es un número dado de baja. Nuestro ordenador no ha podido decirnos nada. —Le expliqué dónde lo había encontrado.

—Un pequeño allanamiento de morada, ¿eh?

—¿Quién, yo? Yo era sólo un honrado ciudadano buscando apartamento.

—Mira, Moses. —Se inclinó hacia mí—. Tenemos un pequeño problema. Yo ya no intervengo en este caso, y tampoco tú deberías hacerlo. Se trata de un asesinato, y le corresponde a la brigada de homicidios. Ya sé que eres un detective privado y todo lo demás, pero...

—¿Te doy el número de teléfono o no, Herb?

—Pues claro.

—Muy bien. Te diré lo que yo quiero. Dime la dirección que corresponde al número de teléfono que encontré en la nota de esa chica polaca y te mantendré al corriente de todo lo que me entere. Si no...

—Si no, ¿qué?

—Si no, yo no sé nada.

—¡Oh, mierda! De acuerdo. Habla.

—

555 7234

—recité.

Se levantó y se alejó por el pasillo. A los cinco minutos estaba de regreso.

—Vámonos.

—¿A dónde?

—A Foster City. La dirección es de Little Coyote Point.

Fuimos en coches separados, porque Herb tenía que estar de vuelta al cabo de hora y media para dar su clase sobre crimen informatizado en la Universidad del Estado de San José. Era en esta clase donde siempre me amenazaba con ponerme como ejemplo de cómo llegar a la cúspide del departamento de seguridad de una gran corporación sin saber siquiera cómo se enchufa un ordenador. Yo le respondía que así me veía libre de ideas preconcebidas. Al final terminábamos los dos riendo. Shear era un ex ingeniero del cuerpo de marines que se había metido a policía a causa de sus

convicciones, pero, a pesar de que él me consideraba un compañero de viaje de los rojos, y yo pensaba de él que era un criptofascista, por lo general nos llevábamos bastante bien. Tal vez ambosuviéramos las ideologías más superadas de lo que creíamos, o tal vez fuese que estábamos haciéndonos viejos.

Unos treinta minutos más tarde, mientras abandonaba detrás de él la autopista Younger en dirección a Little Coyote Point, la niebla comenzaba a descender desde las montañas de Santa Cruz y se arrastraba sobre la orilla occidental de la bahía. Foster City era un nido de ratas encaramado al borde de la bahía, justo encima de las islas Greco. Dejamos atrás la población y seguimos hacia East Hillsdale, hasta llegar a una carretera sin salida justo debajo de donde el puente de San Mateo cruza en dirección a Hayward.

No había nadie alrededor cuando salí de mi coche y me aproximé a Herb, que estaba mirando hacia la oscuridad del océano.

—Tiene que ser ahí. —Señaló una pequeña choza que había bajo el puente, a unos sesenta metros de distancia—. Es la única dirección de East Hillsdale.

—Si no existía otra y se la llevaron quienes dieron de baja el teléfono.

Herb gruñó en tono de aprobación —un ejemplo de su sentido de la estética— y echamos a andar hacia la choza, medio difuminada por la creciente neblina. Era una minúscula construcción a base de cartones, que parecía abandonada y a punto de hundirse.

—Un típico puesto de escucha de la GTI, ¿eh, señor Tulip? —Otra de las bromas clásicas de Shear. Disfrutaba llamándome por el nombre de la compañía, porque sabía cómo me sentaba verme identificado con una corporación.

No nos extrañó descubrir que la puerta estaba cerrada con un candado. Herb sacó la pistola de su funda y rodeó la chabola hasta dar con una ventana lateral.

—¡Ajá! ¡Un típico procedimiento policial! —exclamé—. Siempre dispuestos a esperar una orden de registro.

—¿Quieres entrar o no quieres entrar?

—Quiero entrar.

Rompió la ventana. Un minuto más tarde, estábamos

recorriendo las tres habitaciones que componían la chabola. La habían dejado tan limpia como el apartamento de Anna/Paula. Sobre nuestras cabezas resonaba el ruido de los coches que atravesaban el puente a toda velocidad.

—Bien, bien. Punto muerto. Mandaré a los muchachos de homicidios para que busquen huellas dactilares.

—¿Qué me dices de esto? —pregunté, señalando una caja de cartón que asomaba sobre una de las vigas.

Me encaramé al alféizar de una ventana y le tendí la caja a Shear. Él la depositó en el suelo y la abrió para ver su contenido. La caja estaba llena de camisetas de Solidaridad sin estrenar.

—Alguien quiere acaparar el mercado de camisetas polacas —comentó Shear.

—Sí, fabricadas en Filipinas —observé, examinando una de las etiquetas.

—Oye, todo el mundo está en favor de Solidaridad. ¿Acaso tú no? —Me miró dubitativamente—. No, supongo que tú estás a favor del legítimo partido comunista de Polonia.

—Por descontado. Son los que representan la auténtica voluntad del pueblo, sin contaminar por la sucia propaganda capitalista. —Volví a cerrar la caja y se la entregué—. Toma. ¿Por qué no te la llevas contigo? Sería una gran ayuda visual para tu clase.

Shear gruñó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Vienes?

—No. Creo que me quedará a fisgar un poco más. ¿Te importa? Se lo pensó un momento.

—Muy bien. Pero si te descubren aquí dentro, yo no sé nada.

—¡Oye! —protesté—. Tampoco yo quería quedarme si fuera de otra forma.

Shear asintió y salió al exterior.

Me acerqué a la ventana y vi como desaparecía entre la niebla sin advertir el Mercury, último modelo, que había visto aparcado unos treinta metros más allá cuando trepé en busca de la caja de camisetas. Tal y como esperaba, la portezuela del Mercury se abrió y un hombre de complexión robusta salió del automóvil. Lo reconocí inmediatamente, aunque sólo lo había visto unas fracciones de segundo. Era mi amigo «Víctor», el bastardo que me había golpeado la otra noche junto a la casa de Alf Richardson.

Se aproximó a la choza. Me costó un poco resistir la tentación de hacerme con un pedazo suelto de madera y darle una buena dosis de la misma medicina que él me había dosificado, pero finalmente me quedé quieto junto a la ventana hasta que oí el ruido de una llave en el candado. Entonces salí silenciosamente por el hueco, procurando mantenerme agachado mientras me desplazaba lo más rápidamente posible hacia mi coche.

Me acurruqué en el automóvil de manera que no pudiera ser visto y esperé unos diez minutos hasta que Víctor puso en marcha su Mercury. Le di tanta ventaja como me pareció prudente, teniendo en cuenta la niebla, y salí en pos de él. Diez minutos más tarde, estábamos rodando por la 101 más allá de Daly City, rumbo al Norte y a San Francisco. Después tomó la nacional 80, para volver a desviarse por la calle Ocho. Tuve que adelantar a varios coches y casi choqué con un Toyota al cruzar bruscamente los dos carriles de la derecha para alcanzar el desvío antes de que se me perdiera entre el tráfico. Le seguí a lo largo de otras tres calles, hasta que lo vi entrar en una agencia Hertz situada frente a la terminal de los autobuses Greyhound.

Me detuve junto a la acera. Estábamos en un distrito comercial del centro —una zona muy frecuentada por la grúa—, por lo que salí de mi BMW y me dispuse a esperar. Cuando Víctor apareció caminando, cinco minutos después, yo estaba preparado. Con un pequeño punzón, muy práctico, deshinché rápidamente el neumático delantero izquierdo de mi coche, encendí las luces de emergencia, dejé una nota de «vehículo averiado» en un lugar visible del parabrisas y eché a andar detrás de él. Quizá no diera resultado, pero era lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias.

A Víctor le gustaba andar. Tomó por Market hasta Hayes, de Hayes a Van Ness, por donde subió hasta arriba de Nob Hill y se detuvo en una pequeña tienda de discos de *jazz*, en la esquina con Willow, para salir a los pocos minutos con un disco bajo el brazo. Luego, siguió subiendo hasta Vallejo. Y aún no había terminado. En Vallejo dobló al oeste, recorriendo otro kilómetro y medio hasta Divisadero, y allí torció a la derecha. Yo iba una manzana por detrás de él, procurando mantenerme cerca de la pared, cuando empezó a recorrer un camino aun más complicado. Cruzó Green,

dobló a la izquierda en Union y de nuevo a la izquierda en Broderick; se encaminó otra vez hacia Green a lo largo de un edificio Victoriano de ladrillo rojo, de siete pisos, que ocupaba toda la manzana de Pacific Heights. Cuando dobló otra esquina, comprendí al fin adonde se dirigía, me inmovilicé al instante y me pegué aun más a la pared. Le observé mientras apretaba un botón en la puerta delantera y hablaba por el interfono. No tardó mucho en aparecer un guardia que le abrió la entrada al recinto interior del Consulado de Rusia. Entonces oí un ruido chirriante. Alcé la mirada y descubrí una cámara de televisión, nada oculta, que giraba hacia mí. El objetivo con «zoom» me enfocó la cara. Levanté la cabeza y sonreí, dejando mi imagen grabada para la posteridad. O algo así. A continuación, di media vuelta y retrocedí por Divisadero. A una manzana de distancia distinguí las enormes antenas de radar situadas en el tejado del consulado, apuntando a Silicon Valley.

Tan pronto como estuve fuera de la vista, busqué una cabina telefónica y llamé a Shear, que acababa de volver de su clase, y le pedí que buscara en su fichero soviético y me localizara a un tal Víctor o Viktor. Después emprendí el regreso hacia mi coche, dándole vueltas al asunto. La participación de los rusos en esta historia me parecía tan predecible como poco clara. ¿Fueron ellos los que mataron a Danny Rigrod? No tenía sentido. Aun suponiendo que él les hubiera ofrecido alguna información y luego se hubiera echado atrás, no era lógico que los rusos se arriesgaran a poner en marcha una investigación por una venganza tan mezquina. Además, ¿quién era Anna/Paula? ¿Era meramente un cebo, como parecía sugerir la caja de camisetas polacas o, por el contrario, era la clave del enigma? ¿Y por qué se interesaba por ella Danny Rigrod, un homosexual, a no ser porque, como Laura Suzuki suponía, sintiera un anhelo burgués de convencionalidad en el fondo de su alma de científico renegado? Todo parecía indicar que el asunto giraba en torno al proyecto Pez Globo, esa misteriosa ramificación de la Viuda Negra que nadie, ni siquiera Wiz, parecía poder —o querer— explicar.

Llegué a mi coche, así es la vida, cuando la grúa estaba a punto de llevárselo. Le ofrecí un billete de cien dólares al mecánico chicano, quien se lo guardó en el bolsillo sin dejar por ello de amonestarme.

—Todavía tiene que pagar la multa, gabacho.

Cuando se alejó, empecé a reparar el pinchazo con un compresor de emergencia que guardaba en el maletero para tales ocasiones. No podía compararme con James Bond, pero era algo.

5

CUANDO volví a la oficina, encontré a Sharon excitadísima.

—Te ha llamado Eddie Capshaw —me anunció—. Dice que es urgente. Quiere que vayas a tomar unas copas con él en el Lion and Compass a las cinco en punto. Ahora son las cuatro y media. —Señaló su reloj, un artificio digital de origen japonés que, al apretar un botón, se soltaba de la pulsera y se convertía en un robot. Los robots estaban de moda—. ¿No vas a ir? —preguntó—. Puede ser importante. Además, es en el Lion and Compass.

Me encogí de hombros, pero fui allí de todos modos. Ir al Lion and Compass era cosa seria, pero sólo si uno nunca se había alejado más de quince kilómetros de San José. Era el nuevo restaurante «de prestigio», fundado por Nolan Bushnell, el padre de Atari, porque, en su opinión, no se podía encontrar un buen *saumon blanc en croûte* en todo Silicon Valley. Privaciones que tiene la vida. Pero, como venía a llenar un vacío, a las pocas semanas de su inauguración ya se había convertido en centro de algunos de los mayores negocios del país de la técnica.

Cuando llegué, Capshaw me estaba esperando, tamborileando nerviosamente con los dedos en la barra junto a una pantalla de videotext que facilitaba el acceso instantáneo a cualquiera de los principales mercados financieros del mundo.

—¡Hola, Moses! Me alegro de verle por aquí. —Me tendió una vez más su mano y aplastó la mía con su puño de hierro. Habría sido un defensa estupendo para los Raiders—. Mire, ah, siento haberle hecho venir con tanta prisa, pero... ¿Ha sabido algo nuevo

sobre Danny?

—Nada importante.

Miró en torno unos instantes, y luego señaló con la cabeza en dirección a la barra, donde una bandeja de plata llena de crustáceos blancos reposaba junto a un bol de salsa mexicana.

—¿Ha probado las gambas de Santa Bárbara? Se funden en la boca.

—No tengo hambre. ¿Qué sucede?

—Como ya le he dicho, siento haberle hecho venir hasta aquí, pero, ah, faltando Danny, no queda gran cosa del proyecto Viuda Negra..., y he aceptado un contrato con National Semiconductor, o sea que, ah, quizá no se me vea mucho por aquí, conqu...

—Al grano, Eddie...

Inclinó la cabeza hacia mí y habló con voz de conspirador.

—¿Se le ha ocurrido pensar que quizá Danny estuviera trabajando para los japoneses?

—¿Qué japoneses?

—No sé... alguna corporación. —Un par de agentes de inversiones vestidos con trajes Armani pasaron lentamente junto a nosotros, y Capshaw se interrumpió bruscamente. En seguida, prosiguió en voz alta y teatral—. ¡Sí! ¡Estas gambas de Santa Bárbara son algo excepcional! ¡Nunca las he probado mejores, ni siquiera en Guaymas, México!

Me hizo sonreír. Pasaba tan desapercibido como una bailarina de *strip-tease* en el Royal Ballet.

—No me ha salido muy bien, ¿eh? —Frunció el ceño cuando se alejaban los dos hombres—. Para ser de familia militar, pienso que debería mostrar más aptitudes. Oh, bueno, después de todo, National Semiconductor no me contrata para que sea su director de seguridad. Pero volvamos a Danny. Él creía que los japoneses iban a apoderarse del mundo por la puerta trasera, mientras los Estados Unidos y Rusia seguían con sus altercados. Ya me entiende, igual que en el aikido, ese arte marcial en el que uno aprovecha la fuerza del adversario y la utiliza contra él... Era casi como si anhelara que sucediera así. Como si creyera que lo merecían o algo por el estilo.

—Así que usted cree que estaba pasándoles información.

—No lo sé. No era su estilo, pero... Suponga que hubiera estado ayudándoles y luego se hubiera echado atrás. Bueno, usted es el

experto, pero ¿no les habría enfurecido eso? O quizá necesitaban asegurarse de que no hablaría. Sobre todo, después de toda la mala prensa que les dio aquel asunto de Hitachi hace un par de años.

—Por lo que yo sé, todo es posible. ¿Se basa en algún hecho concreto o son sólo teorías?

—Nada en particular..., aunque le había oído jactarse de sus importantes contactos en Tokio.

—¿Qué clase de contactos?

—No llegó a mencionar nombres. Solamente decía que valían más que nosotros, que sabían ver las cosas a largo plazo..., que comprendían la historia... Pero Danny nunca acabó de entender la situación internacional. Era un ingenuo. Para él... —Capshaw se interrumpió de nuevo, al ver que se aproximaba otro hombre. Era el típico tecnoide, con un cabello muy corto pero decididamente no punk y media docena de bolígrafos asomando de uno de esos feos estuches de plástico que se colocan en el bolsillo de la camisa—. Moses, quiero que conozca al señor Carruthers, de National Semiconductor. Mat Carruthers, el señor Wine de Tulip.

—Mucho gusto, señor Wine. —Estrechó mi mano con un vehemente apretón de rotario, y luego se volvió confidencialmente hacia Capshaw—. No será otro de tus caballeros errantes del malogrado proyecto Viuda Negra, supongo.

—Oh, no —respondió Capshaw apresuradamente—. El señor Wine está en nuestro, ah, departamento de contabilidad... Qué suerte haberle encontrado aquí, Moses. —Me palmeó familiarmente la espalda y guiñó un ojo—. Tendremos que continuar nuestra conversación en otro momento... ¿Me disculpa? Y no olvide a los japoneses.

—Muy bien.

Me marché sintiéndome como si hubiera escapado por los pelos de una aburrida reunión de los Kiwanis: tres horas de duración y muy latosa. E igualmente inútil.

De camino a casa me detuve en otra cabina y volví a llamar a Shear.

—¿Quién es Víctor? —le pregunté.

—No lo saben.

—También a ti te han comprado, ¿eh?

—¿Qué insinúas?

—Nada, no me hagas caso. Mira, hazme un último favor. Dime quién es y no volveré a molestarte nunca más. Vamos, Herb, vosotros tenéis fotografías en tres dimensiones, registros de voz y los diarios de la adolescencia de cualquier soldado eslavo de infantería que haya cruzado alguna vez las puertas de ese consulado, y el bastardo me dejó dos días con dolor de cabeza.

—Su nombre es Viktor Maximov. Tiene cuarenta y seis años, pero no los aparenta. Le llaman Dr. Bebop porque adora el *jazz* americano y pertenece al primer nivel del GRU —la inteligencia militar rusa—, con licencia para operar en cualquier parte del mundo. Pero si alguna vez se sabe de dónde has sacado esta información, te cortaré los miembros lentamente con una sierra mecánica, empezando por la polla.

Colgó sin darme tiempo para decir gracias.

Cuando llegué a casa vi un Rabbit descapotable aparcado en la orilla del camino de acceso. Laura Suzuki estaba sentada en los escalones del frente, con aspecto de cansancio y turbación. Mientras detenía el coche, se alzó y echó a andar hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunté, saliendo del vehículo.

—Este asunto está empezando a volverme loca. —Temblaba y se aferraba el cuerpo con los brazos, a pesar de que un intenso sol de atardecer se había abierto paso a través de la bruma.

—¿Qué te parecería una dosis de Château Neuf de Moses, que tranquiliza el alma y domina la mente?

—Acepto. —Sonrió—. A los de tu generación les gusta este tipo de cosas, ¿verdad?

—Bueno, bueno, no te pongas desagradable. —Abrí la guantera del coche y extraje un porro de hierba de Poona recién llegada de la Isla Grande, lo encendí y se lo pasé. No estaba mal aquel material: lo bastante potente como para darle a uno un toque, pero sin embrollar la mente.

Laura dio una calada.

—He estado pensando en Danny, ¿sabes? Tal vez haya una posibilidad. Tal vez mantuviera alguna clase de registro acerca del proyecto Pez Globo.

—Pero ¿dónde?

Sacudió la cabeza.

—Lo ignoro. Danny tenía un jardín Zen. Solía ir allí cuando

necesitaba... —Agitó la mano que sostenía el porro.

—¿Centrarse?

—Podrías llamarlo así. —Estaba empezando a tranquilizarse. Miró a su alrededor—. Me gusta tu coche. ¿Lleva cristales a prueba de balas?

—Qué va. —Sonreí—. Es todo fachada... Y ni siquiera es mío.

—Del Wiz, ¿eh?

Asentí.

—¿Por qué no nos lo llevamos a dar una vuelta..., hasta ese jardín Zen?

Subimos y, siguiendo sus instrucciones, nos encaminamos más al interior de las montañas. A los pocos minutos nos hallábamos en una estrecha carretera llena de curvas, no muy distinta a la que conducía a la antigua casa de Rigrod. Laura me indicó que aparcara al lado de un viejo poste de amarrar caballos y seguimos a pie por un camino de tierra que bordeaba la falda de la montaña. Al cabo de un rato de avanzar por entre la maleza, llegamos a un espeso matorral. Laura me tomó de la mano, como si fuese la cosa más natural del mundo, y me guió hasta el otro lado por un estrecho paso. Fuimos a salir junto a un grupo de árboles altos. Estábamos de cara al oeste, mirando hacia Palo Alto y el océano, y a través de la neblina el sol poniente nos bañaba con un pálido resplandor dorado.

—Mira. —Laura señaló hacia un afloramiento de granito que sobresalía del suelo enfrente de nosotros. Tenía una forma curiosa, pero en cierto modo impresionante. En torno a su base se extendía una superficie plana cubierta de guijarros rastrillados en círculos concéntricos, y a su lado habían plantado un pequeño árbol *bonsai*—. Ese árbol representa el bosque que hay al pie del monte Horai. La grieta de la roca es la cascada que va a caer al mar del Centro, representado por la grava rastrillada. La mayor parte de los jardines Zen son lo mismo: un símbolo de la naturaleza en miniatura.

—Creía que no estabas muy enterada de estos aspectos de tu cultura.

—Danny me lo explicó. —Anduvo hasta el borde de los guijarros—. Muchas tardes, hacia esta hora, solía venir aquí a meditar, a veces durante un par de horas. Pensé que tal vez si imitábamos su comportamiento podríamos encontrar lo que buscamos.

Laura me miró. Al igual que la mayoría de los californianos, en una u otra ocasión había intentado meditar, pero lo único que había conseguido era una inflamación en las posaderas. Aun así, pensé que cosas más raras había hecho en la vida, qué diablos, de modo que le di la última calada al segundo porro que había encendido por el camino y me acerqué a ella. Laura se sentó en la postura del loto a un lado de la roca y me indicó por gestos que me sentara al otro extremo. Seguí sus instrucciones y me senté tironeando de mis pies que parecían negarse a adoptar la posición correcta.

Permanecí sentado varios minutos sin encontrar ninguna clase de iluminación. Luego intenté imaginarme lo que habría hecho Danny, a pesar de que yo no le había conocido y de que, de entrada, todo aquel ejercicio era absurdo. Quizá Danny se habría concentrado en la hoja que el viento había arrastrado hasta la pared de aquel monte Horai. La contemplé un momento, y otro más, y entonces... Quizá fuera la hierba, o quizá fuera la gran incomodidad que sentía en la postura del loto, pero comencé a sentirme exaltado. La hoja se volvió más y más grande. La montaña se convirtió en una verdadera montaña, con una catarata que se deslizaba majestuosamente sobre las aguas del mar, proyectando chorros de espuma. Oí que Laura se reía. Me volví apenas un poquito en su dirección y me chocó verla sentada al sol sin la blusa. La parte superior de su cuerpo estaba magníficamente formada, con unos senos de un blanco casi traslúcido enmarcados por el negro intenso de su cabellera. Parecía sumida en un profundo trance. Empecé a sonreír.

Fue entonces cuando divisé el rifle. Al principio, no advertí qué era. Pensé que se trataba de una rama de extraño aspecto metálico que apuntaba más o menos hacia mí desde el movedizo tronco de un álamo. Pero cuando el ángulo que formaba el cañón descendió hacia mi pecho, eché el cuerpo a tierra con un grito de aviso para Laura, al tiempo que dos balas pasaban silbando a centímetros de mi cabeza y rebotaban en la granítica superficie del «monte Horai», haciendo volar minúsculas esquirlas de roca en todas direcciones. Rodando sobre los guijarros sin detenerme, así a Laura y tiré de ella hacia los matorrales del lado opuesto. Otras dos balas hicieron saltar las piedras en torno a nosotros. Después, se oyó un crujido de pasos sobre los guijarros en el momento en que una figura atravesó

corriendo el extremo más alejado del jardín, saltó por encima de un tronco y desapareció por entre los árboles.

Nos quedamos agazapados en la maleza, esperando. Laura se cubrió el pecho con la blusa. Yo buscaba al atacante. No sabía si verdaderamente había pretendido matarnos o si tan sólo quería asustarnos. Esto último me parecía lo más probable. Dos personas meditando son lo que suele llamarse «patos sentados». Pero no pensaba ir a comprobarlo. Nos mantuvimos quietos otros cinco minutos, y luego nos adentramos en la maleza tan silenciosamente como pudimos.

Al cabo de veinte minutos estábamos de regreso en mi casa. Laura estaba bastante alterada y tenía unos cuantos rasguños en la piel de correr a través del matorral. La espalda de su blusa estaba desgarrada hasta la costura del dobladillo. Le di una desgastada camiseta con una inscripción contra las centrales nucleares y pasó al cuarto de baño a ducharse, mientras yo me servía un tequila y me dedicaba a mirar por la ventana. Para entonces, ya había oscurecido por completo. Por primera vez se me ocurrió pensar que mi solitaria casa entre los montes estaba relativamente indefensa. Me volví hacia Toto, preguntándome si podía llegar a servir de algo. No me parecía muy probable. Estaba a punto de servirme otro tequila cuando oí a Laura cantando en la ducha. Era un extraño cambio de ánimo, y muy rápido. Cantaba ópera, no de un modo brillante pero tampoco mal. Me pareció el final de *Madame Butterfly*, la parte en que el oficial norteamericano regresa y descubre que su amada geisha acaba de suicidarse. Ésa era la parte que siempre hacía llorar a mi abuela.

Me tomé el segundo tequila, con la mente absorta en el sonido del agua que salpicaba el joven cuerpo de Laura, cuando advertí que el terminal del ordenador estaba otra vez lanzándome destellos, al igual que unas noches antes.

Bienvenido, Moses. ¿Quieres ver tus mensajes ahora? S/N

Pulsé la tecla de la S, y una breve nota apareció rápidamente en la pantalla:

Mensaje núm. 2. 8:37:18. Empuña el sable largo en los espacios amplios y el sable corto en los espacios angostos. No pidas pez globo en tu restaurante de *sushi* habitual. Cuídate del hombre del telón negro en la calle del Planeta Bélico.

Cassiopea

¿Otra vez Cassiopea? ¿El hombre del telón negro? ¿La calle del Planeta Bélico? ¿Qué demonios significaba ese galimatías? No tuve ni medio segundo para pensármelo, porque un repentino chillido agónico me hizo saltar los nervios.

Toto había pasado a la «posición de alerta», con su pinza alzada en toda su extensión.

Tomé una pistola del 38 que guardaba en un cajón por si se presentaba una emergencia y me aposté detrás de la puerta al lado de Toto, cuyas luces emitían amenazadores destellos. Hice pasar una bala a la recámara y esperé.

Al cabo de unos segundos, oí una voz a través de la puerta.

—¿Papá?

—¿Jacob?

Bajé el arma y abrí la puerta. En el umbral estaba mi hijo de dieciséis años, con una bolsa de viaje en la mano, acompañado de una muchachita alta y atlética, más o menos de su edad, que me recordó a Mariel Hemingway.

—Es Julie —me anunció.

—Hola, Julie —la saludé, haciéndolos pasar al interior.

—Tú eres el detective, ¿eh? —inquirió ella, estrechándome la mano como si fuese un ejemplar de su clase de biología.

—Mira, ah, hemos decidido aceptar tu invitación. Este fin de semana es fiesta, y Julie quería probar su nuevo Rabbit.

Me pregunté dónde pensarían que tenían a su hija los mormones padres de Julie, mientras Jacob me enseñaba, a través de la ventana lateral, un automóvil impecablemente nuevo aparcado al final del camino de acceso.

—Oye, ¿qué es eso? —preguntó luego señalando el robot.

—Se llama Toto. Ten cuidado con él o te fulminará con su pistola de rayos. Toto, descanso.

Las luces del robot dejaron de parpadear y bajó el brazo. Los chicos se rieron, pero de pronto Jacob se interrumpió y quedó con la boca abierta. Laura acababa de salir de la ducha y se acercaba a nosotros, secando su larga cabellera negra con una toalla.

—Julie, Jacob, os presento a Laura... Laura trabaja como ingeniero en Tulip.

—Hola —dijo ella.

—Hola —respondieron.

—Jacob es hijo mío —añadí. Me daba cuenta de que estaba impresionado. Juzgando por las apariencias, debía de pensar que Laura era mi última amante. Generalmente, mis mujeres le dejaban frío, pero Laura, calculé, estaba siete años más cerca de su edad que de la mía. Y con su cabello húmedo y sus erguidos pechos resaltando bajo la camiseta antinuclear, tenía un aspecto sensacional.

Laura aumentó la confusión cuando se colgó de mi brazo y comentó:

—Tu padre es un hombre extraordinario.

—Laura y yo acabamos detener un pequeño problema —les expliqué—. Alguien nos ha disparado un par de tiros al azar mientras investigábamos en un jardín Zen.

Les conté todos los detalles mientras consumíamos una cena a base de *fusilli* aderezados con una salsa *al pesto* que había encontrado al fondo del frigorífico, acompañada de una botella de Fetzer Zinfandel. El par de vasos por cabeza que tomaron Julie y Jacob les hizo sentir muy adultos. Considerando la apariencia de Julie, muy bien podría tratarse de su primer chico. Pero luego, viendo su manera de apoyar despreocupadamente su mano en la rodilla de mi hijo, ya no estuve tan seguro.

—Caramba, señor Wine... —comenzó—, quiero decir, Moses..., ¿crees que esa información del Pez Globo está escondida en algún lugar del jardín?

—Yo no creo nada —respondí, al tiempo que descorchaba otra botella de Zinfandel. No tanto porque quisiera corromper a la juventud como porque a mí me apetecía otro vaso. La densa libido adolescente impregnaba la atmósfera, y era contagiosa. Cuanto más tiempo llevaba sentado, más atraído me sentía hacia Laura.

Después de la cena Julie nos habló de su rebelión contra sus

padres mormones. En aquellos momentos creían que su hija se encontraba en casa de una amiga, en Santa Bárbara, en cuyo número de teléfono Julie había muy convenientemente deslizado una equivocación por si acaso a su madre se le ocurría verificar la historia haciendo una llamada. Escuché atentamente, con un ojo fijo en Toto, al que había vuelto a poner en «posición de alerta» y el otro en Laura.

Jacob y Julie se excusaron pronto —realmente había sido un largo viaje— y se retiraron a la habitación de los invitados. Me daba cuenta de que me habían catalogado como un padre moderno y permisivo, pero en aquellos momentos no podía menos que preocuparme. Estaba temiendo que también Laura se levantara y se fuera. Y se levantó, sí, pero no para marcharse.

—Vamos a la cama —propuso.

La seguí al dormitorio pensando por primera vez en Sara. Esa noche estaba en San Francisco, cenando con unos financieros, conque no parecía muy probable que me hiciera una visita sorpresa. Pero tal vez se le ocurriera llamar, de modo que dejé descolgado el auricular.

—¿Esperas alguna llamada? —preguntó Laura, al darse cuenta de mi acción.

—Es posible.

—No te preocupes —me aconsejó, comenzando a desabrocharme los pantalones—. No se lo diré a nadie.

—Pero quizá yo sí lo haga. —Le quité la desteñida camiseta antinuclear de los hombros y rodé con ella sobre la cama. Mientras me deslizaba fuera de los pantalones, sentí el edredón de pluma ceder bajo mi cuerpo.

—¿Cuál será tu próximo movimiento? —inquirió Laura, colocándose encima de mí y extendiendo una mano hacia mi polla.

—¿No te lo imaginas? —repliqué, acariciándole el muslo. El dorso de mi mano rozó la suya cuando empecé a masajearle la vulva.

—Con respecto a Pez Globo.

—¿Con respecto a Pez Globo? —Me eché a reír—. ¡Con respecto a Pez Globo! —Tenía que estar bromeando.

6

QUIEN desde luego no bromeaba era Witherspoon, cuando me retiró completamente del caso a la mañana siguiente.

—Cuando vine a trabajar para Tulip, no sabía que acabaría convirtiéndose en un trabajo para el gobierno —le dije.

—No sea susceptible, Moses. En el mundo de las corporaciones hay que aprender a nadar con la corriente. Además, mis informadores me han asegurado que en este asunto de Rigrod no hay nada que hacer. Estaba jugando..., por encima de su cabeza..., y fuera lo que fuese, murió con él.

—¿Que murió con él? ¡Yo sí que casi he muerto con él! ¿Quién cree que me disparó ayer?

—Vamos, Moses. Usted mismo me dijo que sólo querían asustarle.

—Asustarme para que me olvide, ¿de qué?

—¿Quién sabe? Mire, fuera lo que fuese, déjelo correr. Vuelva a su trabajo habitual y le aseguro que nadie lo utilizará como blanco para sus prácticas de tiro. —Manipuló uno de esos caros y pequeños juguetes para despacho que venden en las últimas páginas del catálogo Horchow—. A menos, naturalmente, que prefiera dejarnos.

De manera que era esto lo que pretendía.

—Quizá lo haga —respondió—. Quizá sea precisamente lo que haga.

Y abandoné su oficina sin despedirme.

Cinco minutos más tarde me hallaba frente a Delores, la asociada de área de Wiz, una mujer de aspecto maternal, más

próxima a los sesenta que a los cincuenta, que se parecía más a la secretaria ejecutiva de una pequeña firma de contabilidad que a la ayudante de campo de un *wunderkind*. La encontré inclinada sobre una terminal de ordenador, con cara de frustración.

—¡Moses! ¡Qué alegría verle! —exclamó.

—¿Dónde está Wiz?

—Estoy jugando a «Deadline». Ya sabe, un juego de misterio que hay que resolver en el ordenador en veinticuatro horas. ¿Conoce la solución?

—Tengo que ver a Wiz, Delores.

—Dice que el señor Marshall Robner, el industrial y filántropo, fue hallado muerto en su propia casa a causa de una sobredosis de Ebullion, un medicamento que tomaba contra la depresión. Pero, según el informe del laboratorio, su taza contenía únicamente té, sin el menor rastro de...

—¿Dónde está Wiz?

—Encerrado, por supuesto.

—Por supuesto... Ahora dígame dónde está. Es una emergencia. Alzó la vista hacia mí.

—¿Algo anda mal? —De pronto, empezaba a darse cuenta de la realidad.

—Pues claro que algo anda mal. Y ahora dígame, ¿dónde está?

—Se supone que no debo decirlo. Usted sabe que, si lo hiciera, le acosarían sin piedad. El proyecto Bulb nunca llegaría a terminarse. GTI dominaría entonces el campo de los ordenadores personales, y nos quedaríamos todos sin trabajo. Pero podría comunicarme con él.

—Perfecto. Dígame que si no tengo noticias tuyas en veinte minutos me voy de Tulip.

—¿En serio? Nadie se va de Tulip.

—No tiene al destino.

De vuelta en mi oficina, encontré un mensaje de Sara: «¿Dónde estabas ayer por la noche? Te llamé por si querías repasar el capítulo veintisiete del *Kama Sutra*».

—Muy sexy —observó Sharon.

Jodiendo con una japonesa americana de veinticuatro años, pensé. O siendo jodido por ella. No sabía bien cuál de las dos respuestas era la buena. Hacia las tres de la madrugada me había

despertado, mientras Laura dormía profundamente a mi lado, con la súbita comprensión de que había sido ella la que me había llevado al jardín Zen. Y teniendo en cuenta que Capshaw me había advertido que tal vez Rigrod estuviera trabajando para los japoneses... Para ser un detective profesional, andaba un poco lento de reflejos. A los cuarenta años, con un poco de Cannabis sativa entorpeciendo mi sistema nervioso, empezaba a dar muestras de chochez. Sin embargo, contemplando la suavidad perfecta de su piel sobre la blanca sábana, vi claramente lo fácil que era cometer errores.

Estaba reflexionando sobre todo esto cuando la dama en cuestión hizo su entrada en mi oficina con la expresión radiante y excitada de alguien que acaba de descubrir oro o de aprobar un examen de admisión.

—¡Lo encontré! —exclamó—. O, mejor dicho, Eddie y yo lo encontramos.

—¿Capshaw? ¿Qué?

—Pez Globo. Lo primero que hemos hecho esta mañana ha sido acceder al banco de datos principal, marcar la palabra clave de Viuda Negra y preguntar. No es un gran secreto, después de todo. Estuvo ahí todo el tiempo.

Laura se inclinó sobre mi hombro y tecleó unos cuantos símbolos en el terminal de mi ordenador. Una serie de ecuaciones surgió en la pantalla, bajo el título **Proyecto: Viuda Negra/Sub.: Pez Globo.**

—¿Qué significa? —pregunté.

—No gran cosa. Es el principio de un nuevo código para un microprocesador de treinta y dos bits.

—¿Para qué sirve?

—Es difícil saberlo. Da la impresión de que Danny no lo tenía muy adelantado. Podría utilizarse para un montón de cosas.

—¿Como cuáles? —La miré fijamente.

—Buenos días —contestó burlonamente—. Hoy te has levantado muy temprano. Tu hijo nos ha enseñado a preparar *matzoh* y huevos.

Sonreí al pensar en Jacob preparando *matzoh brei* para una chica mormona y una japonesa. Supuse que lo comerían con mayonesa y salsa de soja.

—De hecho, estaba recibiendo una reprimenda.

—¿Una reprimenda?

—Bueno, no del todo. Han decidido congelar todo el asunto de Rigrod. Pero hágale del procesador. En términos apropiados para un idiota, ¿qué es capaz de hacer?

—Bueno, ya te he dicho que es difícil saberlo. Parece algo bastante sencillo..., un activador de voz avanzado, o algo así. Muchas compañías están trabajando en cosas parecidas.

—Un activador de voz avanzado.

—Ya sabes. Para comprender la voz humana.

—Mi robot puede entenderla.

—Esto lo haría mucho mejor. —Se encogió de hombros—. Más palabras..., deducciones. Tal vez por eso lo llamaba Pez Globo: porque es un sistema con capacidad de expansión. —Hizo una pausa para mirarme—. Supongo que tienen algo de razón.

—¿Con respecto a qué?

—A lo de quitarte el caso. No parece muy importante.

—Ya veo. Hazme una copia impresa.

Asintió, y lo que teníamos del proyecto Pez Globo surgió al instante de la impresora matricial que tenía en una mesa tras mi escritorio. En total ocupaba unas cuatro páginas, de las que únicamente alcancé a comprender el título.

—Gracias —dije, recogiendo las hojas de la impresora—. ¿Cuándo nos vemos? ¿Esta noche?

—Por supuesto. —Esbozó una media sonrisa—. Ahora tengo que irme. —Me besó ligeramente en los labios y se marchó.

Estaba viéndola cruzar el césped en dirección al edificio de investigación y desarrollo cuando sonó el teléfono. Era Wiz.

Me reuní con él diez minutos después, en el interior de la entrada de la planta de fabricación del Bulb. A nuestro alrededor, los obreros se afanaban en la construcción de la línea de montaje, instalando robots que no se parecían en nada a Toto, sino que eran gigantescos dispositivos mecánicos para soldar, atornillar y clavar, sustituyendo a los seres humanos tanto en su forma como en su contenido. Con sus luces parpadeantes y sus manojos de cables de distintos colores, aquello parecía una pintura de Léger que hubiera cobrado vida.

Wiz me llevó a un lado, donde, de forma incongruente, se

acumulaban varios terminales de ordenador GTI conectadas a una unidad central GTI instalada en el sótano para controlar el funcionamiento de la planta, un constante recordatorio de que Tulip —con todo su atractivo— a fin de cuentas no era más que calderilla en el poderoso mundo de las máquinas de gestión. Y de que estaba luchando por su supervivencia.

—N no nos dejes —me pidió Wiz.

—Entonces, que no me pongan trabas. ¿O es esto lo que significa trabajar para una corporación?

—A ve veces. Incluso para el pre presidente.

—Sí, sí. Mi corazón sangra por ti. Sólo que esta vez alguien resultó muerto, más de uno, en realidad, si contamos a Nicky Li. Además, una chica polaca ha desaparecido. A mí me han disparado, y sospecho que cierto número de personas están mintiendo por sus propios intereses. Y quizá entre ellas te cuentes tú, mi precoz amigo.

—¡M M Moses!

—Y ahora, según tu nuevo OES, el caso Rigrod se ha cerrado, al menos en lo que a Tulip se refiere.

—No se ha ce cerrado.

—Entonces, ¿a quién debo creer? ¿A ti o a Witherspoon?

—A m mí.

—Pero ¿quién tiene la autoridad?

—Eso n no importa. Ya en encontraremos la manera.

—Oh, qué bien. ¿De quién es esta compañía, en realidad?

—T Tulip es una corporación p pública. Por favor, Mo Moses.

Un enorme elevador de horquilla avanzó en nuestra dirección. Por un momento tuve la sospecha de que se abalanzaba hacia nosotros, pero en seguida se desvió y giró por un pasillo entre dos cintas transportadoras.

—De acuerdo. Empecemos con esto. —Saqué las hojas impresas y se las mostré—. Laura Suzuki, una programadora del proyecto Viuda Negra, dice que esto es Pez Globo.

—¿Laura Su Suzuki? —preguntó, como si el nombre no significase nada para él. Luego estudió las páginas, con una expresión cada vez más preocupada. Se aproximó a uno de los ordenadores GTI y tomó asiento ante él, pulsando rápidamente varias teclas. A los pocos segundos, las ecuaciones corrían por su

pantalla como almadías río abajo. Entonces se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Quién es e ella?

—Ya te lo he dicho: una programadora de Viuda Negra. Japonesa americana, veinticuatro años, graduada en Cal Tech..., muy atractiva —añadí.

—Averigua m más. ¡En seguida! —La última palabra, sin tartamudeos, brotó tan brusca y directa que, por unos instantes, me dejó sorprendido.

—¿Qué es todo esto? —quise saber, señalando las páginas.

—Ba basura sofisticada. Datos de re relleno para sustituir un código ro robado. —Eché las hojas a una papelera e hizo gestos a un individuo con casco que se movía entre dos líneas de montaje—. Nos ve veremos esta noche.

—¿Dónde?

—En el auditorio de la Universidad de San José, a las ocho. Los debates Brisbane-Bradley.

¿Los debates Brisbane Bradley? Solamente a Wiz podía interesarle ese espectáculo ambulante reciclado a base de nostalgia de los sesenta.

7

ESTABA equivocado. Los debates Brisbane Bradley eran todo un éxito..., al menos en la Universidad de San José. Me acomodé en la quinta fila de un auditorio de un millar de asientos, todos ellos ocupados. A un lado tenía a Wiz y su acompañante, Miranda Clasp —una criatura desgarbada y diez centímetros más alta que él, que estudiaba biogenética en Stanford— y, al otro, a Jacob y Julie. El público estaba casi exclusivamente compuesto de pulcros estudiantes universitarios que prestaban una arrobada atención, estudiando a los dos hombres que se exhibían frente a ellos como si se tratara de los restos arqueológicos de una época que parecía más lejana que la Edad de Bronce.

Detenidos en el tiempo, pensé, estamos todos detenidos en el tiempo, por más que nos esforcemos en adaptarnos a las novedades. Giles Brisbane, con sus cabellos —ahora grises y cortos— cuidadosamente peinados, estaba radiante en el escenario, mientras le repetía al público su letanía de los últimos veinte años, un tanto actualizada: «La juventud, la juventud, la juventud es la que está haciendo la revolución en este país. A la antigua generación le gustaría impedirla, pero ya se ha producido: una revolución electrónica, asíncrona, totalmente democrática, forjada a base de ordenadores y de emisiones de la MTV». Volví la vista hacia su vieja némesis, Scott Bradley, que parecía fascinado por el traje de la moderadora, una presentadora de la cadena de televisión local. «Y el Lenin, el Mao Zedong de esta revolución —prosiguió Brisbane—, está esta noche sentado entre nosotros». Señaló la quinta fila. «Alex

Wiznitsky, el Wiz, el hombre que ha hecho posible que la tecnología más avanzada penetre en nuestros hogares, rompiendo el cerco de las grandes corporaciones multinacionales y del Estado». Una cerrada ovación saludó a Wiz, cuya cara pasó por varias tonalidades de rojo. Brisbane sonrió, con ambas manos asidas por encima de su cabeza, y se aproximó al borde del escenario como si fuese una envejecida estrella de rock: «Orwell estaba equivocado. 1984 no es el año del Hermano Mayor, sino el comienzo de una nueva utopía, una utopía de la juventud. Yo he visto el futuro, ¡y funcional!».

Hizo gestos solicitando más aplausos. Una cosa podía decirse de Brisbane: no sabía lo que era la vergüenza. Hacía quince años que le había visto hablar por primera vez, cuando sus cabellos le llegaban a los hombros y era el gurú internacional de las drogas psicodélicas, y ya entonces procuraba ordeñar al máximo su situación. Por entonces, Bradley era el piloto kamikaze de la CIA, dispuesto a decir o hacer lo que fuese para mayor gloria de Dios, la patria y el presidente. Ahora, estos dos viejos veteranos se necesitaban el uno al otro más que Abbott y Costello.

¡Qué demonios! Al final, siempre se reducía todo a encontrar la manera de ganarse la vida. Si había algo triste en esta historia, era el público: una generación desprovista de héroes o ideales propios. Por mucho que pudiera decirse de sus padres, fumadores de marihuana y disidentes, al menos tenían una cultura.

A continuación, Bradley se incorporó y empezó a cantar su canción, recurriendo a toda la bilis anti *hippie* que aún podía extraerle a su enjuto cuerpo de asiduo frecuentador de gimnasios. Incliné la cabeza hacia Wiz.

—Se ha ido —le informé.

—¿D dónde?

—Ni idea. Su apartamento está tan limpio como el de Anna Wajda. No tiene amigos íntimos. Nadie de la compañía sabe dónde encontrarla, y no ha dejado su nueva dirección.

—¡Oh, Dios m mío!

—Lo más desconcertante de todo es que no sé quién es en realidad. Estudió en Cal Tech, es cierto, pero en Grant High no consta ningún dato de Laura Suzuki antes del undécimo grado. Y parece como si no hubiera tenido padres. Como si se hubiera materializado de la nada.

Wiz cerró el puño y se golpeó la frente, hoscamente.

—¡Oh, Moses! ¡Esto es terrible!

—¿Qué ha podido llevarse?

—No no lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¡Venga ya! —estallé. Varios espectadores de las filas más próximas se volvieron hacia nosotros. Ya estaba harto de oír tartamudear estupideces. Pero Wiz se limitó a agachar la cabeza y contemplar las punteras de sus zapatillas deportivas New Balance.

Permanecí en silencio, echando humo. Para entonces ya había comenzado el turno de ruegos y preguntas, y los miembros del público hacían cola ante los micrófonos instalados en el pasillo para interrogar a los dos grandes filósofos sociales. Un tipo airado, de unos cuarenta años y aspecto de camionero, aprovechaba la oportunidad para meterse con Brisbane, culpándole de la muerte de su hermana que había saltado por la ventana durante un viaje de ácido en 1971. Al momento, otro individuo saltó en defensa de Brisbane, asegurando que durante sus más de doscientos viajes de ácido jamás se había sentido tentado a hacer nada más violento que comer fresas silvestres y escuchar discos de Creedence Clearwater. Esperé a que Wiz dijera algo. Finalmente, me harté, les dije a Jacob y Julie que los esperaba en el vestíbulo y salí al exterior.

El vestíbulo estaba cubierto con carteles de las producciones del Club Dramático de la Universidad estatal de San José a lo largo de los últimos diez años; todo lo imaginable, desde *La tía de Carlos* hasta *Arturo Ui*. Me los quedé mirando, con el mismo estado de ánimo deprimido con que había contemplado los carteles de conjuntos punk en las paredes del desnudo apartamento de Laura, esa misma tarde. En ese momento salió Wiz y se detuvo a mi lado.

Pasó un par de minutos antes de que dijera algo.

—Mo Mo Moses, es verdad que sé algo de Pez G Globo.

—Sorpresa, sorpresa —respondí.

De nuevo vaciló, decidiéndose a hablar sólo cuando vio que yo iba a estallar otra vez.

—Era un p proyecto especial..., para el fu futuro..., un chip adicional pa para el Bulb.

—Un accesorio —comenté.

Wiz asintió.

—Muy po potente..., para fa fabricarlo dentro de un par de a años, cuando la GTI sa sacara su nuevo ordenador p personal. Entonces les da daríamos la sorpresa, con un Bulb de 2000K de RAM ca capaz de hacer cosas en el ho hogar con las que nadie ha so soñado.

—¿Qué cosas?

—De todo. Inteligencia ar artificial..., tratamiento de in informaciones...

—Un chip de ensueño, ¿eh? No sabía que Tulip tuviera instalaciones para hacer cosas así. Ese Rigrod debió de ser todo un tipo. ¿Estaba cerca de conseguirlo?

—No lo c creo. No sé por d dónde iría. Estaba to todo en el aire... —Hizo un gesto hacia un firmamento que no existía.

—Pero los rusos se interesaron.

—Puede ser. Pe pero no podrían en entenderlo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Wiz desvió la mirada.

—Secretos co comerciales —replicó—. No quería que n nadie supiera que estábamos tra trabajando en ello.

—¿Ni tu director de seguridad?

—R Rigrod me lo hizo pro prometer, o no habría tra trabajado para mí.

—Pero Rigrod ha muerto.

—Y yo te lo e estoy di diciendo.

—Te ha costado un poco, Wiz —observé.

—Lo s siento, Moses. Si quieres dejarnos...

—Lo estoy pensando.

—N no lo hagas. Por favor. Encuentra a Laura Suzuki. En encuéntrala. —Me sujetó de la manga con una intensidad casi maníaca—. Por el b bien de los dos. Te alegrarás, te lo pro prometo.

—Pero ¿no tienes ninguna pista? ¿Ninguna información acerca de ella?

Sacudió la cabeza, al tiempo que se abrían las puertas de la sala y el público empezaba a dispersarse por el vestíbulo. Los estudiantes miraban a Wiz, susurrando entre ellos y señalándole con el dedo antes de salir hacia la noche. Me pregunté si alguno se acercaría a pedirle que autografiara su ordenador.

Jacob salió entre Julie y Miranda Clasp.

—Caramba, papá —comentó—. Te aburres en seguida.

—¿Tú crees?

—A mí me ha parecido muy interesante..., sobre todo, la parte de la utopía juvenil. —Me lanzó una de sus picaras miradas.

Wiz tomó a Miranda Clasp de la mano y nos encaminamos todos hacia el aparcamiento. Visto de perfil parecía una pequeña lechuza paseando con una cigüeña.

—Julie y yo hemos de volver —anunció Jacob, indicando el Rabbit de su amiga aparcado junto al coche de Wiz—. Nos vamos ya.

—¿Vais a conducir hasta Los Ángeles a estas horas? Son las nueve de la noche. —De pronto, se me apareció una imagen de mi hijo esparcido por la autopista 101.

—Nos detendremos en Santa Bárbara, en casa de la amiga de Julie. —Bajó la voz—. Así su madre no se enterará.

—Ah ah. Bueno, mira, ¿por qué no dejáis que os acompañe?

—¿Quieres venir con nosotros?

—Tengo que estar en Los Ángeles por la mañana. —Me volví hacia Wiz, que estaba metiéndose en su coche con la poco grácil mistress Clasp, la pareja más extraña que jamás hubiera profanado la tapicería de cuero de un Mercedes turbodiésel—. Voy a tratar de localizar a Laura —le expliqué—. No sé dónde me llevará esta caza, conqu..., ¡no canceles mi tarjeta de crédito!

—No te pre preocupes —respondió Wiz, mientras una amplia sonrisa de alivio florecía en su rostro. Cerró la portezuela del vehículo—. Llámame, por fa favor —añadió, sacando la cabeza por la ventanilla al tiempo que conectaba el encendido.

Le detuve antes de que arrancara.

—Wiz, otra cosa. ¿Por qué se llama proyecto Pez Globo?

—Tendrías que pre preguntárselo a Rigrod. Yo n no lo sé.

—O sea, que quieres que vaya a buscar algo sin saber de qué se trata y sin ser capaz de reconocerlo si por casualidad lo encuentro.

Wiz se encogió de hombros, en un ademán de disculpa. Yo asentí y me aparté de su automóvil. Mientras se alejaba, vi a Brisbane y Bradley charlando amistosamente, paseando hacia su limusina.

Veinte minutos después estaba preparando mi maleta, con una oreja pegada al teléfono y explicándole a Sara que pasaría algún

tiempo fuera.

—Tal vez sea bueno para nosotros —alegué—. Una separación de unos cuantos días, ¿eh?

—Tal vez —replicó.

—Es bueno tener algo de perspectiva.

—Eso dicen.

Fue todo muy civilizado, quizá demasiado civilizado. Pero lo aparté de mi mente con un encogimiento de hombros y deslicé el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta. En el último momento, metí también un ejemplar de *El Hagakure* —la ética samurái de Rigrod— en la maleta y cerré la cremallera.

Durante la mayor parte del viaje en dirección al Sur fui yo al volante, con los chicos dormidos el uno en brazos del otro en el asiento de atrás del coche de Julie. Sentía una cierta sensación de alivio, como si estuviera escapando del claustrofóbico mundo de las corporaciones para regresar a mi auténtico «yo», por más que ese «yo» fuera un prisionero de sus depresivos estados de ánimo y de su multicolor pasado. Yo era un hombre al que le gustaba trabajar solo. En última instancia, así lo había elegido.

California iba pasando ante mis ojos y perdiéndose en la noche. Los cultivos de hortalizas y las fluorescentes estaciones de servicio instaladas junto a la carretera eran para mí un consuelo. Conocía la 101 de memoria: llanuras, después colinas, después el mar. Al poco rato habíamos dejado atrás Santa María, en dirección a Gaviota y el océano. Llegamos a Santa Bárbara a las dos y media de la madrugada y dejé a Julie en casa de su amiga. Jacob y yo nos inscribimos en el hotel Miramar, situado junto a la playa.

A la mañana siguiente, Julie y él me acompañaron hasta una agencia de alquiler de automóviles que había cerca de la autopista de Ventura. Desde allí seguí solo hacia Grant High. De camino a Encino, me asaltó la misma sensación que siempre me había producido el San Fernando Valley. Lo lógico habría sido que detestara aquella franja llana, fea y contaminada de proto suburbios, pero de un modo u otro simpatizaba con sus residentes, como si se tratara de inocentes ciudadanos injustamente calumniados por tener la desgracia de vivir en uno de los paisajes urbanos más ridiculizados del mundo. Después de todo, no era un lugar de maldad. Sólo era el valle, no Nuremberg.

Grant High apenas era lo que podría llamarse un modelo de arquitectura moderna: un achaparrado monumento de hormigón a la falta de imaginación, dejado caer de cualquier manera en aquella ilimitada tierra de nadie conocida localmente como «el norte del bulvar». Detuve el coche frente a él, me ajusté una corbata quizá demasiado elegante en aquellas circunstancias y entré en el edificio de administración con mis más neurasténicas maneras de funcionario del gobierno.

La mujer que había tras el mostrador tenía los ojos cargados y el aspecto entorpecido de alguien que lleva tanto tiempo trabajando en la red de escuelas públicas como para que a uno le entren ganas de enterrarla en un archivador. Se dirigió a mí como si mi presencia allí fuera una intrusión más o menos equivalente a la aparición de una rata de cloaca en el quirófano del centro médico Cedars Sinai en el transcurso de una operación a corazón abierto.

—Ah, hola —saludé—. Espero que sus archivos sean bien completos.

—No he tirado muchas cosas desde que estoy aquí. —Dio un paso atrás, como diciendo «¿Y ahora qué?».

—Yo, bien, vengo en representación de SORJA, la Sociedad de Restitución a los Japoneses Americanos que fueron expropiados durante la guerra. —Le tendí una tarjeta que me había hecho imprimir media hora antes en una imprenta del Reseda Boulevard. Ella la examinó con suspicacia.

—A mí no me parece usted muy oriental.

Me encogí de hombros.

—El mercado del trabajo..., ya sabe cómo es. Tengo un doctorado en sociología, pero hoy en día quien no tiene una buena preparación en ordenadores ha de conformarse con lo que sea... Y, de todas formas, es una buena causa, así que... ¿Recuerda que durante la segunda guerra mundial todos los japoneses fueron internados en campos de concentración, a pesar de que la inmensa mayoría eran buenos norteamericanos?

—No, no lo recuerdo —replicó.

—Oh, bueno, pues eso fue lo que ocurrió. Los alemanes y los italianos pudieron quedarse donde estaban, paseando por las calles de Nueva York, pero a los japoneses los encerraron entre alambre de púas en un lugar llamado Manzanar, en Owens Valley. Les

quitaron sus negocios y todo lo que poseían.

—Los japoneses son buenos negociantes —reconoció ella de mala gana, como si temiera que cualquier día fueran a quitarle su empleo.

—No los que yo le digo. Usted se refiere a todos los Sonys, Toyotas y demás que pueblan el país del Sol Naciente. Éstos eran los ordinarios papá san y mamá san que regentaban la tienda de caramelos allá en Pacoima, ¿comprende qué quiero decir?

—¿Y qué quiere ahora? ¿Un donativo?

—De ninguna manera. Tan sólo un pequeñísimo favor. Hace unos ocho años, hubo en esta escuela una estudiante llamada Laura Suzuki. Su abuela, que ahora tendría ochenta y tantos años, tiene derecho a una indemnización de nuestra sociedad por valor de cuatro mil dólares, en compensación por el puesto de venta de fresas que le fue expropiado en 1941. Ahora bien, dado que esta abuela san, lamentablemente, falleció hace tres años, nos corresponde averiguar si dejó algunos parientes y, en caso afirmativo, localizarlos para que puedan repartirse el dinero. ¿Verdad que me comprende?

La mujer suspiró profundamente ante mi contraataque y se dirigió a los ficheros.

—¿Ha dicho Laura Suzuki? —Asentí, y me entretuve leyendo los avisos expuestos en la puerta de la oficina de empleo del instituto —. Hay una marca en su carpeta. Alguien telefoneó ayer mismo preguntando por ella.

—Fui yo.

—Ah, claro. Bueno, sólo estuvo entre nosotros durante el undécimo y duodécimo grados, y luego se fue a... Cal Tech. —Meneó la cabeza—. Desde luego, estudian duro.

—¿Cuál era la dirección de su domicilio?

—Parece que tuvo dos. —Regresó con la carpeta y la dejó abierta encima de la mesa—. Tome, véalo usted mismo. No sé qué esperan ahora de nosotros estos japoneses —protestó—. Cuatro mil dólares... ¡pero si ya son dueños del mundo!

Estudí el expediente de Laura Suzuki. Todas sus notas eran sobresalientes. Actividades extraescolares, ninguna. Según los registros, había tenido dos direcciones: una en Encino, que se mencionaba como lugar de procedencia, y otra, a la que se trasladó

cuando empezó a estudiar aquí, en Gardena. Conocía bien ese lugar. Su vecindario era mayoritariamente japonés, estaba a una buena hora de distancia y era famoso por sus salones de póker legales y sus semilleros baratos de venta al por mayor. Para una estudiante adolescente, los desplazamientos debieron de ser considerables. Anoté ambas direcciones y me marché.

La dirección de Encino se encontraba solamente a cinco calles de distancia de la escuela, pero había pasado a formar parte de un complejo de apartamentos construido un par de años antes para disfrute de solteros con ganas de juerga, lleno de bares y provisto de una piscina con el suficiente cloro como para volverle a uno albino.

Regresé a la autopista y puse rumbo a Gardena. Ya estaba entrada la tarde, y las luces comenzaban a iluminar los salones de póquer. La segunda dirección de Laura correspondía a una casita de estuco en una calle lateral, detrás de un edificio industrial de ladrillo. En el buzón, escrito en pulcras letras rojas, figuraba el nombre K. ICHIKAWA. Dentro de la casa, alguien tenía sintonizada la emisora de televisión por cable en lengua japonesa. Llamé a la puerta y aguardé. Al cabo de un momento abrió un anciano japonés, manteniendo puesta la cadenilla de seguridad. Por su forma de mirar, con los ojos casi cerrados, supuse que estaba prácticamente ciego.

—¿Señor Ichikawa?

—Sí, sí. —Hablabla con el acento californiano propio de una persona nacida en el país y lucía unos tirantes negros sobre una descolorida camisa amarilla, además de unos holgados pantalones a la moda de los años cuarenta.

—Soy el Dr. Loomis. ¿Me permite pasar?

—¿Para qué?

—Soy profesor en Cal Tech.

—¿Cómo?

—El Instituto de Tecnología de California, en Pasadena.

—Oh. —Pude ver que retrocedía medio paso y colocaba la palma derecha sobre la puerta, como si fuera a cerrarla. A sus espaldas, colgando sobre la pared, había un par de antiguas fotografías enmarcadas. Una de ellas, como de unos cuarenta años atrás, era una foto de boda en la que se veía a un juvenil Ichikawa con un almidonado chaqué junto a una joven de aspecto tímido,

ataviada con un vestido de un género floreado. La otra mostraba a la misma pareja unos veinte años más tarde, en compañía de una chiquilla de unos cinco años. Estaban en lo que me pareció el camino de acceso de una agencia Toyota, junto a un establecimiento de Orange Julius, y un letrero sobre sus cabezas rezaba GRAN INAGURACIÓN. Un sacerdote sintoísta hacía aspersiones de alguna sustancia ante ellos, mientras un hombre enfundado en un severo traje negro lo contemplaba todo con aire de aprobación.

—Estoy buscando a una antigua estudiante mía... Laura Suzuki.

—No le comprendo —respondió, empujando la puerta hacia adelante.

Rápidamente, introduje la punta del pie en el hueco para impedir que la cerrara del todo.

—Le he dicho que estoy buscando a Laura Suzuki. Queremos ofrecerle un puesto como profesora auxiliar.

—No le comprendo —repitió—. Venga otro día, por favor.

—Esa niña. —Señalé la fotografía—. ¿No es Laura Suzuki?

—No le comprendo. Vuelva otro día. Otro día. —Pero sus acciones desmentían su obsesiva cortesía, pues empujó la puerta con el hombro, intentando cerrarla. Sentí un brusco apretón en el pie, y en seguida algo que se alzaba velozmente, y salí despedido de la puerta. Apenas si logré mantenerme en pie mientras retrocedía desde el umbral a la acera. La puerta se cerró de un golpe frente a mí. Casi al instante oí que se corría el cerrojo, y un par de persianas de madera se cerraron en la ventana de la sala. Me alejé un poco por la acera, volví a mirar la casa y sonreí. No había estado nada mal para un tipo de más de setenta años. Deseé encontrarme la mitad de bien que él cuando llegara a su edad.

A continuación, enfilé la autopista de Harbor para dirigirme a la Oficina de Registros, a fin de consultar el título de propiedad de la casa de Gardena. No esperaba enterarme de mucho, pero era un procedimiento obligado en el trabajo de investigación, la clase de tarea que antes me hacía detestar el oficio. En aquellos momentos, sin embargo, me proporcionaba una especie de seguridad, una satisfacción como la de los adeptos al Zen. Incluso me complació ver que era la misma malhumorada mujer chicana de otros tiempos la que cobraba la cuota de cinco dólares por la consulta. Averigüé

que la casa no pertenecía a Ichikawa ni a ningún Suzuki, sino a una empresa denominada S.D.C. Holding Company. La habían adquirido en 1964..., el mismo año, calculé, en que Laura Suzuki cumplió los cinco.

No sabía cómo encajar todos estos datos, pero resolví que tal vez podría ayudarme alguien que conociera Los Ángeles mejor que yo, y nadie lo conocía mejor que mi tía Sonya. Además, durante los largos meses que llevaba trabajando para Tulip no la había visto ni una sola vez. Así pues, me lancé de nuevo a las atestadas carreteras, rumbo al Centro para la Tercera Edad de Venice.

Normalmente, cualquier alboroto que pudiera hallar a mi llegada al centro se debía a los propios representantes de la tercera edad, enzarzados en interminables discusiones sobre acontecimientos y cuestiones tan viejos como ellos: mencheviques y bolcheviques, socialdemócratas y anarquistas, ortodoxos y conservadores se enfrentaban entre sí como si el Zar hubiese abandonado el Palacio de Verano y el proletariado ruso se hubiera echado a la calle el jueves de hacía dos semanas. Resultaba al mismo tiempo refrescante y extraño encontrar tanta energía atrapada en un repliegue del tiempo mucho más pronunciado que el de Brisbane y Bradley. Y, además, sin cobrar nada.

Esta vez, en cambio, cuando llegué caminando a Ocean Front Walk después de aparcar el coche en un callejón junto a la Rose Avenue, vi que otro tipo de caos, menos importante, había invadido el vecindario. Media docena de fotógrafos aguardaban frente al centro, que había sido acordonado, y un par de reflectores iluminaban el firmamento crepuscular. Junto a la puerta roncaba suavemente el motor de una aerodinámica limusina Cadillac, en torno a la cual se habían congregado unos cuantos vecinos de Venice para observar de cerca sus lujosos accesorios: televisión, equipo estereofónico con mando a distancia, un mueble bar en madera de castaño.

Lleno de curiosidad por enterarme de qué estrella de rock había decidido hacer suya la causa de los ancianos, me precipité al interior antes de que nadie pudiera detenerme..., sólo para descubrir que el centro de la atención era mi propia tía Sonya. Nunca antes la había visto tan engalanada, con un largo vestido negro adornado con lentejuelas. Las dos señoras de unos cuarenta

años que la flanqueaban aun vestían más primorosamente, con sendos trajes de noche a la última moda, que sin duda procedían directamente del escaparate de alguna *boutique* de Beverly Hills. Al igual que Sonya, no obstante, se las veía claramente incómodas con su atuendo, como si las tres se encontraran metidas, por algún extraño accidente, en una versión distorsionada de *Reina por un día*. Unas dos docenas de ancianos habituales del centro las contemplaban con respeto y fascinación, mientras otra mujer daba los toques finales al atavío de Sonya.

—¡Oh, Dios mío! ¡Moses! —Cuando me vio, se puso roja como una remolacha, como si la hubiera sorprendido cometiendo un acto inconfesable—. ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago yo aquí? La cuestión es, ¿qué estás haciendo tú aquí? Vaya, si pareces una Cenicienta vestida para el baile de los Panteras Grises.

—¡Ah, soy una vieja hipócrita! —Se aferró la cabeza con ambas manos, en un gesto de dolor, y se me acercó, para asirme del brazo y tirar de mí hacia un lado—. No sé cómo soy capaz de hacer este papel.

—¿De qué papel me hablas?

Las dos mujeres más jóvenes nos miraban nerviosamente.

—Los Premios de la Academia —me susurró.

—¡Los Premios de la Academia! —Iba a echarme a reír cuando recordé algo—. ¿Quieres decir que aquel documental sobre los viejos judíos de Venice...?

—Exactamente, exactamente. —Asintió—. Ya lo sé. Los premios son una cosa horrible, una traición. Se lo dije a estas señoras... —Hizo un ademán en dirección a ambas mujeres, que se acercaban a nosotros cada vez más agitadas—. Es lo mismo que Stalin con los estajanovistas: hacer héroes de los individuos para dividir a las masas.

—Por favor, Sonya —intervino la más joven de las dos mujeres—. No puedes dejarnos ahora. Te necesitamos.

—Sí, para que calme vuestras conciencias culpables. Vosotras dijisteis que hacíais la película para exponer los problemas de los ancianos, y ahora la estáis utilizando en vuestro provecho.

—Tal vez sea así —concedió la otra mujer—. Pero la película trata realmente de los ancianos. Alguien ha de hablar por ellos.

—Tiene razón, Sonya —dije—. Tranquilízate y disfruta del espectáculo.

—Tú no te metas. ¿Qué sabes tú de todo esto, al fin y al cabo? Que el Cielo nos ayude..., ¡si estás trabajando para una corporación! Oh, muy bien, seguiremos hasta el final. Como dice el *Talmud*, ese reaccionario compendio de folklore religioso, «si has de comer cerdo prohibido, deja que la grasa gotee de tus labios». —Asió un cardigan e hizo ademán de retirarse junto a las dos mujeres—. Pero ¿qué querías? —me preguntó, volviéndose de nuevo hacia mí—. ¿A qué has venido, señor Traje de Franela Gris?

—He venido a hacerte unas cuantas preguntas..., y porque ya te echaba de menos, vieja veterana. Necesito a alguien que me guíe.

—Si necesitas a una trotskista geriátrica para que te guíe... muchacho, ¡tienes problemas! —Pero me dio un apretón, y salimos juntos del centro tras las dos mujeres. Me las presentó, una realizadora cinematográfica y una antropóloga, aunque ambas parecían demasiado catatónicas por la inminente ceremonia como para darse por enteradas de la presencia de alguien menos conocido que Johnny Carson.

—Veamos, ¿cuál es tu problema? —prosiguió Sonya, mientras el chófer le abría la portezuela.

—Persona desaparecida. Japonesa. Posiblemente espía industrial.

—Ah, bien. Vamos, entra. —Me invitó con un gesto a subir con ellas a la limusina—. Mi sobrino viene conmigo —informó a las dos mujeres en un tono que no admitía réplica. Luego se dirigió al conductor—. ¡A por los Oscar! —ordenó—. ¡Y sin pérdida de tiempo!

La limusina arrancó lentamente mientras yo le describía a Sonya la foto que había visto en la pared de Ichikawa.

—Lo que me hace falta saber —expliqué— es la identidad de una agencia Toyota de Los Ángeles que debió de ser inaugurada hacia 1964, al lado de un Orange Julius.

—Eso es fácil —respondió—. Big Wally's

Downtown Toyota, en el cruce de Second y Fuller. Fue la primera verdadera agencia de Toyota, después de un almacén que tuvieron en Hollywood Boulevard.

—¿Big Wally? —El nombre no me decía nada. Los vendedores de automóviles solían hacer llamativas apariciones en la sección de anuncios clasificados del Los Ángeles Times o en los programas nocturnos de televisión, montando en un elefante.

—Desapareció un año después. El propietario los hizo marchar.

—¿Quién era el propietario?

Sonya reflexionó durante un segundo.

—Creo que era una sociedad japonesa, la Sumisa Development Company. Son los dueños del edificio que hay ahora en ese solar.

S.D.C., pensé.

—Sonya, ¡eres genial!

—¿Por esta nimiedad me llamas genial? Pregúntame algo verdaderamente difícil. Por ejemplo, ¿quién presentó la argumentación contra el economismo en la Tercera Internacional?

Las mujeres se rieron nerviosamente.

Quince minutos después, salimos de la autopista de Harbor por Sixth Street en dirección al Music Center. Giramos por Figueroa hacia First y, al cabo de dos minutos, nos hallamos formando parte de una larga fila de limusinas que se extendían hasta el aparcamiento para personalidades. En una especie de mirador provisional, erigido para la ocasión, un par de tipos de la televisión, de aspecto vacuo, entrevistaban a las celebridades que iban llegando. Las dos mujeres alargaban el pescuezo por la ventanilla para contemplar mejor a una *sexy starlet* que hacía cabriolas para las cámaras.

—¡Ah, la Tercera Internacional! —suspiré.

—No te hagas el gracioso —me riñó Sonya. Luego me sonrió, al tiempo que se daba unas palmaditas para arreglarse el cabello, que parecía recubierto de una capa de poliuretano—. Entonces, ¿qué te parece? ¿Está América preparada para una estrella de cine judía, filocomunista y con ochenta años?

Me despedí de Sonya y de las dos mujeres como unos doce coches antes de llegar al recepcionista del aparcamiento. De ahí al cruce entre Second y Fuller había menos de un kilómetro, y quería echarle una buena mirada a la Sumisa Development Company antes de emprender el largo viaje de regreso a Venice en busca de mi coche alquilado.

Cuando llegué, a las seis menos cuarto, el edificio de catorce

pisos aún seguía dando muestras de gran actividad, y sus millares de industriosos moradores parecían benignamente ajenos al hecho de que los mismísimos Premios de la Academia estaban a punto de ser concedidos a escasa distancia de allí. En la lista de inquilinos expuesta en el vestíbulo figuraban más de un centenar de empresas. A Sumisa, la empresa propietaria del edificio, no le correspondían más que tres menguados despachos en la novena planta.

Ya estaban a punto de cerrar cuando me presenté en las oficinas. Una señora de raza negra, de gruesa complexión y vestida con un poco favorecedor jersey púrpura, estaba cerrando los archivadores hasta el día siguiente. En el mostrador había unos cuantos folletos de la compañía y me guardé uno de ellos. Estaba a punto de formularle a la mujer unas cuantas preguntas cuando advertí a dos japoneses que conversaban agitadamente en la sala contigua. Visto de espaldas, uno de ellos se parecía notablemente a Ichikawa. Justo en aquel momento, echó a andar rápidamente hacia la puerta, cargando un pequeño maletín. Me aparté de su camino procurando no darle la cara, mientras explicaba a la sorprendida mujer que había olvidado algo sumamente importante. Acto seguido, salía tras de él.

El japonés se metió en una limusina que le esperaba a la entrada del edificio y se alejó. Yo traté de seguir su automóvil a pie, aprovechando la lentitud que le imponía el tránsito a esa hora punta, agravado por la multitud congregada para presenciar la entrega de los Oscar. Finalmente, encontré un taxi libre junto al edificio del Times y salté a su interior.

—¿Ha seguido alguna vez a un automóvil? —le pregunté al conductor.

—No. Pero lo he visto en la televisión.

—Estupendo. Entonces, ya sabe lo que ha de hacer. Siga a aquella limusina —le ordené, señalándosela con el dedo.

No era un gran desafío. Aunque cargada de accesorios, una limusina Cadillac corriente carece notablemente de potencia, y su capacidad de aceleración es comparable a la de un Volvo de antes de la guerra. No nos costó mucho permanecer detrás de ella mientras se mezclaba con el denso tráfico que se dirigía al sur, hacia la autopista de Harbor. El conductor hacía bien su trabajo, por lo que, antes de darle conversación, me sumergí en la lectura

del folleto de Sumisa. A juzgar por su propaganda, se trataba de una empresa de bienes raíces, ni más ni menos, con oficinas en Tokio y Los Ángeles. En los Estados Unidos se extendía hacia el este, y en su país de origen hacia el norte y el oeste. En ninguna parte se mencionaba nada de una casa matriz ni de firmas subsidiarias en el ramo de la electrónica.

—¡Oiga! ¡Están yendo al aeropuerto! —exclamó el conductor.

Miré por la ventanilla y comprobé que estaba en lo cierto. Habíamos salido de la autopista y rodábamos en dirección oeste por Century Boulevard, hacia Inglewood. Un gigantesco 747 se deslizó sobre nuestras cabezas a una velocidad apenas ligeramente superior a la del coche. Al cabo de unos minutos estábamos en el aeropuerto, cuyos nuevos edificios de dos plantas recibían los últimos toques en espera del asalto de los Juegos Olímpicos.

Seguimos a Ichikawa hasta el edificio de salidas internacionales, donde abandonó la limusina y pasó directamente al interior. Yo pagué al taxista rápidamente y salí en pos de él. Vi que se dirigía al mostrador de JAL, donde habló con el empleado en japonés. Me volví hacia el monitor de televisión y comprobé que todavía quedaba un vuelo de JAL para ese día, con destino a Tokio; salía dentro de doce minutos. Para tratarse de un vuelo internacional, se presentaba con el tiempo muy justo. Pero el empleado se mostraba sumamente solícito con él, concediéndole casi un tratamiento de VIP al coger su maletín y ponerlo en la cinta transportadora. Por un momento me asaltó la idea de que estaba viendo desaparecer a Pez Globo ante mis propias narices.

Tan pronto como Ichikawa se alejó hacia la puerta de salida, me dirigí al mostrador.

—Quiero un billete para el vuelo de las siete y diez a Japón —pedí con tono de urgencia.

—Lo siento, señor, pero no quedan plazas libres y todos los pasajeros están ya a bordo.

—Pero si soy amigo del señor Ichikawa —protesté—. Hicimos las reservas al mismo tiempo.

El empleado me miró de una forma extraña y tecleó en su ordenador.

—Lo siento, señor —repitió—. No hay ningún señor Ichikawa en este vuelo.

—¿Cómo?, acabo de verlo aquí hace un minuto sacando su billete. —Hice un gesto con la cabeza indicando la puerta de salida hacia los aviones.

—Ese señor no se llamaba Ichikawa.

—¿No? ¿Cuál era su nombre, pues?

El empleado me miró de nuevo, esta vez con ojos vidriosos.

—No podemos dar información sobre nuestra lista de pasajeros, señor —respondió con firmeza—, sin una autorización previa.

Me marché de allí rumbo a la puerta de salida, siguiendo los pasos de «Ichikawa», y al doblar una esquina me hallé ante el control de seguridad. Un gran letrero advertía que no se podía pasar de aquel punto sin una tarjeta de embarque. Le mostré brevemente un papel al vigilante, pero no coló. Dos robustos hombres uniformados avanzaron hacia donde yo estaba y tuve que retroceder, justo a tiempo para ver a «Ichikawa» a unos cincuenta metros de mí, dirigiéndose a su avión en compañía de una joven. Era Laura Suzuki. No quedaban más pasajeros, y la puerta se cerró a su paso.

Volví corriendo a la zona de venta de billetes. Había otro vuelo a Tokio para esa misma noche, uno de Pan Am al cabo de un par de horas. Compré un billete, puse un telegrama a Wiz, tomé un taxi hasta Venice para recoger mi coche de alquiler y el maletín y estuve de vuelta en el aeropuerto con treinta minutos de antelación.

A las nueve de la noche del lunes nueve de abril partía rumbo al Japón. Allí no eran más que las dos de la tarde.

8

MI PRIMERA imagen del Japón fue el sonriente semblante de una azafata en el aeropuerto de Norita que me hizo varias reverencias y cortesías mientras me indicaba cuidadosamente el camino hacia el control de aduana, como si yo fuera un niño retrasado de seis años de edad que hubiera salido por casualidad de un reactor intercontinental. En el avión había pasado el tiempo durmiendo y leyendo *El Hagakure* —el libro preferido de Rigrod—, una mezcla de opaca filosofía oriental y consejos prácticos a corto plazo, como una especie de obra de

self-help

del siglo XVIII. «El silencio es mejor», aseguraba. Y «Comienza el día muriendo: hay que esforzarse cada día por lograr una absoluta lealtad a la muerte». Mi cabeza todavía me daba vueltas a causa de estos y otros aforismos semejantes mientras seguía dócilmente a la multitud por los pasillos acristalados y las cintas móviles, pasando frente a innumerables anuncios de Sanyo, Sony e Hitachi de camino al control de aduana y la zona de recogida de equipajes. Sabía que eran las ocho de la tarde, pero mi cuerpo no estaba seguro de qué tarde se trataba. Mientras el oficial de aduanas examinaba mi pasaporte, recordé un dicho del libro: «No te formes opiniones fijas. Es un error tener fuertes convicciones personales».

El oficial selló mi pasaporte rápidamente y me hizo gestos para que siguiera adelante, lo que me alivió de cierta tensión, pues no había tenido tiempo de obtener un visado formal. Por tanto había tomado algunas precauciones en el avión, a la hora de rellenar el

impreso de entrada. Donde preguntaba por el propósito del viaje, escribí sencillamente «turismo». Donde preguntaba la profesión, puse «seguros», aunque después de haber leído el libro de Rigrod me sentí tentado a escribir «*ronin*», es decir, un samurái sin amo, ejemplo de adversidad solitaria. Un hombre podía beneficiarse de ser un *ronin*, decía, pero sólo si no lo era durante demasiado tiempo. Afortunadamente para mí, había pasado a ser un samurái de pleno derecho y servía a mi daimio, el Señor «Wiz» Wiznitsky del Clan Tulip.

Era un señor opulento, pensé, y retiré varios miles de yens con mi tarjeta American Express Oro propiedad de la compañía e hice un recorrido en taxi por valor de cien dólares hasta uno de los hoteles más caros de la ciudad. El taxista no dijo una sola palabra durante todo el viaje, limitándose a aferrar el volante con sus impolutos guantes blancos y a mirar fijamente al frente, mientras yo contemplaba las colinas terraplenadas de lo que, según el mapa, debía de ser el distrito de Chiba.

Noventa minutos después estaba enfundado en una bata japonesa ante la ventana de mi habitación en el piso veinticinco del Imperial Hotel, fascinado por el interminable neón parpadeante de Tokio. Desde mi punto de observación parecía una gigantesca máquina tragaperras, la ciudad más grande y poderosa que jamás hubiera visto. Más grande que Nueva York y que Londres, más grande incluso que Shanghai, aunque sabía que esta última tenía mayor número de habitantes. Por eso... si alguien quisiera desaparecer aquí, le resultaría ridículamente fácil, sobre todo si se escondía de un extranjero cuyo conocimiento del idioma se limitaba a por favor, gracias y *nigiri sushi*. Pensé en ello unos instantes y luego le di un par de caladas a mi menguante provisión de hierba de Poona que había escondido en mi bolsa de mano, antes de derrumbarme sobre la cama como un muerto.

A la mañana siguiente me levanté tarde, despertado por una doncella que, habiendo entrado por error para arreglar la habitación, se cubrió inmediatamente la boca para ocultar una risita y se retiró entre una abundante profusión de reverencias y «mil perdones». Pedí el desayuno al servicio de habitaciones y, aun no del todo despierto, recogí el ejemplar de esa mañana del *Japan Times Weekly* que habían deslizado bajo la puerta. Aunque era

consciente de que sería sumamente arriesgado, no me quedaba otro remedio que buscar un intérprete. Encontré lo que necesitaba en las páginas de anuncios del periódico: «¡HOMBRES DE NEGOCIOS! Su VOZ en Tokio. JAPOTRANS, tel.

444 6802

.» Marqué el número.

Me recibió un tal señor Yamamoto, extraordinariamente cortés, en su oficina en un quinceavo piso situada frente al edificio del Fuji Bank. Todo era limpio, sencillo, funcional, decorado con unos cuantos carteles de viajes de todo el mundo, que supuse servirían al propósito de halagar a los clientes.

—¿A qué clase de negocios se dedica, señor Wine? Muy agradecido —preguntó en un inglés claro y preciso, inclinándose de la cintura para arriba.

—Seguros. Estoy aquí para solventar una reclamación. —Le tendí una tarjeta que guardaba para tales situaciones.

—Ya veo —respondió examinando la tarjeta e inclinándose de nuevo—. Muy agradecido. ¿Es una reclamación muy importante?

—No, no. Muy pequeña. Pero mi compañía quiere que se liquide, eso es todo.

—Ah —exclamó el hombre—. Una pequeña reclamación, entonces. —Hizo una tercera reverencia, pero esta vez mucho más a la ligera—. Esto significa, imagino, que no necesitará al intérprete por mucho tiempo.

—No. Se equivoca. Las reclamaciones de seguros suelen ser un tanto complicadas, incluso las pequeñas. Necesito a alguien que esté disponible en todo momento. De día, de noche..., cuando sea.

—Muy agradecido —repitió Yamamoto, inclinándose con gran entusiasmo—. Pensaré en ello para usted. Pensaré en ello para usted. —Hizo una pausa a fin de pensar en ello para mí—. Creo que ahora mismo tenemos aquí a alguien que puede serle muy útil; muy agradecido... El señor Hodaka.

—¿El señor Hodaka?

—Sí. El señor Hodaka es un excelente traductor. Traduce libros. También escribe él mismo.

Un escritor, pensé. No parecía una gran idea.

Pero Yamamoto ya había pulsado un botón de su escritorio.

—Lo llamaré para usted inmediatamente.

El hombre apareció, casi al instante, como si hubiera estado esperando detrás de la puerta. Era un individuo de buena presencia, ligeramente disoluto, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Tenía largos cabellos plateados y vestía unos téjanos desvaídos y una moderna cazadora de cuero arrugado con numerosas cremalleras colocadas en distintas direcciones.

—Señor Wine..., señor Hodaka. Señor Hodaka..., señor Wine.

Hodaka no hizo ninguna reverencia, sino que me estrechó la mano con un simple «Hola».

—El señor Wine se dedica a los seguros y quiere liquidar una reclamación. —Hodaka asintió someramente. Era obvio que eso no le impresionaba—. Desea que esté usted disponible día y noche —añadió Yamamoto enfáticamente.

—¿Día y noche, señor Wine? —La repentina sonrisa de Hodaka reveló un par de dientes de oro—. ¿Quiere conocer Tokio de día y de noche? Esa es mi especialidad.

Pensé que se había formado una idea equivocada, pero ya habría tiempo para aclarar las cosas más adelante. Me despedí de Yamamoto, dejándole un anticipo, y bajé con Hodaka en ascensor.

—¿Para qué firma trabaja, señor Wine?

—All Weather Insurance.

—Ha sido una suerte para usted venir solo a Tokio. ¿Está casado? Éste es un mundo de hombres. Hodaka se lo mostrará.

—Más tarde —rehusé—. Ahora tenemos, que ir a la Sumisa Development Company. —Le enseñé la dirección.

—Seguros —musitó.

Tomamos un taxi y Hodaka dio las pertinentes instrucciones a otro chófer con pulcros guantes blancos. Sobre los asientos delanteros había sendos pañitos de adorno, idénticos, y el cromado de las tapas de los ceniceros había sido pulido hasta hacerlo resplandecer. Teniendo en cuenta su tamaño, la ciudad era el lugar más limpio en que jamás hubiera estado. Era como si la esterilizaran cada mañana para realizar alguna operación masiva. Pero también estaba increíblemente abarrotada. Pocos segundos después de subir al taxi, ya estábamos metidos en el peor atasco de tráfico que jamás hubiera visto. Toda la ciudad se había convertido en una inmensa zona de aparcamiento, donde los Toyotas, los Hondas y los Isuzus se aglomeraban hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Cuánto vamos a tardar? —inquirí.

—Una hora..., una hora y media. —Hodaka se encogió de hombros. Por lo que a él se refería, era dinero en el banco.

—¿Y en metro?

—Seis minutos.

—Vamos.

Pagué al taxista y nos unimos a la marea humana que se encaminaba hacia el metro. Seguí a Hodaka por un laberinto de pasillos, una verdadera ciudad subterránea con sus cafeterías, *drugstores*, tiendas de cerámica y hasta restaurantes de lujo y *boutiques*, distribuidos en varios pisos hasta el borde mismo de las vías. Pero sin pintadas ni vagabundos. De hecho, ni siquiera se veía a nadie con aspecto de pobre.

Diez minutos después estábamos en el vestíbulo del edificio de la Sumisa Development Company, en el distrito de Marunouchi. Hodaka me contempló con aire divertido cuando me detuve ante el directorio de inquilinos, escrito en ideogramas japoneses exclusivamente.

—¿Qué departamento busca?

—No lo sé. ¿Todo esto es Sumisa?

—Parte es Sumisa, parte otras compañías. Incluso hay una agencia de detectives. —Me dirigió una sonrisa—. Yo escribo novelas de detectives..., entre otras cosas.

—Muy interesante —repliqué.

—No se han traducido al inglés. Tal vez algún día...

—Vamos a las oficinas centrales de Sumisa.

Subimos hasta la duodécima planta, las oficinas centrales de Sumisa, que eran considerablemente más amplias que las de su filial en Los Ángeles, aunque no tan ricamente amuebladas. Hodaka me presentó a una secretaria como el representante de All Weather Insurance, de Burbank, California, y la mujer salió en busca de alguien con la suficiente responsabilidad como para atender mi visita, mientras Hodaka y yo esperábamos en una salita, que con tres sillas y una mesa de café estaba totalmente llena.

—¿A qué se dedica Sumisa? —pregunté.

—¿No lo sabe? Inmuebles y bienes raíces. Un negocio muy aburrido..., como el de los seguros.

—¿No tienen otras actividades? Quiero decir, ¿no es otra de esas

creaciones polifacéticas de Japón, Inc., con un tentáculo en cada ámbito de la economía?

—No lo creo —respondió Hodaka—. Yo nunca había oído hablar de ellos. ¿Cuál es su problema con Sumisa?

—Oh, nada importante. Tan sólo un accidente de circulación.

—¿Y por eso le envían hasta el Japón?

—Mi compañía es sumamente minuciosa.

Hodaka asintió, pero me di cuenta de que se sentía perplejo. Una mujercita minúscula vestida con una bata corta entró para servirnos el té. Había sido batido hasta formar una espuma verdosa, y tenía sabor a medicina. Casi inmediatamente, apareció un funcionario de Sumisa. Era un hombre de aspecto hogareño, con los dientes torcidos y unas gafas de muy alta graduación. Se presentó como señor Kawashima, y preguntó qué podía hacer para ayudarme.

—Su compañía es propietaria de una finca en el 23 de Atkinson Street, en Gardena, California, que actualmente está ocupada por un tal señor K. Ichikawa, empleado de Sumisa —le expliqué por mediación de Hodaka.

El hombre asintió. Eso no le comprometía a nada.

—Se ha producido un accidente entre un automóvil a nombre del señor Ichikawa y una camioneta de transportes representada por nuestra compañía. Tanto la camioneta como su contenido sufrieron daños considerables.

El señor Kawashima agitó la cabeza y quiso saber por qué no acudíamos directamente al señor Ichikawa.

—Porque salió ayer hacia el Japón, llevándose consigo todas sus pertenencias.

El señor Kawashima meneó de nuevo la cabeza, respiró hondo, absorbiendo el aire por entre sus dientes, y dirigió unas breves palabras a Hodaka. El intérprete se volvió hacia mí.

—El señor Kawashima quiere saber qué puede hacer por usted.

—Pregúntele si puede localizar al señor Ichikawa.

Hodaka obedeció, escuchó la respuesta y se volvió hacia mí otra vez.

—Lo intentará. Quiere saber dónde puede localizarle a usted.

—Dígale que me voy del país esta noche, que se ponga en contacto con usted.

Hodaka me miró, esta vez absolutamente desconcertado.

—¿Se va del país esta noche?

—No, no me voy, pero usted dígaselo. Dele su número de teléfono. Dígale que trabaja para mi compañía o algo así.

—Estoy trabajando para su compañía.

—Utilice su imaginación. Después de todo, es usted escritor.

Hodaka me miró de nuevo, echándose nerviosamente hacia atrás los largos cabellos plateados. Luego sonrió, se volvió hacia Kawashima y empezó a conversar con él en japonés durante varios minutos. Kawashima apenas si pronunció palabra, aparte de responder a Hodaka en un tono grave y gutural, mientras su rostro se contorsionaba como si le anunciaran la muerte de un familiar o el estallido de una guerra nuclear. Finalmente, Kawashima se incorporó, me dedicó una reverencia muy pronunciada y se retiró.

Mientras salíamos, Hodaka empezó a darme explicaciones.

—Le he dicho que usted era el presidente del Consejo de All Weather Insurance, y que había venido a prepararme para ocupar el cargo de director de la sucursal de Tokio..., y que si no daba con Ichikawa era seguro que yo me quedaría sin empleo.

—No está mal —aprobé—. No creo que yo hubiera podido hacerlo mejor.

—Muy bien —dijo, cuando llegábamos al ascensor—. Entonces, ¿cuál es el juego? ¿Quién es usted, Jack?

Esbocé una amplia sonrisa.

—Digamos que yo me dedico a lo que usted escribe.

—¡Ja! ¡Lo sospechaba! Un detective privado norteamericano. — Las puertas del ascensor se abrieron frente a nosotros, y nos metimos en él—. Así que, ¿dónde quiere ir esta noche, Marlowe? ¿Un espectáculo de *sutorippu*..., un *nozoki*...? ¿O prefiere un *nopan kissa*, una cafetería con chicas desnudas de cintura para abajo? En Tokio hay cosas como nunca soñó encontrarlas en Times Square o en Sunset Strip.

Por el momento, nos conformamos con un establecimiento de soba en el subsótano de la estación local del metro. Media docena de obreros de la construcción sorbían ruidosamente sus tallarines fríos, servidos en bandeja de bambú, mientras mantenían la vista fija en un aparato de televisión que estaba emitiendo una entrevista con un luchador de sumo. En una esquina de la pantalla, un reloj digital, cortesía de Seiko, mantenía al público informado de la hora

exacta, supuse que con el fin de que todo el mundo supiera cuándo terminaba su hora del almuerzo, pues nadie querría llegar ni un minuto tarde en este país de la puntualidad.

Cuando tomamos asiento, le dije a Hosaka que pidiera tallarines y un par de botellas de Sapporo. La diferencia de horario todavía me hacía sentir un poco extraño, y quería aprovechar la oportunidad para estudiarlo más a fondo. Sabía que necesitaba tener aliados en Japón, y también sabía que, hasta cierto punto, tendría que conformarme con lo que pudiera conseguir. Pero no quería que mi necesidad me impulsara a cometer un error de juicio.

Llegaron nuestras cervezas, y rompí el hielo preguntándole a Hodaka acerca de sus escritos. Aunque no quiso admitirlo directamente, pude deducir que estaba atravesando un mal momento. Sus novelas de detectives eran cosa del pasado, e incluso, su trabajo como traductor era intermitente. La mayor parte de sus ingresos, me anunció con una sonrisa de resignación, procedían de la pornografía.

—¿Ah, sí? —respondí, tratando de no parecer excesivamente sorprendido—. ¿Qué clase de pornografía?

—Historias sobre norteamericanos.

—¿Historias sobre norteamericanos? —Por un momento, creí que pretendía tomarme el pelo, pero en seguida lo comprendí: el «Occidente misterioso», el país del béisbol, la barbacoa y las tetas gigantescas. Era completamente lógico. Además, considerando mis propias tendencias vagamente racistas, ¿quién era yo para decir nada?

—Conque —prosiguió Hodaka—, aquí estamos: un detective de los Estados Unidos y un pornógrafo japonés. Quizá tenga usted una aventura y yo escriba su historia.

—Podría ser.

Tomó un sorbo de cerveza, sin dejar de mirarme.

—¿Quién le ha mandado aquí? No la All Weather Insurance, supongo.

—No. Ellos no.

—Entonces, ¿quién?

—Una compañía norteamericana de ordenadores.

Frunció el ceño. Ingerí unos cuantos tallarines más, sumergiéndolos primero en una endulzada salsa de soja y

sorbiéndolos luego sonoramente, como hacían los demás clientes.

—¿De qué se trata? ¿Un caso de sabotaje industrial? ¿O acaso pretende robar los secretos comerciales de una compañía japonesa en provecho de los Estados Unidos?

—También podría ser al contrario: una compañía japonesa que ya ha robado los secretos de una compañía norteamericana.

—*Hjunnh*. —Hodaka profirió un sonido gutural como el de su compatriota, el funcionario de Sumisa.

—El problema es que el gobierno de los Estados Unidos no parece muy interesado en que mi compañía recobre sus secretos, por las razones que sea. Y los rusos también andan buscándolos..., o andaban, por lo menos.

Durante un instante, Hodaka me miró con incredulidad. Luego, se echó a reír.

—¡Está burlándose de mí, Jack! ¡Quiere dármele con queso!

—Nada de queso —repliqué, divertido por su uso del idioma, que parecía haber aprendido viendo películas de Cagney en la sesión de noche de la televisión.

—*Hjunnh* —repitió otra vez—. Es un extraño asunto.

—Lo es. ¿Quiere ayudarme?

Hodaka volvió a acariciarse nerviosamente la cabellera. De pronto, me pareció mucho más viejo. Era una de esas personas que hacen equilibrios en el borde de la elegancia, adoptando modas y vestuarios diez años más jóvenes que ellas mismas, con la esperanza de prolongar así una juventud que se desvanece rápidamente. De él se desprendía un aura de desesperación que provocó en mí una curiosa simpatía.

—Por si le preocupa —añadí—, me gustaría asegurarle que no soy más anti japonés que anti americano o anti cualquier cosa. No haría este trabajo por la gloria de ningún país. Para mí, el nacionalismo se sitúa apenas un par de escalones por encima de la corrupción infantil.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—Es mi oficio. Además, en los Estados Unidos han muerto un par de individuos por razones que, en el mejor de los casos, me parecen dudosas. Y eso no me gusta.

—Ah, el código del detective. —Asintió para sí, con una satisfacción que resultaba casi literaria. Luego continuó—. De

acuerdo. Le ayudaré, si puedo. Pero he de advertirle que no soy un hombre muy valiente. La violencia me asusta. Yo me limito a escribir sobre ella.

—No es un guardaespaldas lo que necesito.

—¿Qué necesita, entonces?

—Todavía no lo sé. —Vacilé unos instantes. Entonces pensé en «Cassiopea» y disparé un tiro a ciegas—. Para empezar, ¿le dicen algo las palabras «hombre del telón negro»?

—¿*Kuromaku*? —Se echó a reír—. ¿Dónde ha oído hablar de ellos?

—En mi ordenador.

—¿Su ordenador le informa de la política japonesa?

—No habitualmente. Alguien me dejó un mensaje: «Cuídate del hombre del telón negro en la calle del Planeta Bélico».

—El Planeta Bélico..., el Planeta Bélico. —Esta referencia le confundió. Por el momento, había resuelto no hacer mención del Pez Globo.

—¿Y bien? ¿Quiénes son esos *kuromaku*? —pregunté.

—Es difícil de explicar. Nuestros sistemas son muy diferentes. —Respiró hondo y echó una rápida mirada en torno antes de continuar—. Básicamente, es esto: a diferencia de su país, en el Japón las corporaciones pueden donar sumas ilimitadas a partidos y a políticos individuales. Pueden incluso patrocinarlos. Pero a nadie le gusta admitirlo. Aquí, a nadie le gusta admitir nada. Éste es un país en el que decimos «no aceptes nunca un sí como respuesta».

Comprendí a qué se refería. Me recordó los consejos aparentemente contradictorios de El *Hagakure*.

—Entonces, ¿qué es lo que hacen?

Hodaka extrajo de su bolsillo un paquete de cigarrillos Peace y me ofreció uno.

—Efectúan sus donaciones discretamente, a través de los dirigentes de las diversas facciones de nuestro principal partido, el LDP. —Encendió el cigarrillo y bajó la voz—. En ocasiones, este dinero no va todo —¿cómo dicen ustedes?— por encima de la mesa. Ya sabe: sobornos, remuneraciones poco claras, contribuciones sin declarar... Lo que nosotros llamamos dinero negro. Y este dinero llega a manos de los políticos a través de intermediarios con relaciones en el mundo del hampa, denominados *kuromaku*... Los

hombres del telón negro.

—¿Y alguno de ellos vive en la calle del Planeta Bélico?

—Dudo que exista tal calle.

—Pero sí existe el planeta: Marte.

—Marte..., un guerrero... —De pronto, se iluminó su expresión

—. Kasei Dori. La calle Marte en Akihabara. ¡Tiene que ser ésta!

—¿Por qué?

—Porque está en Akihabara, el centro de la electrónica en Tokio. Sin duda lo habrá oído mencionar. Es donde van todos los norteamericanos a comprar un equipo estéreo barato.

A los pocos minutos volvíamos a estar en el metro, viajando hacia el Norte por la línea Hibiya en dirección a Akihabara. Sólo eran las tres, y aún faltaban un par de horas para la hora punta, pero los vagones ya iban atestados de pasajeros y tuvimos que ser metidos a la fuerza por los «empujadores» profesionales con uniforme blanco. Pero, incluso en aquella atmósfera de lata de sardinas, nadie empujaba ni daba pisotones. Todo el mundo se mostraba cortés y bien educado. El ambiente me parecía irreal.

Tras ascender los peldaños de la estación de Akihabara, nos hallamos metidos en otra marea humana de japoneses. Si todos los norteamericanos venían aquí a comprar barato, no se notaba. Tenía la impresión de ser el único blanco en muchas calles a la redonda. De hecho, no había estado nunca en un lugar que pareciera tan homogéneo, ni siquiera en China. Los japoneses me parecían un organismo gigantesco, viviendo y respirando al unísono. Aquí no hacía falta ninguna revolución marxista. Ya estaban cooperando por propia voluntad.

La zona adyacente a la estación de Akihabara era uno de tantos barrios industriales de cualquier ciudad, una mezcla de almacenes y pequeños comercios, pero seguí a Hodaka sin comentarios y, apenas una calle más adelante, nos encontramos en una selva de tiendas de electrónica tan densa como un bazar del Oriente Medio. Anuncios de neón de Dynamic Audio, LAOX Computer o Radio Kaikan luchaban contra el sol de la tarde desde las fachadas de una docena de edificios de siete u ocho plantas, algunos de los cuales parecían albergar cientos de negocios. Angostas callejuelas se abrían en todas direcciones, con puestos al aire libre en los que se vendía todo tipo de artículos de consumo, desde reproductores de «compact disc» por

rayo láser hasta aspiradoras portátiles. Otros comercios vendían pequeños componentes electrónicos, como resistencias, condensadores y cualquier imaginable accesorio para ordenador, desde unidades de discos hasta circuitos impresos, pasando por microchips de origen japonés o norteamericano, indistintamente. Algunos de los que logré reconocer no tenían más de dieciocho meses de antigüedad, lo que, sin ser la última novedad, tampoco podría considerarse geriátrico ni siquiera en un mercado tan rápidamente cambiante como el de la tecnología de semiconductores. No era un mal lugar al que acudir, decidí, si uno quería montarse su propio sistema para guiar misiles o un satélite espía ultrasensible y omnidireccional.

Hodaka dobló una esquina junto al Hirose Audio Center, en un lugar llamado Nakaura Denki, y de pronto nos encontramos en la calle Marte. Allí, todos los edificios parecían relacionados con la industria informática, con puestos más pequeños, conectados por un laberinto de pasadizos, en los que se vendían piezas especializadas que no supe identificar. Hodaka y yo anduvimos entre ellos, subiendo y bajando en los ascensores que enlazaban las distintas plantas, hasta que la visión de una de las tiendas del tercer piso me hizo detener en seco, ORDENADORES CRISANTEMO TAIPEI Y TOKIO, anunciaba en inglés y japonés. La compañía de Nicky Li, pensé, en la calle del Planeta Bélico.

Hodaka me observó mientras me detenía a mirar a pocos pasos del mostrador. El dependiente estaba mostrándole a un cliente el funcionamiento de un ordenador Crisantemo Uno, ejecutando un programa de hoja de cálculo que reconocí inmediatamente como el Tulipcalc, un elemento estándar del *software* del Tulip Ii. Funcionaba igual de bien con el Crisantemo.

—Magnífico ordenador —exclamé, acercándome a ellos.

—Sí..., sí..., bueno —asintió el hombre del mostrador. Era obvio que hablaba algo de inglés.

—Mucho más barato que el original. —Me fijé en el precio, marcado en

75 000

yens. Un poco más de trescientos dólares.

—Sí, sí..., barato, barato. ¿Usted compra?

—No podría llevármelo a casa. Sería una violación de las leyes

estadounidenses.

—No problema, no problema. —El hombre agitó su mano, como descartando la posibilidad—. Cada día vendo. —No me cabía ninguna duda de que estaba en lo cierto. Hodaka se había aproximado y estaba ante el mostrador, junto a mí—. ¿Cuántos quiere? Llevar a casa para amigos. —Se inclinó hacia mí—. Venda a amigos. Paga viaje.

—No sé —respondí—. Estaba esperando para comprarme uno de los nuevos ordenadores Bulb. Creo que saldrán a la venta el mes que viene.

—Nosotros ya tenemos.

—¿Que ya los tienen? Eso no es posible. Ni siquiera pueden comprarse en los Estados Unidos.

El hombre sonrió con satisfacción.

—Nosotros copiamos prototipo.

—¡Déjeme ver uno ahora mismo! —Daba la impresión de ser un comprador anhelante, y por supuesto que anhelaba ver ese ordenador. ¿De dónde podían haberlo sacado? Por lo que yo sabía, sólo había una docena de prototipos del Bulb en existencia, y la mitad de ellos estaba en posesión de fabricantes de *software* que habían jurado mantener el secreto. Los restantes estaban en oficinas protegidas, accesibles únicamente con tarjeta, en la sede de Tulip, en Sunnyvale.

—No aquí —respondió el vendedor—. No aquí. —Para entonces, el otro cliente ya se había marchado. Hodaka me contemplaba con fijeza.

—¿Dónde podría verlo?

—Mañana —prometió.

—Mañana, ¿dónde?

—Mañana le digo. Usted hace pedido, nosotros mandamos. —Cada vez me parecía más incomprensible. ¿Tenía verdaderamente el modelo Bulb a la venta, o se trataba simplemente de la táctica habitual según la cual la compañía o el proveedor le asegura al cliente que el artículo va a ser despachado inmediatamente, para así tenerlo a la espera y evitar que compre a la competencia?

Me volví a Hodaka.

—Explíquele que quiero ver su ordenador Bulb antes de comprar nada.

—Sí, sí..., mañana —insistió el vendedor, antes de que Hodaka pudiera empezar a traducir.

—Mañana, ¿dónde? —repetí.

—Usted telefona, —respondió, tendiéndome una tarjeta. Llevaba impreso el nombre de la compañía, Crisantemo, y un número de teléfono, en inglés por un lado y en japonés por el otro —. ¿Tiene tarjeta? —prosiguió, mientras yo me guardaba la suya en un bolsillo.

—No, no tengo. Lo siento. He venido únicamente tomo turista. —Vaya turista, pensé. No hacía mucho tiempo había puesto en marcha una operación en la que el jefe de su compañía había terminado con los sesos esparcidos por el suelo. ¿Y por qué? ¿Por importar unos cuantos ordenadores de pacotilla? Sentí una incómoda punzada de culpabilidad por el asunto y comencé a retirarme cuando, por el rabillo del ojo, distinguí la figura de otro caucásico que permanecía de pie junto a un puesto de *diskettes*.

La figura saltó a un ascensor en cuanto empecé a moverme. Ya que no quería desconcertar al dependiente, me despedí educadamente y me alejé tan deprisa como era posible hacerlo sin causar extrañeza. Hodaka me siguió, respirando pesadamente. Era un gran fumador, y comprendí de inmediato que no resultaría muy útil en una persecución. En aquellas circunstancias, empero, estaba seguro de que no representaría la menor diferencia. Pero cuando llegué al final del recorrido del ascensor, el caucásico ya había desaparecido en el laberinto de tiendas y pasadizos. De todas formas, lo había reconocido desde el primer momento. Después de haber recibido un puñetazo suyo en la cara, y después de haberlo seguido casi cincuenta kilómetros en coche y ocho kilómetros más a pie por las calles de San Francisco, no olvidaría en toda mi vida la silueta de Viktor Maximov.

—¿Conoce a ese hombre? —quiso saber Hodaka, cuando fuimos a parar a una tienda de cámaras libres de impuestos al pie del ascensor.

Asentí con un gesto.

—Ruso.

—¿Ruso? —repitió el japonés, con una expresión mezcla de temor y curiosidad, como si sus fantasías estuvieran a punto de convertirse en realidad—. ¡Sigámosle!

—No sea absurdo. Este hombre es un profesional, lo mejorcito del GRU. Sin duda estará escondido en cualquier lugar, esperando que hagamos precisamente eso. Además, él también me conoce y probablemente se habrá sorprendido mucho de verme en Tokio. Podría estropear mi trabajo, hasta matarme si quisiera. Lo último que deseo es que sepa dónde hallarme.

Hodaka frunció el ceño.

—¿Se hospeda usted en el Imperial Hotel?

—Exacto.

—Eso es peligroso. Sería muy fácil localizarle. Todos los hoteles son fáciles de descubrir, sobre todo para un espía ruso. —Tosió nerviosamente unas cuantas veces, mientras se golpeaba el pecho al lado del bulto que formaba el paquete de Peace en el bolsillo de su camisa—. Sería mejor que se instalara en mi casa.

9

DESCUBRÍ que Hodaka vivía en dos lugares: una casita en el campo, donde tenía a su mujer y un hijo de diez años, y un apartamento de dos habitaciones, que utilizaba como despacho, en el distrito de Shinjuku, donde tenía a su amante, Fumiko, y a veces, según supuse, a dos amigas de ésta llamadas Kazue y Sachiko, las cuales trabajaban en el lugar que Hodaka describió vagamente como «el estudio de adivinación del piso de abajo». Cómo iba a encajar yo en toda esta confusión, no lo sabía, pero estaba sorprendido y conmovido por la hospitalidad de Hodaka, y agradecido por la oportunidad de desvanecerme rápidamente en el submundo de Tokio, lo que ellos llamaban el *mizoshobai*.

Conocí un poco mejor el estudio de adivinación esa misma noche. Para cuando hube liquidado mi cuenta en el Imperial Hotel, sin dejar ninguna dirección, y seguido a Hodaka durante otra correría en metro a través de la ciudad, ya casi era noche cerrada. Aun así, Shinjuku estaba tan iluminado por los letreros de neón como para leer sin esfuerzo la letra pequeña de un manuscrito medieval. Por los accesos de la estación de Shinjuku pasaban cada día dos millones de personas, y las principales calles comerciales parecían un interminable parque de atracciones en el que los pregoneros le acosaban a uno por todos lados, mientras un millar de altavoces *made in Japan* llenaban el aire de música rock a todo volumen, en una cacofónica mezcla de inglés y su lengua nativa. En comparación, aquel lugar hacía que Times Square pareciese la zona de diversiones de un pequeño centro comercial suburbano.

Hodaka me guió fuera de donde era mayor el bullicio por una serie de calles laterales que había detrás de los grandes almacenes Isetan, plagadas de bares de *strip-tease*, salones de masaje y establecimientos de comidas económicas, hasta que llegamos a un minúsculo local con una adivina gitana torpemente pintada en la puerta junto a unos cuantos ideogramas japoneses. El dibujo resultaba curioso porque, en lugar de la bola de cristal tradicional o de las hojas de té, la adivina sostenía en su mano lo que me pareció una salchicha de Frankfurt.

—Es un pene —explicó Hodaka, sonriente, mientras empujaba la puerta—. Adivina el futuro leyendo el pene.

Seguí la mirada de Hodaka a través de una cortina de cuentas, al otro lado de la cual una adivina en *topless* estaba leyendo el pene de un hombre de negocios que, incongruentemente, seguía llevando puesta su chaqueta azul marino y su corbata, con los pantalones azules a juego enrollados en torno a las pantorrillas. Hodaka tenía razón: había cosas en Tokio que no se encontraban en Nueva York ni en Los Ángeles.

Subimos por una escalera, situada a mano derecha, que iba a dar al reducido apartamento de Hodaka. Estaba amueblado según un estilo mezcla de occidental y japonés, con un biombo *shoji* que separaba la cocina comedor de la zona para dormir y sala de estar. Cuando entramos había un par de jóvenes de veintipocos años, que supuse serían Kazue y Sachiko, acomodadas en un sofá. Hodaka agitó una mano para hacerlas marchar, como si se tratara de un par de irritantes animalitos domésticos. Se retiraron hacia el comedor, contemplándome con mansa curiosidad. Hodaka emitió un suspiro de impaciencia y cerró el biombo detrás de ellas. Me pregunté cómo se llevaría con mis conocidas, mujeres que participaban desde quince años antes en el movimiento feminista. No demasiado bien, decidí.

Pero me encontraba excesivamente cansado para pensar en nada, ya fueran los problemas del feminismo o la muerte de Danny Rigrod y todo lo que había engendrado, por lo que me tendí sobre el recién desocupado sofá agobiado aún por la fatiga del viaje. Hodaka se disculpó y cruzó la habitación hacia su escritorio, situado en un rincón junto a una pared atestada de libros. En cuestión de segundos, estaba aporreando con rápidas pulsaciones una pequeña

máquina de escribir portátil, narrando historias, tal vez, de las famosas adivinas eróticas de Dallas, Texas.

Mis ojos comenzaron a ponerse vidriosos, y no sé cuánto tiempo había transcurrido cuando se enfocaron de nuevo sobre la luz de neón que se encendía y se apagaba t rente a la ventana del apartamento. Al principio me pareció un globo anaranjado o, más exactamente, un objeto en forma de balón de rugby suspendido sobre el umbral de un establecimiento que había al otro lado de la calle. Pero finalmente me di cuenta de que estaba contemplando la brillante reproducción a gran tamaño de un pez globo luminoso. Me incorporé de un salto en el sofá, con una descarga de adrenalina que eliminó al instante cualquier sensación de fatiga. *No pidas pez globo en tu restaurante de sushi habitual*, pensé. *Cuídate del hombre del telón negro en la calle del Planeta Bélico*.

Me puse en pie y me aproximé a la ventana. Ciertamente se trataba de un pez globo suspendido sobre la puerta de un restaurante de *sushi*. Por la ventana del establecimiento se veía a los expertos cocineros cortando rodajas de pescado crudo para una multitud de clientes, algunos de los cuales esperaban a que se vaciara una mesa.

—¿Cómo es el pez globo? —le pregunté a Hodaka, que seguía escribiendo en su Olivetti.

—¿El pez globo? —contestó.

—Ya sabe... Ese pez que tienen colgado en el restaurante de *sushi* de ahí enfrente.

—Ah, el *fugu*... Ustedes lo llaman pez globo, entonces.

—Exacto.

—Es muy caro. —Arrancó una hoja de la máquina, la contempló con disgusto y la arrojó a la papelera—. Y peligroso, también. Sólo lo venden en restaurantes especiales donde el cocinero tiene permiso del gobierno.

—¿Permiso para qué?

—Para preparar el *fugu*. Es un plato exquisito, pero tiene partes que son venenosas. Hay que saber prepararlo muy bien para separar unas de otras, y aun así sigue habiendo cierto riesgo. Hace unos años, un famoso actor de Kabuki murió en un restaurante como este de aquí.

Volví a mirar el restaurante. Los parroquianos no parecían

preocupados. Conque pez globo, pensé. ¿Por qué Rigrod le había dado este nombre a su proyecto? ¿Solamente porque era peligroso?

Regresé al sofá y me tendí de nuevo, con la intención de tomarme un breve reposo. Pero esta vez el cansancio me venció y mis párpados comenzaron a cerrarse como si estuvieran cargados de plomo. A los pocos segundos casi dormía ya cuando oí que Hodaka reía y les gritaba algo a las chicas. El biombo *shoji* se abrió y, entre risitas, las dos jóvenes se acercaron a mí. Sentí unos dedos que me acariciaban la manga, y otros que se deslizaban junto al bolsillo del pantalón, moviéndose hacia la entrepierna.

—Quieren leerle el futuro —dijo Hodaka.

No tengo nada que objetar, pensé, mientras oía abrirse la cremallera. Noté que me desabrochaban el cinturón y me bajaban los pantalones, y sentí un par de manos que se movían por la parte interior de mis muslos. Otro par asíó suavemente mi pene y lo alzó con cuidado para inspeccionarlo como si se tratara de la palma. ¿Cuál sería la línea de la vida, me pregunté, y cuál la del amor? Me habría gustado observarlo, pero estaba tan agotado que mis párpados se negaron a abrirse. De todas formas, no importaba. En unos segundos, mi pene se endureció y el futuro más inmediato hizo que cualquier predicción a largo plazo resultara irrelevante.

Lo siguiente que recuerdo es que estuve soñando; un sueño largo y erótico que comenzó con Sara y Toto dando saltos en mi cama y luego dio paso a Laura Suzuki, envuelta en un kimono floreado, de pie junto a un plateado lago de montaña. Me aproximé a ella, que se volvió hacia mí. Pero entonces, justo cuando íbamos a tocarnos, extrajo una daga de su fajín y me la hundió en la espalda, como la hermosa sirena de *Rashomon*. Desperté inundado en sudor frío, bajo la colcha de un *futon* que alguien había extendido sobre mí. Todo estaba a oscuras. La única luminosidad que había en la habitación era el dorado resplandor del pez globo, todavía encendido al otro lado de la calle.

Procuré dormirme de nuevo, y a la mañana siguiente me despertó la voz de Hodaka hablando por teléfono.

—Ichikawa nos recibirá hoy —me anunció, después de colgar—. En la posada del monte Sadao.

—¿Dónde está eso? —Me incorporé y descubrí a otra atractiva joven, que imaginé sería Fumiko, ocupada sacando brillo al

mostrador de la cocina, aunque su superficie ya parecía lo bastante limpia como para realizar sobre ella una pequeña operación quirúrgica.

—A una hora de Tokio, más o menos. Iremos en el coche de Fumiko.

Conque además tiene coche, pensé. Estos japoneses parecían tenerlo todo controlado. En algún lugar, de algún modo, tenían que pagar por ello.

Me afeité y me duché en el angosto cuarto de baño situado detrás de la cocina, esforzándome por mantener un equilibrio precario a fin de no caer sobre el retrete. Media hora más tarde viajaba con Hodaka en el Nissan President de Fumiko, rumbo al monte Sadao. Se trataba de un automóvil más lujoso de lo que había imaginado, el tipo de coche japonés que no se encuentra en los Estados Unidos, pero que había visto aparcado frente a la entrada de los mayores edificios de oficinas del distrito Marunouchi. Los que yo había visto, iban por lo general conducidos por un chófer. Me pregunté cómo lo habría conseguido Fumiko. Tal vez su familia fuese rica.

Hodaka no habló gran cosa mientras avanzábamos hacia el Este por la autopista, partes de la cual habían sido construidas directamente sobre los tejados de los edificios a fin de ahorrar espacio. Tokio era una ciudad interminable y, al igual que Los Ángeles, no tenía un centro preciso. Sin embargo, pronto nos acercamos a algo parecido a una zona suburbana. A lo lejos se erguían montañas que parecían dibujadas con pincel. Hodaka me señaló el monte Sadao, explicándome que era un refugio para enamorados. El restaurante en que estábamos citados con Ichikawa era un conocido lugar para citas amorosas, de estilo clásico.

—Es extraño que haya elegido un sitio como éste —observó Hodaka. Se le veía tenso—. ¿Cree que se trata de lo que ustedes llaman una emboscada?

—Lo dudo. Resultaría demasiado sospechoso. Si quieren tendernos una emboscada, ¿por qué ponernos sobre aviso? Aunque, por supuesto, nunca se sabe.

Hodaka pareció aliviado, pero también un tanto decepcionado, como si hubiera perdido la oportunidad de hallarse en el centro de la acción.

Abandonamos la autopista por una serpenteante ruta de montaña. Una banda local de motoristas nos adelantó con estrépito, mientras seguíamos nuestro camino por una garganta boscosa que me recordó algunos lugares del norte de Nueva Inglaterra, como Franconia Notch. Resultaba difícil creer que estábamos a escasos minutos de las afueras de la segunda ciudad más grande del mundo.

A los pocos segundos llegamos a una carretera de gravilla que conducía a la posada del monte Sadao. Varios automóviles de alto precio, —Mercedes, Jaguars y algunos de los modelos japoneses más caros, como el que utilizábamos nosotros— llenaban casi por completo una pequeña zona de aparcamiento situada frente al edificio de la posada, una reconstrucción de la mansión de un daimío de finales del período Tokugawa. Hodaka y yo atravesamos un pequeño puente sobre un arroyo lleno de *koi* de un gris oscuro, que nos dejó ante los escalones de entrada al vestíbulo, donde nos quitamos los zapatos bajo una antigua pintura enrollada que representaba a un monje riendo. La temperatura debía rondar en torno a los cero grados, y mis pies temblaron cuando los metí en un par de zapatillas para seguir a la azafata por un pasillo de madera pulimentada. Una pared repleta de ventanas daba a un jardín interior lleno de musgo, con una lámpara de piedra y un árbol *bonsai*. Éste era el Japón de Rigrod, pensé, recordando por un instante su jardín Zen con la imagen de Laura Suzuki sentada en la postura del loto, y sus pechos desnudos expuestos a un californiano sol poniente. Me quedé paralizado al oír de nuevo en mi mente los disparos. Pero sólo era el ruido de un mamparo *sboji* al correrse. Hodaka y yo fuimos introducidos en un salón comedor privado, donde no nos esperaba Ichikawa sino un elegante caballero de plateados cabellos, ataviado con un traje a rayas estilo Wall Street, sentado con las piernas cruzadas ante una mesa baja y tomando el té. Se levantó de inmediato y nos saludó con una reverencia.

—El señor Wine, supongo —dijo en inglés, con un ligero acento de Oxford—. Y el señor Hodaka. —Pronunció el nombre del intérprete con un ligero desdén que implicaba una diferencia de rango tan insalvable como los pasos de las montañas que se elevaban alrededor—. Yo soy el señor Okakura.

—¿Cómo está usted? —le saludé, tendiéndole mi mano, que él estrechó cortésmente, pero sin entusiasmo. A los japoneses no les

agradaba esta costumbre. No me tomé la molestia de preguntar por Ichikawa. Era evidente que se trataba de un intermediario, e incluso me habría sorprendido si lo hubiera encontrado allí.

Okakura nos invitó con un gesto a tomar asiento y dio una palmada para llamar a la camarera, que apareció al instante con una bandeja de toallas calientes y las distribuyó entre nosotros.

—Imagino que tendrá apetito, señor Wine —comentó Okakura, enjugándose el rostro con una toalla—. Ha recorrido un largo camino para solventar un pequeño problema de seguros.

—Hay que responder a todas las reclamaciones —repliqué—. A veces, resultan más importantes de lo que parecen a primera vista.

—Sí, es cierto. ¿Sake, señor Wine? —Alzó la jarrita de sake y me llenó la taza—. En el Japón no se considera correcto que uno se sirva a sí mismo —explicó. Luego sirvió a Hodaka, y éste, a su vez, le devolvió la atención—. Así que..., ha venido usted a resolver una reclamación por un accidente.

—Una especie de accidente, sí. Aunque no estoy seguro de si fue un accidente o un acto deliberado.

—¿Qué ocurrió, entonces?

—Cierta información perteneciente a las personas para las que trabajo parece haber desaparecido.

Okakura asintió. Los ojos de Hodaka se abrieron ligeramente.

—La información puede ser difícil de localizar, señor Wine.

—Sí. En cierto sentido, ni siquiera existe.

—Es verdad. —Okakura se inclinó ligeramente hacia la ventana. En el exterior, un molino de agua giraba junto a otro puentecito. Sus crujidos, lentos y rítmicos, se confundían con el melancólico sonido de un antiguo instrumento de cuerda procedente de un altavoz oculto.

—Es un samisen —me informó Okakura—. ¿Y qué clase de información era ésa, señor Wine?

—Si he de ser absolutamente sincero, señor Okakura, no lo sé con certeza. Información tecnológica de alguna clase, propiedad de la...

—¿Tulip Computer Corporation?

—Sí.

Hodaka hizo un gesto de sorpresa, en el instante en que regresaba la camarera con una bandeja para cada uno de un

pescado blanco, crudo, cortado en rodajas tan finas que eran prácticamente transparentes.

—Espero que le guste el *sashimi* —comentó Okakura.

—Siempre y cuando no se trate de pez globo.

Okakura esbozó una ligera sonrisa.

—No es pez globo, señor Wine. En este restaurante no lo sirven. Se trata de un *sashimi* de agua dulce muy poco frecuente, del lago Biwa. Pruébelo, por favor.

Probé el pescado, que resultó ser de una finura exquisita. Tenía una calidad ligera, casi aérea, como la de un caramelo blando pero sin ser dulce.

—Excelente en verdad, señor Okakura. En los Estados Unidos no se encuentra nada semejante.

—Estoy seguro de que no.

—Pero, dígame. —Depositó mis palillos sobre un perfecto apoyo de cerámica con la forma de una rana a punto de saltar—. Como aficionado al *sushi*, ¿dónde podría encontrar un buen pez globo?

—¿Del tipo que anda buscando?

Asentí.

—Tal vez haría mejor buscándolo en California. Tengo entendido que allí disponen de un excelente pescado fresco. —Me sirvió otra taza de sake, al tiempo que Hodaka llenaba la suya—. No creo que pueda encontrarlo en Japón... Kampai. —Vacío su taza.

—Me sorprende usted. Estaba seguro de que lo hallaría aquí.

—Señor Wine, si estuviera aquí, ya habría sido masticado y digerido, copiado por nuestras máquinas. No hay motivo para que siga perdiendo su tiempo. Regrese al Imperial Hotel y disfrute de unas vacaciones. Conozca nuestros clubs nocturnos, visite el templo de Kioto y después vuelva a los Estados Unidos. Está convirtiéndose en un bufón a nuestros ojos, merodeando por los bazares de electrónica en compañía del autor de *Madame O visita Dallas*. —Hodaka palideció—. Y ya sabe usted cuánta importancia concedemos los japoneses al prestigio.

—Así me lo han dicho, Okakura san. Naturalmente, supongo que los agentes del GRU le merecerán la misma opinión.

—¿Se refiere al señor Maximov, destinado últimamente a la sección de San Francisco? Debo decirle que los representantes de naciones tercermundistas no nos preocupan en absoluto.

—En este caso, se trata de una nación tercermundista bastante grande y poderosa.

—Pero tercermundista, al fin y al cabo. No serían capaces de comprender un pez globo aunque lo tuvieran en sus manos.

—Supongo que no. Aunque podrían saber cómo usarlo.

—¿Con qué propósito? ¿Para derribar aviones de línea coreanos que han penetrado accidentalmente en su espacio aéreo? Eso podría hacerlo cualquiera utilizando un *bazooka* desde un globo en el aire.

—La camarera apareció una vez más y retiró los platos vacíos; los sustituyó por pequeños pedazos de *filet mignon* asándose en *hibachis* individuales de porcelana moldeada—. Tranquilícese, señor Wine. Un pez globo ruso no serviría de nada sin un cocinero experto, y aquí en el Japón —se sirvió una rodaja de ternera— lo utilizaríamos únicamente con fines comerciales, y de tal manera, puedo asegurárselo, que no interferiría los intereses inmediatos de la Tulip Computer Corporation.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Laura Suzuki?

Okakura desestimó la pregunta con un ademán.

—Después de todo, no tienen salvación.

—¿Tulip?

—Seré totalmente franco con usted, señor Wine. Esta rivalidad económica no es ningún juego para nosotros. El noventa y cinco por ciento de nuestros alimentos y materias primas son de importación. A diferencia de ustedes, no podemos permitirnos el lujo de convertirnos en una sociedad agraria de segunda fila. Si no nos desarrollamos industrialmente, moriremos. Por favor, pruebe un poco de ternera de Kobe. Incluso esta ternera desaparecerá dentro de unos cuantos años, cuando instalemos nuevas plantas siderúrgicas y fábricas de semiconductores en los prados de hoy.

—No quisiera estorbar el proceso —observé, y tomé un pedacito de carne con los palillos que saboreé. Era prácticamente igual de tierna que el pescado crudo.

—Le ruego, por favor, que tenga la amabilidad de abandonar esta fútil búsqueda —prosiguió—. Como sin duda habrá advertido, estamos constantemente al corriente de sus movimientos. Si decidiera persistir, no nos quedaría más remedio que informar a su propio gobierno de que un ciudadano particular está realizando investigaciones ilegales en territorio japonés y, asimismo,

gestionaríamos la rescisión de su visado, que, según tengo entendido, tampoco fue obtenido de la forma más correcta.

La camarera entró y susurró algo al oído de Okakura, quien asintió y se puso en pie.

—Señores, les ruego que me excusen. Debo asistir a una reunión urgente. Ha sido un placer conocerle, señor Wine..., y señor Hodaka. Disfruten de la comida. Todavía quedan doce platos, pagados por el Ministerio.

—¿De qué ministerio se trata? —inquirí.

—El Ministerio de Industria y Comercio Internacional. —Saludó con una inclinación, me ofreció una tarjeta y se retiró.

—Un hombre del MITI —exclamó Hodaka, tratando de no parecer impresionado por haber estado comiendo en compañía de uno de los jefazos de la organización que, según se decía, había sido la causante del milagro económico japonés, pero un leve temblor de su voz le traicionó.

—Quizá decidan apoyar la exportación de sus libros —bromeé.

Hodaka sonrió forzosamente, mientras intentaba tomar un pedacito de carne. Pero ésta resbaló de sus palillos y volvió a caer sobre las brasas, como podría ocurrirle a un extranjero esforzándose torpemente en usar los palillos por primera vez.

Nos saltamos casi todo el resto de la comida y regresamos a la ciudad antes de que se produjeran las aglomeraciones de la hora punta. No acababa de comprender qué pretendía ese tipo del MITI, ni quién era en realidad, pero resolví no correr riesgos y representar el papel de turista durante algún tiempo, por lo que le pedí a Hodaka que volviera a llevarme al Imperial Hotel.

—¿Sigue interesado en el trabajo? —le pregunté, mientras pasábamos ante el Palacio del Emperador y girábamos por la inmensa puerta cochera del hotel.

—Naturalmente —respondió—. Ahora es cuando el asunto empieza a ponerse bien.

—Estupendo. Cuando escriba el libro, guárdeme un porcentaje de los derechos. Pero recuerde: a partir de ahora, es probable que su teléfono esté intervenido, igual que el mío. De hecho, lo más seguro es que ya estén intervenidos los dos. Así que, si quiere ponerse en contacto conmigo, marque mi número una vez y cuelgue inmediatamente. Entonces yo le llamaré desde alguna cabina al

estudio de adivinación, diez minutos después.

Hodaka asintió y me siguió al interior del hotel para enterarse del número de mi habitación.

—Ah, señor Wine —exclamó el recepcionista—. ¿Cómo está usted? Nos alegra mucho que haya decidido volver. Tenemos un mensaje para usted, y no sabíamos qué hacer con él. —Me tendió un sobre con el membrete del hotel que llevaba mi nombre escrito en una pulcra caligrafía. Lo abrí mientras Hodaka buscaba el número del estudio de adivinación. El mensaje decía: POR FAVOR, LLÁMAME, LAURA.

444-7451

.

10

ME SENTÉ en mi habitación, preguntándome si se trataría de una carta de amor o de una condena a muerte. Probablemente no sería ninguna de las dos cosas, pero fueron las dos únicas posibilidades que se me ocurrieron en ese momento. Así pues, dejé constancia de la hora enviando un telegrama a Wiz: SIN RESULTADO. VUELVO PRONTO DESPUÉS VISITA TURÍSTICA TOKIO. MOSES.

A continuación salí a dar un paseo por Ginza; pasé ante el edificio Sony y el edificio Crystal hasta llegar a los grandes almacenes Matsuya, y volví de nuevo al hotel. Para ser una noche de abril, el aire resultaba cálido. Conservadores hombres de negocios con las corbatas ligeramente torcidas se tambaleaban inseguros a causa de la bebida ante las puertas de lujosos clubs nocturnos, mientras cabareteras elegantemente vestidas los embromaban y les halagaban, pendientes de todas sus palabras como una combinación de geishas y madres adoptivas. Era un sistema extraño y casi me pareció perverso, pero, a diferencia de Los Ángeles o de San Francisco, al menos en Tokio era posible encontrar un buen bar heterosexual.

Me detuve en una juguetería a comprar unos relojes robot de plástico para mis hijos, aunque sospechaba que ya eran demasiado mayores para ese regalo. Al salir vi un teléfono público de color rojo, de esos que puntúan las calles japonesas como brillantes toques de carmín en la noche. Me sentía solo, con esa profunda soledad que le asalta a uno cuando se encuentra en un país extranjero sin compañía, sin ningún lugar a donde ir ni nadie con

quién hablar, y me quedé mirando el teléfono como si fuera una vía de salvación que no conducía a ninguna parte.

444 7451

, pensé.

444 7451

. Los números me resultaban familiares, muy norteamericanos, como si fuera a llamar a mi amigo David por si quería: acompañarme al gimnasio a tomar un baño de vapor.

Inserté una moneda de diez yens y marqué las cifras.

—*Moshi moshi* —contestó una voz al otro extremo de la línea.

—Hola. ¿Habla usted inglés?

Se produjo cierta confusión, seguida por el ruido del auricular al ser dejado en la mesa. Oí retazos de conversación en japonés, mientras estudiaba las aceras para asegurarme de que nadie me estaba vigilando. Pero ¿cómo podría yo saberlo? Estaba a punto de colgar cuando oí una voz distinta.

—¡*Moshi moshi!* ¿Qué desea, por favor?

—¿Quién es usted?

—Rippa Rippa Tsurekomi.

—¿Rippa Rippa Tsurekomi? ¿Es eso un lugar o una persona?

—¿*Moshi moshi?*

—¿Dónde está usted?

—Le pido disculpas. —Volvió a producirse el mismo ruido del auricular al chocar con la mesa. No quería preguntar abiertamente por Laura, y sospechaba que el tiempo estaba acabándose. Comprendí que se había acabado cuando vi a un hombre con una camisa negra a unos cincuenta metros de distancia, parado en la entrada de la estación de metro de Ginza.

Colgué el aparato y anduve despreocupadamente hacia él, pasando a su lado sin mirarlo. Bajé las escaleras hasta el primer piso de la estación y salí a una vasta extensión subterránea del tamaño de un campo de fútbol, de la que partían numerosas líneas en todas direcciones. Elegí al azar la línea de Ginza Sen y me abrí paso por un largo pasillo entre la multitud de peatones, cada vez más deprisa. Pero no me sirvió de nada. Cuando llegué a una fila de tiendas, que había al final del pasillo, vi al hombre de la camisa negra a escasos metros de mí, reflejado en el bruído escaparate de un salón de *pachinko*. Para ser un japonés, su estatura era elevada.

Usaba un sombrero de fieltro ladeado sobre la frente, justo encima de una cicatriz en forma de media luna que parecía producida por un sable poco amistoso o por una de esas exóticas armas que anuncian en las contraportadas de las revistas de artes marciales. Quizá mi prolongada asociación con los científicos de los ordenadores me había reblandecido, pero, fuera el arma que fuese, el hombre había logrado sobrevivir al golpe, y yo no sentía el menor deseo de medirme con él, y mucho menos en un país en el que ni siquiera tenía idea de cómo pronunciar «¡Socorro! ¡Policía!».

Por lo tanto, estudié las tiendas subterráneas en busca de una salida o, al menos, de un lugar en el que un occidental pudiera pasar inadvertido entre la gente. Entonces descubrí un rótulo que decía

MAXIM'S

DE PARÍS. ¿Podía ser cierto, me pregunté, allí en la estación de metro de Ginza? Pero no perdí el tiempo intentando responderme y me dirigí hacia el rótulo, al final de las tiendas. Después de un garaje subterráneo encontré un callejón sin salida donde el

Maxim's

, una copia idéntica del original de la Rue Royale, lucía todo su esplendor de *art nouveau* en un sótano del edificio Sony.

Al entrar, con un fingido aire de despreocupación, pude detectar un destello de incomodidad en los ojos de mi perseguidor. Me acomodé ante la elegante barra forrada de terciopelo y le pedí una copa de Rémy Martin al *barman* japonés, que parecía fuera de lugar ante el ornamentado espejo sacado de una pintura de Toulouse Lautrec. El bar estaba abarrotado con una combinación de turistas, hombres de negocios japoneses y lo que imaginé sería un *demimonde* de residentes extranjeros que frecuentaban el local en parte por nostalgia y en parte por un deseo de mezclarse con los que eran lo bastante ricos como para afrontar las cuentas de la sucursal de Tokio de uno de los restaurantes más famosos del mundo.

Elegí a una mujer de este último grupo, una rubia de aspecto solitario que andaría por los cuarenta, con un vestido ligeramente raído. Estaba apoyada en el otro extremo de la barra, al lado de un piano en el que un músico japonés interpretaba una florida versión de «La Vie en Rose»; me dirigí resueltamente hacia ella bajo el

implacable escrutinio del señor Camisa Negra.

—Hola, Denise, ¿dónde te habías metido? —exclamé, al tiempo que le daba un abrazo. La mujer me dedicó una mirada de reojo, pero continué antes de que pudiera decirme nada—. ¿Le interesa una cena gratis en

Maxim's

? Sin preguntas..., sin ningún compromiso. ¿Comprende lo que le digo?

—Creo que sí. De acuerdo. —Tenía acento británico.

—Denise, ¡eres un cielo! ¡Será una noche fantástica! —repliqué animadamente, mientras la tomaba del brazo y la llevaba hacia el comedor, ante los ojos del camisa negra.

—Sandor Hathaway. Tengo reservada una mesa para dos —le dije al maître, que consultó su libro lleno de confusión. Suavicé las cosas con un billete de diez mil yens y, al cabo de un minuto, «Denise» y yo fuimos admitidos en el salón comedor y conducidos a una mesa fuera de la vista de mi frustrado amigo. Dos minutos después, deslicé otro billete de diez mil yens en el bolso de Denise y me largué por la puerta de la cocina. Era una escapada carísima, pero Wiz podía pagarla.

Salté a un taxi frente al edificio Sony y me incliné hacia el conductor.

—Rippa Rippa Tsurekomi —le dije.

—¿*Wakaranai*? —Parecía perplejo.

—Rippa Rippa Tsurekomi —repetí.

—¿*Wakaranai*?

Era evidente que así no íbamos a ninguna parte. Saqué lápiz y papel y le escribí las palabras en letras de imprenta.

—¡Aaah! —exclamó—. ¡Rippa Rippa Tsurekomi!

—Exacto. Lo que yo había dicho.

Puso en marcha el vehículo. Aproximadamente una hora y otros treinta mil yens más tarde, estábamos de nuevo en las afueras de la ciudad, esta vez, me pareció, en los suburbios del norte.

—¿Rippa Rippa Tsurekomi? —inquirí, empezando a sentirme algo más que un poco inseguro.

—*Hai, hai...*, Rippa Rippa Tsurekomi. —El conductor afirmó varias veces con la cabeza. ¿Quién era yo para discutir con él?

Diez minutos después nos detuvimos ante la pasarela de un

buque de imitación, iluminado con neón, del tamaño aproximado de un pequeño transatlántico, aparcado en mitad de un solar sin asfaltar. Banderas y gallardetes pendían de un costado y en el mástil ondeaba un enorme corazón. A primera vista, parecía uno de esos detestables restaurantes «ambientados» que se encuentran en las zonas más comerciales de Orange County, pero juzgando por el aspecto de las luces coloreadas en algunos ojos de buey, tuve la sensación de que aquello era otra cosa.

—¡Rippa Rippa Tsurekomi! —exclamó el taxista, urgiéndome a salir del vehículo después de haberle pagado una cantidad más o menos equivalente al coste de un billete de avión de Chicago a las Bahamas en temporada baja. Sentí un cierto nerviosismo cuando tomó el dinero con una rápida inclinación y desapareció en la noche, dejándome a solas junto a un buque varado en una zona de aparcamiento vacía.

Subí por la pasarela y atravesé la puerta automática con célula fotoeléctrica hacia una cámara de entrada tenuemente iluminada. En una cabina de cristal, una mujer leía una revista. No me prestó ninguna atención y aparté la vista de ella para fijarme en un panel de transparencias iluminadas que ocupaba toda la pared de enfrente. Cada transparencia representaba una habitación, que presumiblemente estaría dentro del «barco», con un precio indicado debajo y una lucecita roja para avisar, supuse, si estaba ocupada. Las habitaciones estaban arregladas como las de una casa de citas, pero con mucho mayor lujo del que jamás hubiera visto en los Estados Unidos. Además de las habituales camas de agua, equipo de vídeo y techo de espejo, cada una de ellas respondía a un tema de fantasía, desde el Hollywood de los años treinta a la época del shogunado, con decoración a juego y suntuosos cuartos de baño, que comprendían desde la bañera corriente hasta una concha gigantesca de color perlado con capacidad para dos personas. Nuevamente tuve que darle la razón a Hodaka: había cosas en Tokio que no existían en Nueva York ni en Los Ángeles..., si es que aún seguía en Tokio.

—Moses, me alegro de que hayas venido.

Me volví y pude ver a Laura de pie a mis espaldas. Aun con la escasa luz, pude advertir algo distinto en su apariencia. Su tez era más pálida y había una ardiente intensidad en sus oscuros ojos

castaños que nunca antes había visto.

—¿Dónde estamos, Laura?

—Rippa Rippa Tsurekomi: el Hotel del Amor Magnífico Magnífico. No todo en Japón es *origami* y arreglos florales.

—Ya me había dado cuenta. ¿Qué se supone que va a ocurrir ahora? ¿Vamos a una de las habitaciones a hacer el amor y muero electrocutado en una cama de agua?

—Este lugar pertenece a mi tía, el único pariente vivo que queda de mi familia. Era el único sitio al que podía ir.

—¿Por qué? ¿Tienes problemas? Ahora estás en el Japón, donde todo el mundo forma una gran familia, ¿no lo sabías?

—Eso había creído, sí. —Desvió la mirada—. Hasta que bajé del avión.

—¿Qué sucedió entonces? ¿Atascos de tráfico demasiado grandes? ¿La contaminación? ¿O acaso no se mostraron lo bastante agradecidos? No te han concedido la medalla de Hirohito por traer los planos del Pez Globo.

—Ya tendrías que conocer la respuesta.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de tontería es ésta? ¡He tenido que seguirte a través de medio mundo!

—¡No te hagas el inocente!

—Nunca me he sentido más inocente en mi vida, gracias. —Y lo decía en serio.

—Muy bien, Moses, si lo prefieres así... —Esbozó una media sonrisa—. Acompáñame a mi habitación. Es más segura, está cerca de la popa... Y si alguien te ha seguido, mi tía nos avisará. —Señaló con la cabeza hacia la mujer de la cabina, que nos observaba atentamente. Tenía casi sesenta años y su piel, de la barbilla a la frente, era de un feo color asalmonado, como si todo el lado derecho de su cara hubiera sufrido una quemadura—. Vamos —insistió Laura—, y te diré quién soy.

La seguí por un pasillo con varias puertas, todas cerradas. De una salía la voz de Sarah Vaughan cantando «Lover», de otra la de Rod Stewart en «Hot Legs». Finalmente llegamos a un mamparo de imitación situado al extremo del pasillo. Laura abrió la escotilla y entramos en la *suite* de un transatlántico decorada al estilo art deco, tan perfectamente copiada como el Maxim's

de Sony, con apliques *modernes* y diseños geométricos de latón rodeando los ojos de buey.

—Es una reproducción exacta de la *suite* nupcial del *Queen Elizabeth II* —me informó Laura. Se apoyó en la barra y me miró. Con la iluminación amortiguada, empezaba a verla mejor. Llevaba un vestido azul floreado y se sujetaba la espesa cabellera por medio de una peineta de laca negra, con una gardenia blanca a un costado. Sus labios estaban pintados de escarlata brillante, como si alguien hubiera cortado una grande y sensual hendidura en el centro de su boca—. Me llamo Yasuko Tadao —prosiguió—, y nací en Yokohama el cuatro de junio de 1961.

¿Yokohama, 1961? ¿Gardenias blancas? Ésta no era la Laura que yo había conocido. Más bien era una especie de Tokio Rose de alta tecnología.

—Hola..., ¿Yasuko?

—Hola, Moses. ¿Te gustaría oír algo de música? Hay una colección de discos de Cole Porter a juego con el decorado. —Sus ojos danzaron con una extraña ironía, como si estuviera representando un papel ante mí, igual que había representado antes el de californiana.

—¿Qué tal un *smoking* blanco para mí y un chal de armiño para tus preciosos hombros? No, Yasuko, gracias. En este momento, no me siento con ganas de escuchar música, ni tampoco de representar un interludio romántico al estilo de Noël Coward. Necesito saber por qué me has traído aquí, y qué significa todo esto.

—Quiero que me digas qué ha pasado con Pez Globo.

—¿Cómo?

—Tú me viste subir a aquel avión. Nada más bajar de él, alguien me lo robó. Es evidente que avisaste a alguien para que me esperase a la llegada.

—Esto es absurdo. En primer lugar, yo no estaba seguro de que lo tuvieras. Además, aunque lo estuviera, no conocía a nadie en Japón a quien avisar. Y, finalmente, si fuera como tú dices y el Pez Globo estuviera en mi poder, ¿por qué no he tomado un avión de vuelta a casa en lugar de seguir gastando el dinero de la compañía en el Imperial Hotel?

—Sí, tú trabajas para Tulip, ¿verdad? —Sacudió la cabeza.

—Eso no es nada nuevo para ti.

—Activistas..., idealistas. Sois todos iguales: unos hipócritas.

—¿Yo, un hipócrita?

—El detective privado que luchaba contra la corrupción política y defendía a los pobres... —Sonrió a medias mientras se acercaba a mí—. Me cuesta creer que estés trabajando para una corporación.

—Esta corporación me ha ofrecido un empleo y me ha ayudado a reorganizar mi vida. Antes me pasaba el día en albornoz mirando las paredes de mi cuarto.

—¿Y por eso vendiste todo lo que defendías?

—Oh, vamos, Yasuko. Estamos en el mundo real. No puedes quedarte toda tu vida en un armario, soñando. Además, es un trabajo interesante. Me gusta tener responsabilidades, para variar.

—Me detuve y le miré, todavía incapaz de adaptarme a ese asombroso cambio de personalidad—. Conque alguien te robó el Pez Globo, ¿eh? —continuó—. ¿Quién crees que lo hizo?

—No lo sé. —Sonrió, seductora.

—Bien, ¿para quién trabajas, entonces?

—Eso ahora no importa. —Agitó la mano—. Me han engañado. —Volvió a sonreír y me acarició la mejilla—. ¿Seguro que no quieres escuchar a Cole Porter?

—Pensaba que ibas a decirme quién eres.

—Luego —respondió mientras se acercaba al tocadiscos y lo ponía en funcionamiento. Ella Fitzgerald cantando «Easy to Love» se insinuó por los altavoces ocultos con una nitidez que los auténticos pasajeros del *Queen Elizabeth II* sólo hubieran podido concebir en sueños. Escuché la canción unos instantes. Siempre había sido una de mis favoritas, una canción en apariencia ligera pero en realidad oscura, casi torturadamente romántica, una canción de amor no correspondido escrita por un homosexual en una época en que pocos tenían el valor de proclamarlo.

Contemplé a Yasuko. ¿Por qué seguía sintiéndome tan atraído por ella? ¿Porque era exótica, porque era peligrosa, porque entre nosotros había un abismo tan profundo que, en último término, jamás me vería en la necesidad de revelarme? Era la fascinación del misterio la que daba impulso tanto a mi vida profesional como a la romántica, y al mismo tiempo me mantenía al margen de ambas. Un extraño, era siempre un extraño.

Yasuko se me acercó y empezamos a bailar sobre el suelo de

parquet de la *suite*. Se movía grácilmente, dejándose llevar. Vi nuestras imágenes en el espejo. Me sentía como en una cápsula del tiempo. Estábamos a finales de los años treinta: Japón ocupaba Manchuria y los Estados Unidos se expandían hacia el Oeste, fortificando sus posiciones en Guam y en las Salomón. Pearl Harbor estaba a la vuelta de la esquina. Y luego, y luego...

Seguimos bailando. Yasuko apoyó su cabeza en mi hombro. Yo deslicé mi mano hacia abajo, por la espalda de su vestido. Llevaba un fino tejido de seda que al tacto casi la hacía parecer desnuda. Su cuello olía a un perfume como de frangipana, denso y erótico. Me masajéo dulcemente los hombros e, insinuando su muslo entre los míos, empezó a moverme lentamente hacia la cama.

—Te enseñaré algo diferente. Algo que sólo se hace en el Oriente —me susurró al oído.

Sonreí.

—Suenas interesante.

Ella se rio nuevamente.

—Ya has visto los grabados antiguos. A veces, lo hacemos con la ropa puesta... y a veces con esto. —Abrió un cajón, dejando al descubierto una increíble variedad de aparatos sexuales: ungüentos, consoladores, pinzas para pezones, cosquilleros y muchos extraños dispositivos cuyas aplicaciones sólo podía imaginar. Eligió un penetrador anal y una pareja de relucientes bolas ben wa, se soltó un broche que sostenía una parte de la falda y se introdujo las bolas en la vagina. Luego, me desabrochó la cremallera. Rodamos sobre la cama; sus bragas sólo estaban ligeramente bajadas y su traje me envolvía como una colcha. Pasé la lengua sobre su estómago desnudo, mientras ella me hacía abrir las piernas encogidas e, inclinándose sobre mí, me metía el penetrador en el ano. La seda me rozó la piel y una oleada eléctrica de sensación corrió desde mi cavidad anal hasta la próstata. Apreté sus muslos y empecé a lamer sus pezones, mientras ella extendía una mano hacia arriba y sacaba de entre sus cabellos un objeto largo y puntiagudo que sostuvo en el aire con el brazo echado hacia atrás como si fuera a hundírmelo en la espalda. Comprendiendo de pronto lo que estaba a punto de ocurrir, me incorporé de un salto, así su muñeca y se la retorcí. Más fuerte de lo que imaginaba, Yasuko se resistió, pero seguí forcejeando hasta que el objeto, un cuchillo, cayó rozándome el

pecho y resonó al caer al suelo. Entonces rodé hasta quedar sobre ella, inmovilizándola en la cama con mis rodillas sobre sus hombros. Durante una fracción de segundo me contempló con el más profundo desprecio. Luego frunció los labios y me escupió en la cara.

—¡Todos los norteamericanos sois iguales!

—Sí, de acuerdo, como los japoneses —repliqué—. El peligro amarillo.

—¡Tú qué sabes!

—Yo no acabo de intentar asesinarte, señorita. —Tomé de nuevo su muñeca y la retorcí—. Muy bien, volveré a preguntar. ¿Quién te robó Pez Globo?

—¡Jódete!

Retorcí un poco más.

—¿Sigo? ¿Quieres que siga hasta el final? No creas que no voy a hacerlo. Por lo que a mí respecta, la caballerosidad se acabó hace dos segundos. —Le giré la muñeca otros diez grados.

—Está bien. ¡Está bien! De todos modos, ya no tiene importancia. Fue un hombre con una camisa negra.

—¿Y una cicatriz?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he adivinado. ¿Para quién trabajas? —Apliqué un poco más de presión.

—Mita Kokusai. Son unos cobardes.

—¿Quién es Mita Kokusai?

—El gobierno japonés.

—¿El gobierno japonés se dedica a pagar asesinos para que apuñalen a inocentes norteamericanos?

—Habría que matar a todos los norteamericanos.

—Oh, magnífico. ¿En qué consiste Pez Globo?

Estaba esperando su respuesta cuando sentí el frío acero del cañón de un arma sobre mis riñones.

Yasuko me miró y sonrió.

Me volví lentamente y vi a su tía a mis espaldas, sosteniendo una escopeta con ambas manos. Yasuko se separó rápidamente de mí.

—Moses Wine, te presento a mi tía Akiko. A ella tampoco le gustan nada los norteamericanos.

—Ya lo veo.

Desvié la mirada desde la mujer de más edad, que de cerca aún parecía más desfigurada por el tejido cicatricial rojo, hacia Yasuko, que me contemplaba con un odio lo bastante intenso como para derretir las zonas más espesas del casquete polar.

—Fue más afortunada que mis pobres padres. Cuando ocurrió, ella estaba detrás de la casa.

—Cuando ocurrió, ¿qué?

—No me hagas reír. —Se agachó a recoger el cuchillo—. Adiós, Moses. De ninguna manera podría dejarte libre para que siguieras buscando el Pez Globo. Y te lo aseguro: si tuviera alguna idea de qué es o dónde está no te daría la menor pista.

Se acercó a mí con el cuchillo.

Inmediatamente giré sobre mí mismo, así el cañón de la escopeta y lo desvié a un lado justo cuando se disparaba, rociando de perdigones el espejo *art deco* y enviando esquirlas de vidrio en todas direcciones. Intentando mantener agarrada el arma, se la arranqué de un tirón a tía Akiko y golpeé a Yasuko en la mano que blandía el cuchillo, haciéndolo caer. Los ocupantes de varias habitaciones estaban gritando y golpeando las paredes.

Recogí mis ropas y, vistiéndome mientras corría, escapé de la habitación, recorrí el pasillo en dirección contraria, pasando esta vez ante varios clientes aterrorizados, y, tras bajar a saltos por la pasarela del hotel del amor, me perdí en la noche. No me detuve hasta después de haber cruzado el aparcamiento, ya en el extremo más alejado de un callejón que desembocaba en la siguiente calle. A mi alrededor no se veía ni un alma. Hasta un par de minutos más tarde —cuando un automóvil en movimiento aceleró bruscamente al llegar a mi altura—, no me di cuenta de que estaba paseando tranquilamente con una escopeta en las manos. En seguida la tiré debajo de una furgoneta aparcada y seguí caminando en la dirección que juzgué sería el Sur. Al cabo de unos quince minutos llegué a una zona más urbanizada, con abundantes letreros de neón que todavía parpadeaban tristemente. Uno de ellos decía CAPSULE HOTEL, en inglés y en japonés. Un par de japoneses —jóvenes ejecutivos con el ubicuo traje azul— transportaban hacia él a un compañero que cantaba a todo pulmón, con aspecto de haber estado tomando bastantes copas de más. Mis reservas de adrenalina

parecieron agotarse de pronto. Me quedé parado, contemplando cómo su amigo se doblaba y vomitaba el almuerzo en mitad de la acera. A ninguno parecía preocuparle. Sonrieron y me saludaron con la mano, y señalaron luego el hotel, que debía de ser una especie de estación de reposo para ejecutivos extraviados, incapaces de llegar a su domicilio. Probablemente algunos de ellos serían los mismos tipos que había visto antes en Ginza, flirteando con las cabareteras. Consulté mi reloj y deduje que el metro llevaba ya más de una hora cerrado, conque eché a andar en pos de ellos y, medio caminando, medio tambaleándome, llegué ante el recepcionista y extraje de mi bolsillo unos cuantos millares de flácidos yens. El hombre me tendió la llave de mi cápsula y señaló las escaleras. La habitación en sí, a la que se llegaba por medio de una escalera y no medía sino un metro veinte de altura por algo más de dos metros de longitud, era verdaderamente una cápsula, un sarcófago para vivos. Pero en su interior estaba tan limpia como un hospital, y poseía todas las comodidades del moderno Japón, desde vídeo y un equipo musical con lector de discos por láser hasta un distribuidor de bebidas y bocadillos controlado por microprocesador, todo exquisitamente dispuesto en un minúsculo cajón. Pero a mí no podía importarme menos. Estaba demasiado cansado hasta para accionar un interruptor.

11

AL DÍA siguiente me desperté a las diez y llamé a Hodaka; dejé que el teléfono sonara una vez y marqué al cabo de cinco minutos el número del local de adivinación. Me contestó inmediatamente.

—*Moshi moshi*.

—*Moshi moshi* a usted también. Le habla Moses.

—Ya lo sé. ¿Dónde ha estado? He tratado de localizarle. Verá, nos gustaría que diera una conferencia esta noche.

—¡Una conferencia!

—Sí. A la Sociedad del Halcón Maltés. Es una organización de aficionados a la novela de misterio. A menudo solemos tener conferenciantes invitados, pero usted sería el primer auténtico detective norteamericano.

—Parece fascinante. Apuesto a que hasta sirven té.

—Johnny Walker Etiqueta Negra.

—Mejor que mejor. Dígame, ¿qué es Mita Kokusai?

—Es un edificio de oficinas que está cerca del parque Shiba.

—Perfecto. Nos encontraremos allí dentro de cuarenta y cinco minutos.

Colgué y me dirigí en busca de la estación de metro más cercana, que resultó ser la última parada en el extremo norte de la línea de Chiyoda. Había una considerable distancia —incluyendo un cambio de línea— hasta la estación de Shiba Koen, la más próxima al parque. De allí al edificio Mita Kokusai había otros diez minutos, de modo que llegué con cinco minutos de retraso. Hodaka me esperaba en el vestíbulo, y parecía bastante satisfecho consigo

mismo.

—Había alguien vigilando mi edificio, pero le di esquinazo por el salón de *pachinko* que hay al lado de casa.

—Magnífico —admití—. Quizá debería dar usted la conferencia. —Me aproximé a la lista de inquilinos y comencé a examinarla. Estaba a punto de solicitar la ayuda de Hodaka, pero resultó que no era necesario el intérprete. Entre todas las empresas que ocupaban los veintitrés pisos del edificio, el nombre de una estaba escrito en inglés y me saltó inmediatamente a la vista. Instituto de Tecnología para Ordenadores de Nueva Generación. El ICOT. En Silicon Valley, debía de haberlo oído mencionar al menos una docena de veces. Era la más famosa experiencia del Japón en el campo de los ordenadores, descrita en *Time*, *Newsweek*, *InfoWorldy*, suponía, en otras muchas revistas que no leía ni podía comprender. Cuarenta jóvenes ingenieros de talento (cuarenta samuráis) habían sido reclutados en todo el país con el fin de crear un nuevo ordenador para los años noventa, un ordenador de quinta generación capaz de proporcionar la nueva riqueza de las naciones: información. Tenía que ser una máquina capaz de pensar y deducir tan sofisticadamente como un ser humano, pero un millar, tal vez un millón, de veces más deprisa. Y ellos, los japoneses, iban a construirla, por sí solos, mejor y más grande que todo lo que pudieran realizar sus hermanos mayores, la antigua potencia ocupante, nosotros. Recordé las palabras de «Cassiopea». «Utiliza tu inteligencia artificial» y me dirigí a Hodaka.

—Vamos a la planta veintiuno.

Es evidente que a los japoneses no les gusta la ostentación. Considerando la envergadura de la empresa, las oficinas del ICOT —dos amplias salas con escritorios y terminales de ordenador, y un par de pequeños despachos al fondo para los jefazos— hacían que, a su lado, Tulip pareciera una combinación de los estudios Universal y un balneario de lujo. Me identifiqué inmediatamente ante el recepcionista, quien, con igual rapidez, me pasó a su directora de relaciones públicas, una joven de cara chupada sentada ante un escritorio a menos de cinco metros de la puerta. Tras acompañarnos a Hodaka y a mí hasta un rincón con asientos, se presentó como Mitsuko Ezawa, titulada en ingeniería por la Universidad de Oregón.

—Admiramos mucho a Tulip —me aseguró—. ¿Les apetece algo de té?

—Gracias, no es necesario. Mire, señorita Ezawa, me gustaría hablar con su director.

—El señor Kimura tiene todo el día ocupado. Lo siento. Tal vez yo pueda serle útil.

—Le ruego que no se lo tome a mal, pero a menos que desee encontrarse ante un grave incidente internacional, será mejor que llame rápidamente al señor Kimura.

La señorita Ezawa enrojeció, azorada por mi brusquedad norteamericana.

—Temo no comprenderle.

—Tengo motivos para creer que su instituto ha robado o intenta robar cierta información propiedad de la Tulip Computer Corporation y causado, directa o indirectamente, el asesinato de dos personas, un ciudadano de los Estados Unidos y un ciudadano de Taiwan.

Al cabo de dos minutos estábamos sentados en el despacho del señor Kimura, con la puerta cerrada a nuestras espaldas. El señor Kimura se dirigió rápidamente en japonés a la señorita Ezawa. Para tratarse de un directivo japonés era notablemente joven, pues apenas si pasaba de los cuarenta, y vestía con el estudiado descuido del antiguo equipo Kennedy, camisa arremangada y zapatillas de tenis Adidas. En el tablón de anuncios situado detrás de su mesa, junto a una serie de notas impresas por ordenador, se veía una fotografía suya en el curso de una expedición alpinista.

—El señor Kimura dice que lo que usted pretende sugerir es obviamente absurdo —tradujo Ezawa—. Tulip es una corporación de ordenadores personales cuyo trabajo no guarda apenas relación con el de ICOT, que es un instituto de investigación dedicado al diseño de una máquina de inferencia secuencial de un tamaño incomparablemente mayor.

Volví la vista hacia Hodaka, quien me confirmó la traducción.

—El ordenador Bulb es bastante sofisticado.

Kimura sonrió antes de que se lo repitieran en japonés, y en seguida le dijo algo a Ezawa. Recordé lo que había leído acerca de Zhou Enlai, que dominaba correctamente varios idiomas, pero no hablaba nunca más que a través de un intérprete.

—El señor Kimura dice que no ha visto nunca un ordenador Bulb, pero imagina que se tratará de un bonito y pequeño aparato apropiado para jugar y para hacer la declaración de la renta. Sin embargo, las únicas organizaciones de su país cuyo trabajo podría interesarle son las militares y la GTI.

A eso se reducía la gran revolución de la juventud informatizada que había comenzado Wiz en su garaje. Tomé nota mental de que debía advertírselo a Giles Brisbane, la próxima vez que lo viera, para que modificara su debate. Luego observé a Kimura. El hombre parecía preocupado por algo, algo que no estaba seguro de querer decirme. En lugar de incitarlo, preferí esperar a que hablara. Por fin, se volvió hacia Hodaka y comenzó a decirle algo de un modo mucho más titubeante, menos expansivo.

—El señor Kimura quería saber si conoce usted a una mujer que vino a verle ayer.

—Yasuko Tadao.

Kimura asintió y, tras una nueva pausa, siguió hablándole a Hodaka.

—Esta mujer parecía tener la impresión de que trabajaba para él... —tradujo el novelista. La señorita Ezawa tenía un aspecto agitado, como si su jefe estuviera revelando demasiado.

—Estuvo empleada en Tulip con el nombre de Laura Suzuki.

Kimura frunció el ceño.

—He de hacer una llamada por teléfono —dijo, pasando repentinamente al inglés.

—Le ruego que no lo haga. Creo que será mejor para todos que continuemos esta conversación confidencialmente.

Kimura lo pensó durante un segundo, y en seguida rogó a Ezawa y a Hodaka que se retirasen. Una vez se hubieron ido, le dije que hablaba muy bien el inglés.

No muy bien —respondió—. Pero debo saber. Ustedes norteamericanos temen a nosotros, pero todo sobre ordenadores aún escrito en inglés. Debo leer información. Hablar no muy bien.

—Lo suficiente. Mucho mejor que mi japonés. —O que el de cualquiera de mis conocidos, a fin de cuentas—. ¿Poseía la señorita Tadao alguna información que quisiera darle a usted?

—Dijo le habían robado algo por ella..., ¿de ella?

—De ella. ¿Tiene alguna idea de qué información se trataba?

—Disco con código base para *software* inferencia.

—¿*Software* de inferencia? No estoy seguro de qué es eso. No tiene nada que ver con el Bulb, ¿o sí? No es ningún complemento ni nada por el estilo, ¿verdad?

—¿Ordenador Bulb? —Se rio—. Oh, no, no. Ya he dicho. Bulb buena máquina. Veo bonitas fotos en revista. Esto todo distinto.

Empezaba a sentirme desconcertado. Wiz me había dicho que Pez Globo era un accesorio para el ordenador, pero este hombre se refería al Bulb como si fuese un juguete para escolares.

—Usted interesado en Bulb, vaya Sanyo, vaya Sony. Ellos fabrican cosas este tipo. Ellos negocio, nosotros instituto estudios. Para futuro.

¿Qué futuro?, me pregunté. Obviamente, no todo era como él quería dar a entender, pero también quedaba claro que en el ICOT se cocinaban cosas más grandes que el mercado del ordenador personal.

—Dígame, ¿qué es el *software* de inferencia?

—Piensa. Hace silogismo. ¿Sabe silogismo?

—Todos los hombres tienen orejas. John es un hombre. Por lo tanto, John tiene orejas.

—Bien. Eso silogismo. Nosotros construye máquina hace muchos silogismo. Todos en mismo tiempo. Igual que persona..., bing, bing, bing..., pero no hace errores.

—¿Y está usted seguro de que Yasuko Tadao no trabajaba para ustedes?

—Yo sé quién trabaja para mí. Cuarenta persona. Nosotros no espías, nosotros científicos. —Me miró con una expresión que rozaba la arrogancia—. No necesitamos espía. Somos primero igual.

—Uh huh. —Volví a fijarme en la foto del tablón. Estaba en la cumbre de una montaña, agitando una bandera. Pero aquello no era el monte Fuji ni las High Sierras. Era una montaña como las del Himalaya, quizá el propio Everest. Aquel tipo no bromeaba—. Escuche, ¿le dijo ella por qué pensaba que trabajaba para usted?

—Yo no sé. —Sonrió levemente—. Mujer extraña. No gustaba mucho Estados Unidos.

—Sí, pero..., sigo sin comprenderlo. Debía de tener algún contacto, alguien que ella tomaba por usted.

Sacudió la cabeza.

—Yo no pregunto. Yo pienso ella loca.

A lo mejor había dado en el clavo. No sabía qué más preguntar a Kimura, pero entonces recordé las extrañas acusaciones de Eddie Capshaw acerca de que Rigrod trabajaba para los japoneses, conque se lo planteé abiertamente:

—¿Ha oído hablar alguna vez de un científico norteamericano llamado Danny Rigrod?

—¿Rigrod? —repitió distraídamente—. ¿Quién él? —No me pareció que estuviera mintiendo.

Unos cuantos minutos más tarde, mientras caminaba hacia el norte con Hodaka, junto al parque Shiba, me asaltó una profunda sensación de las limitaciones de mi propia mente. A nuestra derecha se alzaba la torre de Tokio, versión ersatz de su prima de París; a nuestra izquierda, el distrito de Azabu «donde viven los ricos», según Hodaka, aunque al igual que todo lo demás en esta ciudad, no se advertía a simple vista. Era una metáfora exterior de mi mente, en cuyos no tan ocultos compartimentos había descendido una impenetrable muralla de acero, como una coraza que me impedía la intuición o, más exactamente, su corolario: la simple realidad. ¿Era Yasuko/Laura meramente la víctima de un engaño? Y, en tal caso, ¿por parte de quién y con qué fines? ¿Qué le habían robado a Tulip, y cuándo? ¿O no habían robado nada? ¿Acaso estaba persiguiendo sombras, señales fantasmas de energía generada por ordenador y disipadas en la nada por los ágiles dedos de un programador precoz? Para mí, la ignorancia distaba mucho del éxtasis.

Mi única pista era peligrosa, pero no me quedaba más alternativa que seguirla hasta el final. Conduje a Hodaka al interior de una cafetería que había en la siguiente esquina; encontré el inevitable teléfono rojo y marqué el número de Ordenadores Crisantemo impreso en la tarjeta que me había dado el dependiente de aquella tienda del distrito de Akihabara. Un sofisticado equipo estereofónico difundía música de *jazz* —el antiguo álbum de Miles Davis *Kind of Blue*—, y tararéé la melodía hasta que se estableció la conexión. Saltándome la ronda habitual de moshi moshis, fui directamente al grano.

—Hola. Soy el norteamericano que quería comprar un ordenador Bulb. ¿Podría verlo ya?

—Muy bueno..., muy bueno. Usted verlo.

—¿Adónde debo ir? ¿A la tienda de Akihabara?

—No, no. Akihabara, no. Vaya a TACT.

—¿TACT?

—Tokio... Air... Cargo... Terminal.

—¿Se refiere al aeropuerto?

—No, no. Sitio distinto. Vaya a TACT. Puerta venirés.

—¿Venirés?

—Sí. Venidos, venirés. Pregunte señor Moritani.

—Tokio Air Cargo Terminal. TACT. Puerta veintitrés. Señor Moritani.

—*Hai, hai*. Muy bueno. ¿Usted va ahora?

—¿Cuánto se tarda en llegar?

—Puede noventa minutos.

—Noventa minutos, ¿eh? —Miré a Hodaka por el rabillo del ojo

—. Saldré dentro de una hora, aproximadamente.

—*Hai, hai*. Muy bueno... Una hora.

Me despedí y colgué. Acto seguido me dirigí a Hodaka:

—¿Tiene usted una pistola? —pregunté.

—Hjunnh..., no. —El escritor de novelas de misterio parecía algo inquieto.

—Será mejor que busquemos una..., o quizá no pueda regresar a dar mi conferencia en la Sociedad del Halcón Maltés.

—Es difícil encontrar una pistola en Tokio.

—Sí. Ya sé. Los japoneses no son violentos..., excepto cuando se dedican a cortar cabezas por ahí con sus sables de samurái o a ametrallar manchurianos.

—¡Ah! El gran liberal sale ahora con calumnias nacionalistas.

—Consiga esa pistola, Hodaka. Y el coche de Fumiko. Y rápido, a ver si podemos llegar allí antes de que estén preparados. De lo contrario, nos meteremos en una emboscada tan evidente que ni siquiera colaría en una serie de televisión.

—Ah, una emboscada —repitió Hodaka, impresionado por la utilización en la vida real de un término que, sin duda, había traducido muchas veces.

—Sí. Estoy empezando a pensar que todo este asunto es una emboscada..., una emboscada dentro de una emboscada dentro de una emboscada. Pero ya se lo explicaré todo esta noche, en la

reunión, si se limita a cooperar. ¡Inmediatamente!

—Sí, sí, señor Marlowe. Ahora mismo.

Veinte minutos después, el Nissan President de Fumiko se detuvo ante la cafetería conducido por un hombre calvo y de poca estatura, cuyo cuerpo parecía hecho de bolas de cojinetes y cable de acero.

—Señor Wine, éste es Uno —dijo Hodaka, presentándose al individuo, que saltó rápidamente del coche y se inclinó ante nosotros—. He pensado que podía serle útil. Es cinturón negro de aikido, dos veces campeón en la prefectura de Miyagi.

—*Ichiban...*, *ichiban* —saludó Uno, prosiguiendo con sus reverencias, inclinándose y levantándose como una de esas torres de perforación petrolífera en miniatura que pueden verse en los arcones de la autopista de San Bernardino.

—También es consejero técnico de la Sociedad del Halcón Maltés —añadió Hodaka—, para que los escritores de novelas de detectives sean fieles en sus retratos. Posee una gran colección de armas, históricas y contemporáneas, incluyendo las estrellas de lanzamiento de los *ninja* y un Khlestakov AK 47 de origen ruso. En estos momentos, se encuentran en el maletero del Nissan.

—Magnífico —aprobé, mientras Uno seguía diciendo *ichiban* y sosteniéndome la portezuela del vehículo, como si yo fuera un señor feudal. ¿Un Khlestakov AK 47? Lo único que yo había pedido era una miserable pistola que pudiera llevar en el bolsillo por si las cosas se ponían mal. Pero pensé que no había nada como estar bien preparado.

Recorrimos la distancia que mediaba hasta la terminal de carga aérea, en Chiba-ken, sin cambiar apenas una palabra entre nosotros. A los japoneses no les gusta mucho la charla insustancial. Recordé lo que había leído en *El Hagakure*: «Es mejor el silencio». Si no tienes nada que decir, cierra el pico. Desde luego, tenía algunos parientes a los que este consejo habría podido serles muy beneficioso.

Hodaka rompió el silencio en una ocasión para señalarme el Ministerio de Justicia y, en seguida, el edificio del MITI —el Ministerio de Industria y Comercio Internacional—, cuyo supuesto representante nos había agasajado con tanta prodigalidad en el monte Sadao. A continuación, entramos en la autopista del Sur,

atravesando zonas industriales tan extensas y contaminadas que, a su lado, Los Ángeles parecería un parque nacional para aficionados a observar los pájaros.

Llegamos a la terminal más o menos media hora antes de lo acordado, y le pedí a Hodaka que aparcara en el borde exterior del aparcamiento principal, entre unos grandes camiones, para quedar fuera de la vista. Uno le dijo algo en japonés, y Hodaka se volvió hacia mí.

—Pregunta si quiere el AK 47 ahora mismo.

—No, no. De momento, no. Algo más pequeño sería perfecto.

Hodaka transmitió mi mensaje a Uno, quien abrió el compartimento del equipaje y me ofreció un pequeño revólver Smith & Wesson, que oculté bajo mi chaqueta, no sin reflexionar que hacía dos años que no disparaba al blanco y unos diez en la dirección aproximada de un ser humano. Uno se guardó en el cinturón una especie de daga fina y luego se escondió lo que parecía un dardo envenenado recién traído del Congo. La escena tenía un aire vagamente ridículo: ahí estábamos, paseándonos por la ciudad con el menor índice de homicidios de todo el mundo, provistos de un arsenal que bastaría para emprender una guerra de guerrillas en alguna república centroamericana. Pero tal vez no fuera más que otro ejemplo de la hospitalidad japonesa. Después de todo, yo era el honorable huésped, y había solicitado protección.

Atravesamos el aparcamiento en dirección a las puertas de carga, pasando entre enormes cajones de material electrónico. Uno y yo abrimos la marcha, y Hodaka nos seguía unos pasos detrás, con aspecto de estar disfrutando tanto de la situación como un amante rechazado en la boda de su enamorada. Pasamos ante varias puertas sin ver el número veintitrés por ninguna parte, hasta que la descubrimos, separada de las restantes, tras un cercado en el extremo más alejado del aparcamiento. No se veía a nadie en los alrededores. Un sedán Toyota con los cristales oscuros estaba detenido junto a un Lincoln Continental.

—Traiga aquí el coche —le pedí a Hodaka, señalándole un camino para automóviles que había unos treinta metros más allá del cercado. El traductor se puso en marcha rápidamente. Uno y yo seguimos avanzando hacia la puerta de carga. En su interior había un pequeño edificio de un solo piso con los nombres IWA IMPORTS y

ORDENADORES CRISANTEMO inscritos en inglés y en japonés sobre la entrada. Íbamos a aproximarnos un poco más cuando se oyeron ruidos en la parte de atrás del edificio. Con el instinto de un gato callejero, Uno saltó velozmente para ocultarse tras un voluminoso cajón de embalaje. Yo estaba a su lado.

Vimos salir a cinco hombres del edificio: al individuo de la cicatriz con camisa negra, el chófer, dos pistoleros de mala catadura que parecían sacados de una película *yakuza* y el señor Okakura..., el supuesto hombre del MITI. Este último se detuvo y dio algunas instrucciones a los pistoleros, que dieron media vuelta y regresaron al interior del edificio, donde, supuse, se dedicarían tranquilamente a afilar su *katana* en espera de mi llegada. Acto seguido, el chófer le abrió la portezuela a Okakura, quien se acomodó en el asiento trasero del Continental. Mi amigo de la camisa negra se instaló delante, al lado del conductor.

El coche partió al momento. No tuve que decirle ni una palabra a Uno, que me siguió de inmediato hacia el camino de automóviles donde esperamos la llegada de Hodaka con el President de Fumiko. Llegó al cabo de unos treinta segundos, justo cuando el Continental se perdía de vista por un paso situado bajo la autopista.

—¡Siga a ese coche! —le ordené, señalando la dirección que había tomado.

—Ajá..., siga a ese coche..., ¡muy bien, detective! ¡Muy bien! —respondió Hodaka, tan emocionado por la situación que se olvidó de asustarse. Uno había subido a la parte trasera, y arrancamos a toda velocidad; cruzamos el paso inferior con el tiempo justo para ver al Continental tomando la rampa de acceso a la autopista en dirección a Tokio.

—*Kuromaku* —comentó Hodaka—. Este Okakura es un hombre del telón negro, estoy seguro.

Seguimos en pos de él, poniendo rumbo al Norte, hacia la gran ciudad. A los pocos minutos estábamos atascados en una hilera de coches que dejaba la autopista de Long Island a la altura de una carretera comarcal en Alaska. Seguir a un automóvil por entre el tráfico de Tokio viene a ser más o menos igual de divertido que arrancarle las alas a una polilla, pero Hodaka parecía estar disfrutando. Se mantenía lo bastante cerca del Continental como para no perderlo de vista, y lo bastante lejos como para no ser más

que una mancha apenas distinguible en su espejo retrovisor. No era cosa sencilla, pero para el acompañante resultaba de lo más aburrido. Me entretuve contando las reproducciones de Seiko Matsuda, la muñeca de veinte años cuyas dieciséis últimas canciones habían llegado al número uno en la lista de éxitos del Japón. Su música era tan original como la mermelada de fresa, y su aspecto tan pulcro y antiséptico que sus carteles parecían anuncios de pañales. Viniendo del mundo de Boy George y del Heavy Metal, ella era lo más extraño que había encontrado en Japón hasta el momento.

—Se dirigen a la estación —anunció Hodaka cuando el Continental viró por Sotobori-dori. No cabía duda de que estaba en lo cierto. Frente a nosotros se distinguía la mole de la estación ferroviaria de Tokio, hacia la que se dirigía una riada de coches como lemmings hacía un acantilado.

—¿Qué hago con el coche?

—Apárquelo —repliqué.

Hodaka gruñó con nerviosismo y montó el President sobre la acera, al lado de la estación. Lo dejamos allí y seguimos a Okakura y Cía. al interior del edificio. Dejé que Hodaka y Uno se me adelantaran unos cuantos metros y me esforcé en disimular todo lo posible mi rostro blanco en medio de la muchedumbre amarilla. Era como tratar de ocultar una botella de *ketchup* en una bolsa de dulces. En dos ocasiones el hombre de la camisa negra volvió la vista hacia atrás, como acto reflejo del guardaespaldas que quiere asegurarse de que nadie le sigue. Las dos veces desvié la cara, escudándome sin ceremonias detrás de grupos de orientales que me miraron con curiosidad, e incluso una vez me di de cabeza contra unos esquís Rossignol que llevaba en los brazos un estudiante camino de alguna estación de deportes invernales. Así pues, decidí mantenerme aún más apartado de Hodaka y Uno antes de seguirlos escaleras arriba. El escritor me esperaba en el primer rellano.

—*Shinkansen* —me anunció, señalando al frente, hacia la segunda vía—. Han tomado el tren bala. Sale dentro de ocho minutos.

—¡Compre billetes! —exclamé, poniendo un fajo de yens en sus manos.

—No sé si bastará —observó.

—Dios mío, pensé, escarbando en el otro bolsillo para darle todo lo que me quedaba. Menuda cuenta de gastos le presentaría a Wiz cuando volviera a casa.

Diez minutos después estaba sentado en el coche número siete del tren bala, azul y crema, con destino a Kioto. Hodaka se sentó a mi lado, y Uno en la fila de atrás. Okakura, su chófer y el hombre de la camisa negra estaban varios coches más atrás, en el número once, primera clase. Como me sentía a gusto, estiré las piernas y me puse a mirar por la ventanilla. Desde aquel punto de vista, resultaba difícil creer que estábamos viajando a más de doscientos kilómetros por hora. También Hodaka parecía estar disfrutando, mirando a todos lados como un crío. Incluso había tenido tiempo de telefonear a Fumiko para decirle dónde estaba su coche y avisarle de que la reunión de la Sociedad del Halcón Maltés quedaba aplazada hasta la noche siguiente.

Ya estaba entrada la tarde, y pronto pudimos contemplar, a nuestra derecha, la puesta de sol sobre el monte Fuji. Era una visión impresionante, a pesar de la contaminación y de la densa red de cables telefónicos que se interponía en primer plano, como una telaraña. Estaba empezando a sentirme como un turista cuando sentí los precisos dedos de Uno tocándome en el hombro. Me volví, y con un movimiento de cabeza me indicó la puerta trasera del coche, por la que acababa de entrar el hombre de la camisa negra.

Ya me había visto, de modo que no me quedaba otra opción que levantarme y echar a andar hacia la parte delantera del tren. Pulsé el botón de apertura automática y pasé al coche siguiente, que tenía un largo pasillo hasta un mostrador en el que se servían comidas. Un solitario dependiente permanecía en pie junto a una pila de cuidadosamente preparadas cajas de almuerzo, con arroz y algas. Me paré junto a él una fracción de segundo, y luego doblé la esquina. Me encontré ante el lavabo de hombres y me metí en él.

Era un retrete de estilo japonés, con un agujero en el suelo y una cadena para el agua suspendida sobre él. Dejé la puerta deliberadamente sin cerrar, deslicé la mano debajo de la chaqueta y esperé. En seguida apareció el hombre de la camisa negra. Entró inmediatamente, pero antes de que pudiera hacer nada cerré la puerta de un golpe y saqué la pistola. Mi intención era obligarlo a que se diera la vuelta y atizarle un buen golpe en la nuca, pero

cuando así su brazo el hombre saltó hacia atrás y, con los dos pies en el aire, me dirigió una patada que hizo salir despedido el revólver en dirección a la ventanilla. Me lancé sobre él, le sujeté los brazos y traté de arrinconarlo contra la pared, pero resbalé en el suelo húmedo de desinfectante. El tren entró rugiendo en un túnel, la sirena aullando en la oscuridad. Por detrás de mi cabeza oí el chasquido de un estilete al abrirse. Le atacué de nuevo, asestándole un codazo en el vientre y un rodillazo en la entrepierna, pero él se echó hacia atrás justo a tiempo y levantó un brazo por encima de su cabeza. Vi el destello de la hoja reflejado en la ventanilla. Moviéndome sin pensar, rodé a un lado, levanté una pierna hacia él y le di una patada en los riñones tan fuerte como pude.

—*¡Kutabare!* —gritó, *¡jódete!*, mientras el cuchillo rebotaba por el suelo. Traté de alcanzarlo, pero el individuo me golpeó repentinamente entre los hombros con un mal golpe de karate. Casi perdí el conocimiento y salí despedido hacia una pared, asiéndome a la cadena del retrete para mantenerme en pie y viendo borrosamente que el hombre recogía el revólver y lo apuntaba contra mí.

—*Gaijin sayonara* —dijo apretando el gatillo. Traté de reaccionar de alguna forma, pero empecé a ver manchitas que giraban ante mis ojos y sentí un agudo dolor que me subía por la columna vertebral. Estaba a punto de despedirme de mi pellejo cuando oí el agudo sonido de una cremallera al abrirse. Pero no era una cremallera lo que se abría, sino la espalda del hombre de la camisa negra. Cayó fulminado al suelo, en un charco de sangre, prácticamente dividido en dos como un pescado destripado, con un tajo que iba desde los omóplatos hasta la punta del cóccix. Alcé la mirada y vi a Uno de pie junto a mí, devolviendo a su funda una minúscula hoja en forma de media luna del tamaño de un cortaplumas. Cerró la puerta cuidadosamente y me hizo una reverencia.

—*Domo* —le dije, y recogí la pistola.

—*Domo arigato gozaimasu* —respondió, inclinándose otra vez. A continuación, abrió el grifo y comenzó a lavar la sangre del suelo, que el agua se llevaba por el sumidero. Era un espectáculo horrendo. Al cabo de unos segundos, me indicó por señas que me fuese.

Salí al pasillo, preguntándome cómo se desharía del cadáver.

Estábamos llegando a Nagoya, otra ciudad industrial con varios millones de habitantes. El tren redujo su velocidad mientras pasábamos ante un nuevo desfile de carteles de Sony, Hitachi y los demás. Yo continué avanzando hasta el vagón en el que me esperaba Hodaka.

—Está muerto —le informé en voz baja.

—¿Camisa negra?

Asentí, acomodándome en mi lugar.

—Hjunnh —exclamó Hodaka, con el ceño fruncido—. Alguien vendrá a buscarlo.

—Es cierto.

El tren se detuvo en la estación de Nagoya. Supuse que pasarían al menos diez minutos antes de que Okakura enviara al chófer en busca de su guardaespaldas. Por suerte, el chófer no había estado en el restaurante y no reconocería ni a Hodaka ni a mí. Claro que si venía Okakura en persona...

Tres minutos más tarde el tren volvió a ponerse en marcha, precisamente a su hora, para seguir su recorrido por el distrito de Kinki hacia la antigua capital. Al poco rato se abrió la puerta y el chófer entró en nuestro coche. Hodaka y yo enterramos nuestras caras en sendas revistas *shinkansen*, cortesía de la compañía ferroviaria, mientras él pasaba junto a nosotros. Alcé la vista en el último momento, a tiempo de ver cómo salía por la puerta para detenerse justo cuando Uno regresaba, seguido por una familia de turistas franceses. Uno saludó educadamente con un gran movimiento de cabeza y se instaló en su asiento sin mirarnos siquiera. Varios minutos después reapareció el chófer, con expresión intrigada. Tenía la esperanza de que informara a su jefe de que el guardaespaldas los había traicionado y había dejado el tren en Nagoya. El problema consistía en que en este país, por lo visto, no eran muy frecuentes las traiciones.

Había oscurecido cuando llegamos a Kioto. Hodaka y yo bajamos del tren después que lo hizo Uno, pues atravesamos antes varios coches a fin de bajar a tierra lo más lejos posible de Okakura y su hombre. Cuando llegamos al andén, Okakura ya llegaba a las escaleras de salida en compañía de su chófer y de un hombre con una túnica de color rojizo.

—¡Ajá! ¡Un monje! —exclamó Hodaka—. En Kioto dicen: «Tira

una piedra y tendrás una probabilidad entre dos de darle a un estudiante o a un monje».

Los seguimos a los tres escaleras abajo hasta la salida, donde el monje acomodó a Okakura y a su acompañante en un Mercedes que esperaba con su chófer al volante. Uno y yo los vimos ponerse en marcha mientras Hodaka iba en busca de un taxi. El taxista ya había recibido instrucciones cuando subimos, pero se sorprendió al ver un norteamericano en el grupo. A mi manera, también yo me sentía sorprendido. ¿Por qué se prestaban a ayudarme, siendo como lo era un extranjero que trabajaba para una corporación extranjera? La situación no concordaba con la imagen de kamikazes ciegamente leales que tenía de los japoneses.

Kioto resultó ser una ciudad relativamente pequeña, y casi inmediatamente nos encontramos fuera de la densa zona del centro, siguiendo al Mercedes por angostas y pintorescas callejuelas bordeadas de antiguos edificios de madera con patios ajardinados, una imagen del Japón de antaño. Hodaka tuvo que advertirle repetidamente al taxista que no se acercara demasiado, pero con las múltiples vueltas y revueltas, varias veces estuvimos a punto de situarnos al lado mismo del otro coche. Sus ocupantes, sin embargo, no parecieron darse cuenta de nuestra persecución y continuaron hacia una parte más montuosa de la ciudad, después de cruzar un canal iluminado con farolillos en cuyas aguas flotaban pétalos de flor de cerezo. En plena ascensión, el Mercedes viró por el pórtico de lo que, a la luz de la luna, parecía una especie de templo o santuario.

—Hjunnnh —exclamó una vez más Hodaka, como solía hacer en los momentos de preocupación. Golpeó ligeramente el hombro del taxista, indicándole que se detuviera—. Han entrado en Daitoku ji —me explicó—. Un santuario nacional de la secta Soto Zen.

—¿Zen? —repetí, interesado por la mágica palabra que había suscitado mi curiosidad desde que era un joven *beatnik*.

—¡Bah! —Hodaka pareció disgustarse—. Todos los norteamericanos quieren ser budistas Zen. Se creen que es un pasatiempo.

Pagué al conductor y salimos del taxi a un par de calles del santuario. Aun en plena oscuridad me di cuenta de que era un amplio complejo, compuesto por un par de docenas de edificios que

se esparcían desde la puerta principal del templo.

Nos acercamos a pie y cruzamos la puerta principal. Hodaka manifestó su extrañeza por encontrarla abierta a esa hora de la noche. Verdaderamente, parecía raro, aunque las grandes puertas de madera que daban entrada al complejo estuvieran abiertas de par en par, la mayor parte de los edificios permanecían a oscuras. Me fijé en los indicadores, uno de los cuales señalaba hacia el *honbo*, la residencia del abad, y otro al *butsuden* o sala principal, en la que se conservaba, decía, una imagen histórica del mismísimo Buda Sakyamuni. A mi derecha se alzaba un almacén de escrituras, y más allá un campanario. Todo ello poseía la estética sencilla, casi severa, de una disciplinada tranquilidad.

Oí el retumbar solemne de un gong y, en seguida, el ruido de pisadas sobre la grava. La hora de la meditación, pensé, intentando seguir la dirección de unas siluetas fugaces que vi moverse en la noche, pero desaparecieron en la oscuridad de un bosquecillo de bambús.

Seguimos adelante por un sendero con fanales de piedra, pasando ante diversos templos y jardines. A nuestra izquierda una casita para la ceremonia del té. La luna llena arrojaba un rayo de luz difusa a través de una elevada ventana que había sobre el pequeño fogón de piedra situado en el centro de la casa. De pronto oí una estruendosa carcajada, y otra a continuación, casi tan sonoras como el trueno. Hodaka, Uno y yo nos volvimos y descubrimos la brillante iluminación que salía de uno de los templos. Frente al mismo había aparcada una furgoneta y un par de automóviles. Nos dirigimos hacia allí, viendo aumentar la intensidad de la luz a medida que nos acercábamos. Se oía el ruido de palmadas y más risas, la misma carcajada aguda y atronadora. A un costado de la camioneta se destacaban unas letras en inglés. Las más grandes decían BBC. Por la estrecha puerta del templo alcancé a distinguir un occidental que sostenía una cámara de vídeo. Sonreí. Era como una repetición de la visita a tía Sonya. De nuevo llegaba en mitad de una filmación.

Atravesamos la puerta y vimos a un equipo de reporteros británicos agrupados en torno a un monje sentado sobre una estera de paja, dedicado a la preparación de té. Era un individuo grande, para las normas japonesas, con espesas cejas y una frente alta y

arrugada que retrocedía casi interminablemente hasta un cráneo ancho y afeitado como el de Erich von Stroheim. Cuando advirtió nuestra llegada levantó la vista, señalándonos y sonriendo. Inmediatamente comprendí de dónde habían salido aquellas carcajadas.

—Ah —exclamó—, otro inglés y algunos de mis compatriotas. Bienvenidos..., pasen a tomar té con nosotros. *Cha no yu*, la gran ceremonia japonesa del té. El Zen y el té están muy relacionados. Ciertamente, Sen no Rikyu, el padre de la ceremonia del té, la realizó en esta misma habitación en honor de Hideyoshi, el famoso general y dictador del Japón. Apuesto a que no lo sabían, ¿o sí?

Miraba directamente hacia mí.

—No, no lo sabía —respondí.

—¡Vaya! ¡Un norteamericano! ¡Usted es americano! —Se echó a reír desenfrenadamente—. Escuche esto, americano: «Destella el relámpago, /llueven las chispas. /Un parpadeo de tus ojos /y te has perdido la visión». Esto es sabiduría Zen, ¿eh?

—Lo parece, sí.

—¿Lo parece? Yo sé lo que me digo, ¿o no? Soy el *roshi* Kokaju, abad de Daisen in, tema de un documental para la televisión británica. —Apuntó con su cabeza al equipo de filmación y luego la pared de la tienda de recuerdos en la puerta de al lado, donde pude ver varios carteles en venta con fotos ampliadas del abad enfrascado en las más variadas actividades, desde rastrillar los guijarros del jardín hasta participar en una entrevista televisada ante un público de varios centenares de personas—. Como verá, los modernos medios de comunicación no me son extraños. Ahora he decidido participar en las elecciones a nuestro Parlamento, lo que llamamos la Dieta. Así que podríamos decir que sigo una dieta política: una parte de mentira, dos partes de codicia y tres partes de corrupción. —Sonrió de nuevo, obviamente satisfecho consigo mismo—. Pero, siéntense, siéntense. Tome un poco de té, americano. Y también ustedes, amigos del americano. Puede ser que aparezcan todos en la televisión de Londres.

Tomé asiento con cuidado, apoyándome contra una columna de madera al fondo de la pequeña habitación. El director hizo una señal al cámara, quien manipuló el *zoom* para obtener un primer plano.

—*Roshi*, quisiera hacerle una última pregunta, algo que nos cuesta comprender a los liberales de mentalidad racionalista de las islas británicas. Usted nos habla constantemente de cuestiones espirituales, de la iluminación, del *satori*, pero no es ningún secreto que usted posee una fortuna personal más que considerable, con extensas posesiones en Kobe y Osaka y una participación mayoritaria en una de las nuevas corporaciones electrónicas más competitivas del Japón, Matsuda. ¿Cómo reconcilia usted estos dos extremos?

—¿Qué habría de reconciliar? —respondió el *roshi*, sonriendo y volviendo sus palmas hacia arriba—. ¿Acaso el éxito en las cuestiones espirituales exige como requisito previo el fracaso en los asuntos mundanos? Pregúntenselo a cualquier Papa del Vaticano. Además, como todos sabemos, las posesiones materiales no tienen existencia real. Como dijo Doiku al patriarca Bodhidharma, «la nada —refiriéndose al espíritu— es la realidad». Así, por ejemplo, si yo fuera el propietario de un automóvil Cadillac, en realidad no sería mío. ¡Tan sólo pasaría a través de mí! —Se echó a reír de nuevo, saltando y moviéndose con extraordinaria energía—. ¡Ja, ja! Muy bueno, ¿no? El Este Misterioso se encuentra con el Oeste Misterioso. Así podría titularse la película. No..., el Este Misterioso se encuentra con el Salvaje Oeste. El *cowboy* Zen. ¡Bang, bang! —Me apuntó con un revólver imaginario, y luego se volvió hacia el director del equipo—. Podemos dar la sesión por terminada, ¿no? Incluso un maestro Zen necesita dormir. ¡*Ciao, bambini!*

Los británicos emitieron una serie de corteses agradecimientos y empezaron a recoger su equipo, que en su mayor parte ya estaba embalado para el viaje.

El *roshi* se volvió hacia mí.

—Bien, bien, amigo americano. Se quedará usted aquí, sin duda. Tiene un interés especial por los estudios budistas, y quizá incluso querría avanzar a un plano espiritual superior.

—Me interesaría alcanzar la iluminación, si se refiere a eso.

—Naturalmente, naturalmente. Y le aseguro que la alcanzará rápidamente. —Dio una palmada y otro monje se materializó de la nada para retirar los utensilios del té—. No piense en marcharse. Como está escrito, «si el búfalo corre, se caerá en el foso».

Los ingleses terminaron de preparar sus bolsas y pronunciaron

los últimos adioses, mientras el abad se inclinaba ante ellos con la misma profusa devoción que solía mostrar Uno. Me pregunté si también sería un experto en artes marciales. A pesar de la panza que se apoyaba cómodamente en su cinturón de cuerda, tenía mis sospechas.

—Bueno, bueno. Mi amigo americano. Dígame, ¿hay alguna cuestión que le gustaría exponer ante nosotros? —Volvió a sentarse en la postura del loto tras la baja mesita, indicándonos a los tres que hiciéramos lo mismo. Oí a mis espaldas un motor que se ponía en marcha y el ruido de la furgoneta sobre el camino de grava. Sin los focos de las cámaras, la iluminación había quedado reducida a un par de velas y un pequeño fanal con una bombilla en el pasillo abierto que conducía a otro jardín de guijarros.

—Es acerca del pez globo —comencé.

—Ah, el pez globo. Interesante animal. Lamentablemente, nosotros los monjes carecemos de experiencia con respecto a él, pues, como seguramente sabrá, somos vegetarianos.

—No me refiero a un pez globo corriente, *roshi*, sino más bien a un pez globo electrónico.

Nuevamente oí ruidos a mis espaldas. Esta vez, el de una puerta que se cerraba y el de una cerradura al correrse. A mi lado, los ojos de Uno parpadearon y Hodaka se puso en tensión.

—Un pez globo electrónico. No estoy seguro de comprender de qué me habla. Aunque es cierto que en algunos restaurantes he visto a este animal con una bombilla en su interior.

—Me parece un punto de vista bastante primitivo para el principal accionista de la Matsuda Electronics Corporation.

—Únicamente les presto mi guía. —Inclinó la cabeza—. Sólo soy un humilde monje, un siervo de Sakyamuni.

—Es curioso. Yo creía que controlaba usted personalmente las múltiples facetas del negocio. Su representante, el señor Okakura, me dio a entender que usted tenía la capacidad de verlo todo, desde los pasillos del Imperial Hotel hasta los más oscuros recovecos de la vida japonesa.

—¿El señor Okakura? —El abad alzó la cabeza y fijó su vista en mí—. Sería mejor que se lo preguntara a él directamente. —Se volvió hacia el jardín, en el que, de pronto, se había materializado Okakura con una docena de monjes. Aun en la penumbra, pude

distinguir que varios de ellos llevaban armas al cinto, porras y sables cortos, como los modernos servidores de un shogun teocrático—. Ya lo ve, americano —continuó el *roshi*, con una voz de la que había desaparecido todo rastro de jovialidad—. Ha dejado escapar su oportunidad. «Si encuentras a un maestro Zen en el camino, /no te enfrentes a él con palabras ni con silencio. /Dale un buen puñetazo/y dirán de ti que has comprendido el Zen». Ahora ya es demasiado tarde.

Hizo un leve movimiento de cabeza en dirección a Okakura, quien gritó algunas órdenes a los monjes. Éstos empuñaron sus armas y comenzaron a avanzar hacia nosotros. Teniendo en cuenta las probabilidades, me pareció que Uno y yo saldríamos malparados, aunque fuese el campeón de aikido de un centenar de prefecturas. Y a juzgar por los temblores de Hodaka, no creía que nos fuera más útil que un cocker spaniel contra una violación en masa.

Los monjes seguían acercándose. Me volví a examinar el muro que había detrás de nosotros. A fin de evitar intrusiones, en la parte superior de la pared habían adherido con cemento pedazos de vidrio roto, de una forma muy poco espiritual. A mi derecha hizo su aparición otro trío de monjes, también con porras. Éstos usaban unas capuchas que les ocultaban los rostros, dándoles un aspecto más medieval que japonés. No sabía qué pretendían de nosotros, pero no creía que fueran a invitarnos a jugar al criquet. Se trataba de una de aquellas ocasiones en que me maldecía a mí mismo por no haber terminado la carrera de abogado y buscado un empleo en una entidad de créditos y ahorros en San Bernardino. Miré rápidamente a Hodaka, que parecía al borde del desmayo, cuando de pronto sonó un ruido de disparos, una ráfaga prolongada como la de un rifle automático o un AK 47. Me eché al suelo despidiéndome de la vida, pero entonces vi las figuras de varios monjes de Okakura desplomándose sobre el suelo del jardín. No nos disparaban a nosotros. Estaban disparándoles a ellos.

Intercambié unas miradas con Hodaka y Uno, y los tres empezamos a arrastrarnos hacia atrás. Vi caer a Okakura y al mismo *roshi*, que recibió las balas en la espalda y se derrumbó hacia adelante casi a cámara lenta, como un campesino moribundo en una película de Kurosawa. Con la boca abierta por el asombro y el

dolor, lanzó un grito y cayó derribado sobre la grava en un charco de sangre, convirtiendo los perfectos círculos concéntricos de su jardín en el desorden aleatorio de la caja de arena de un niño. Luego vi a uno de los monjes encapuchados golpeando un costado del templo, un acto extrañamente sacrílego que, en cierto modo, me pareció secularmente viejo. Al mismo tiempo, otro de ellos se volvió en nuestra dirección. Uno le dio unos golpecitos en el hombro, y echamos a correr hacia la puerta principal, donde, por lo menos, no había vidrios rotos que entorpecieran nuestra huida. Mientras corría arrastraba conmigo al aterrorizado Hodaka y llegué a la puerta en el momento en que una serie de balas arrancaba astillas a la madera justo enfrente de nosotros. Uno, utilizando su hombro como un ariete, nos abrió el camino, y yo salté agazapado detrás de él mientras otra ráfaga perforaba el aire sobre mi cabeza. Hodaka cayó al quedar su pierna atrapada entre los maderos rotos. Lo cogí del brazo y tiré de él mientras uno de los monjes corría hacia nosotros, empuñando el arma. La estaba levantando cuando metí la mano en mi chaqueta, extraje la pistola y le pegué un tiro en el cuello. Al caer echó la cabeza hacia atrás, por lo que la capucha cayó y pude verle el rostro.

Era de raza caucásica.

Sin detenerme ni un segundo a analizar este descubrimiento, tiré de un brazo de Hodaka mientras Uno tiraba del otro, casi arrancándoselos de cuajo, y, medio arrastrándolo, medio cargándolo, nos zambullimos en la noche, esfumándonos en la misteriosa oscuridad del bosquecillo de bambús.

12

LOS APARTAMENTOS de estudiantes son iguales en todas partes del mundo: paredes cubiertas de libros encuadernados en rústica, apretados en estantes suavemente combados; pilas de discos viejos, de Vivaldi a los Beatles; reproducciones de obras de arte (posiblemente de Magritte, o de un pop art pasado de moda) y algún que otro elemento de contenido político para dar fe de un cierto compromiso con el bienestar de la humanidad. El apartamento de Shinjuku en que me hallaba esa noche poseía todos los ingredientes mencionados, más una colección de carteles de películas policíacas —copias, según me pareció— de los años treinta y cuarenta. Asimismo, en el centro de la mesa del comedor, había un modelo en *papier mâché* del mismísimo Halcón Maltés, rodeado por unas dos docenas de bebidas importadas que allí, en el país situado al oriente del sol, debían haber costado una bonita cantidad.

Los miembros de la Sociedad del Halcón Maltés —una colección no muy presentable de escritores, traductores, profesores, críticos y aficionados a la novela negra (muchos de los cuales vestían la camiseta de la sociedad, con una reproducción de Bogie en el papel de Sam Spade)— se agrupaban en torno a mí como si yo no fuese una persona real, sino la encarnación de un personaje de ficción extraído de las peligrosas calles de Los Ángeles, con el imprescindible Lucky Strike en la comisura de los labios y una rubia de aspecto vulgar colgada del brazo. Para seguirles la corriente e insensibilizarme yo un poco, consumí tanto *bourbon* Wild Turkey

como me resultó humanamente posible, y a los pocos minutos ya había comenzado a arrastrar las palabras imitando más que pasablemente a un detective privado de duodécima categoría en pleno derrapaje.

Lo que en realidad sentía era alivio por seguir con vida. Nos habíamos pasado varias horas escondidos debajo de una casa de té mientras los monjes encapuchados —que resultaron ser seis— se afanaban buscándonos en el bosquecillo de bambús, en los alrededores del templo y de nuevo en su interior. Cuando pude dedicarles una segunda mirada confirmé que eran caucásicos, sí, pero cuando les oí hablar entre ellos supe que no eran caucásicos de Cincinnati, ni siquiera de Filadelfia, sino caucásicos de algún lugar más cercano al propio Cáucaso, en el corazón de la Madre Rusia. Finalmente desaparecieron y fueron sustituidos por la policía local, que, habiendo recibido informes tardíos acerca de un tiroteo en las proximidades del templo Daitoku ji, se presentaron en la escena alrededor de medianoche. Cuando descubrieron la carnicería en el Daisen in, concentraron su atención en aquella zona, lo cual nos permitió escabullimos sin ser vistos y regresar a Tokio a la mañana siguiente, donde Hodaka me tradujo el desconcertado reportaje del suceso que publicaba el *Mainichi Daily News*.

Al parecer, el monje fallecido —*roshi* Kokaju— estaba siendo investigado por la policía japonesa y por el propio MITI, a causa de lo que eufemísticamente denominaban «fraude comercial internacional». (Esto explicaba las pretensiones de Okakura de trabajar para el MITI). Asimismo, los libros de Matsuda Electronics y los de su pequeña pero pujante filial, Ordenadores Crisantemo, se hallaban en manos de los tribunales. Leyendo entre líneas, Hodaka me explicó que el artículo en cuestión daba a entender que el buen maestro Zen ya tenía un pie en la trena cuando los encapuchados se lo cargaron. El problema consistía en saber si los encapuchados «caucásicos» estaban allí simplemente para ejecutar a un socio comercial que ya no era digno de confianza o si andaban buscando algo para su propio país. Yo más bien sospechaba lo segundo. Y si lo habían encontrado —y si ese algo era Pez Globo—, también sospechaba que el juego había terminado.

—Señor Wine. —Un hombre con una tenue barba interrumpió mis pensamientos—. ¿Qué preparación considera usted necesaria

para la práctica de su oficio?

—No lo sé. Aún no he llegado a averiguarlo.

—Señor Wine —me preguntó Hodaka, traduciendo las palabras de un hombre delgado con gafas de montura de concha—, ¿qué opina de los detectives que se dedican a casos de divorcio?

—Lo mismo que opino de los terapeutas que se dedican a casos de divorcio. Gajes del oficio. —Le di otro tiento a la botella de Wild Turkey. Todo el mundo sonrió educadamente.

—¡Señor Wine! —Un traductor agitó su pipa hacia mí, hablándome en inglés. Era un hombre corpulento, con papada, vestido con el tradicional kimono, al que su corte de pelo y la tristeza de sus ojos le daban el aire demasiado familiar de aquellas personas que, tras haber superado los sesenta años, todavía luchan por encontrarse a sí mismas—. ¿Qué diferencia diría usted que hay entre trabajar para una corporación y trabajar para uno mismo?

—No hay una verdadera diferencia —respondí—. Yo nunca trabajo para mí mismo. Siempre trabajo para un cliente. En este caso, un cliente grande y gordo, con accionistas, ejecutivos, ingenieros y equipos de mantenimiento.

—¿Y a usted le da igual?

—Bueno, ya sabe qué dijo Dylan: «Siempre tienes que servir a alguien». —Me lo estaba tomando muy a la ligera y no me gustaba lo que decía, pero de todas formas empezaba a estar borracho y mi ánimo no era muy bueno, conque, ¡qué diablos!—. Mire —continué—, se puede joder un caso trabaje uno para quien trabaje, y a veces las cosas se salen de madre. Mientras era un detective barato, todo iba bien porque nadie se enteraba de lo que hacía y, de todos modos, a nadie le importaba un cuerno, pero como director de seguridad de Tulip soy un desastre. El primer robo serio desde que estoy allí me tiene completamente desconcertado, y no reúno ni una décima parte de los recursos que me harían falta para resolverlo. Soy un desastre total.

Una vez que Hodaka hubo traducido mi discurso, se produjo un largo y embarazoso silencio entre los miembros de la sociedad. La confesión pública no es un pasatiempo demasiado apreciado en el Japón. De hecho, está claro que son capaces de hacer cualquier cosa para evitarla. Es posible que tecnológicamente nos estén superando a marchas forzadas, pero con respecto al análisis personal, van unos

trescientos años por detrás. Tal vez saben algo que nosotros ignoramos.

—Quizá nosotros podríamos ayudarle —propuso una mujer desde el fondo, aclarándose la voz al hablar. Era Fumiko—. Ya sabe que aquí en el Japón nos preocupamos mucho por el bienestar del grupo.

—Sí, eso he oído. Bien... —Tomé otro sorbo de *bourbon*, esta vez advirtiendo miradas de desaprobación entre los miembros, en vez de la divertida condescendencia que al principio habían mostrado ante el comportamiento de un «típico» detective norteamericano—. Ah, lo que tendríamos que hacer es localizar a un ruso. Pero este ruso en particular es mucho más hábil que cualquiera de nosotros en las cosas de su oficio, lo que llaman espionaje. Y no tengo la menor idea de dónde se encuentra, ni siquiera si todavía está en Japón. —Hice una pausa a fin de dar tiempo a Hodaka para que lo tradujera—. De hecho, sólo se me ocurre una forma de encontrarlo, y es bastante ridícula: le gusta el *jazz*, colecciona discos de *jazz* americano... Ya sé que actualmente hay más aficionados al *jazz*, y más grabaciones, en el Japón que en los Estados Unidos. —Me detuve de nuevo. Los miembros de la sociedad escuchaban atentamente, como una clase llena de alumnos buenos y aplicados—. Es un tiro al azar, pero en San Francisco le vi comprar unos discos de *jazz*, y es posible que también haya comprado algunos aquí. Supongo que este grupo, teniendo en cuenta sus intereses, debe de conocer todas las tiendas de *jazz* de Tokio, o las más importantes al menos, y podrían peinarlas en un tiempo relativamente corto.

—Ah, peinar —repitió Hodaka, animándose—. ¡Peinar el barrio!

—Exacto. Pero no es el barrio lo que hay que peinar, sino todas las tiendas de discos, por si un ruso llamado Viktor Maximov —o cualquier ruso, para el caso es lo mismo— ha estado en alguna de ellas, y por si es posible averiguar algo de su paradero actual. ¿Savvy?

—¿Savvy? —Hodaka estaba perplejo.

—Savvy. Significa «¿entendido?» en el habla Tex Mex. Viene del español sabe usted.

Hodaka asintió, tomando nota de la expresión. Enseguida, los miembros de la sociedad rompieron a hablar animadamente entre

ellos, casi excitadamente. Uno de los asistentes extrajo un mapa y comenzó a trazar marcas con un Magic Marker, asignando una misión a cada uno. Varios miembros se pusieron en pie y fueron a por sus abrigos. Hodaka se acercó a mí.

—Hemos decidido suspender la sesión temprano. Muchas de las tiendas de discos todavía están abiertas, y si queremos ayudarlo a completar su tarea, hemos de hacerlo ahora, antes de que el ruso se vaya del país. Además, esto nos dará una oportunidad de experimentar directamente el trabajo de un detective.

Acto seguido, los cuarenta y tantos miembros se levantaron, se despidieron de mí y partieron; me dejaron con Hodaka y Uno en el pisito de los señores Isamu Nakashima, un matrimonio de escritores que elaboraba conjuntamente novelas sobre los casos del departamento de policía de Osaka.

Nos sentamos todos en torno a una mesa y nos pusimos a charlar un rato, mientras comíamos pegajosos dulces de arroz y bebíamos té verde. Poco más de media hora más tarde sonó el teléfono. Hodaka atendió la llamada, habló brevemente y se volvió hacia mí.

—El Centro Musical Shimura, en Roppongi. Ayer por la mañana un ruso compró una reedición de las grabaciones completas de Eric Dolphy más *Thelonious Monk Live at Five Spot*.

—Buen disco —observé—. Vamos allá.

—También buscaba la versión original de *Cookin' at the Continental* por Horace Sil ver. Dejó un número de teléfono.

—Todavía mejor.

A los veinte minutos nos encontrábamos en Roppongi, camino del Centro Musical Shimura. Era una zona elegante de la ciudad, y en las calles se veían algunos extranjeros, además de numerosos jóvenes japoneses vestidos a la moda, las chicas con chaquetas amplias moteadas de gris y los chicos con estrechas corbatas negras y pantalones de cuero negro, al estilo neopunk.

El traductor de la pipa nos esperaba a la puerta de la tienda. Con su raído kimono se le veía bastante fuera de lugar entre toda la *jeunesse dorée* local.

—Gracias por su ayuda —le dije—. Es usted un hombre brillante.

—Espero no ser lacayo del imperialismo estadounidense.

—No se preocupe. ¿Ha conseguido el número de teléfono?

Meneó la cabeza.

—Son muy suspicaces.

—¿Quién es el dependiente? —pregunté. El traductor me lo señaló—. Espere fuera —le pedí, y le indiqué a Hodaka que me siguiera al interior de la tienda.

Miré unos cuantos discos, mientras le tomaba las medidas al vendedor, y en seguida me fui derecho hacia él.

—Horace Silver —comencé, fingiendo un acento ruso que no habría resultado admisible ni en una representación de *Anastasia* en un teatro de pueblo.

—Ah, Horace Silver, bueno, bueno, *bebop* duro —replicó. Supuse que ése era todo el alcance de su inglés. Sacó un disco del estante y me lo mostró.

—Ése ya lo teno —protesté.

—¿Teno? —El vendedor me miró, absolutamente perplejo.

—Dígale que éste ya lo tengo —le susurré a Hodaka—. Dígale que en Moscú los tengo todos. El único que me falta es *Cookin at the Continental*.

Hodaka me miró asombrado un instante, se volvió y transmitió mi mensaje al vendedor. Luego me tradujo la respuesta de éste.

—Dice que *Cookin at the Continental* debe de ser muy difícil de encontrar en Rusia.

—Pregúntele por qué.

Otro intercambio de frases en japonés.

—Dice que el otro día vino un ruso buscando el mismo disco.

Emití un ruido sofocado y fingí que me asaltaba una tremenda excitación.

—¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? —pregunté, asiendo al dependiente por la manga—. ¿Se llamaba Viktor?

—¡Viktor! ¡Viktor! —el vendedor asintió con vehemencia, contagiado de mi entusiasmo.

—¿Dónde está? —Le aferré el brazo con más fuerza, pero no me comprendió—. Pregúntele dónde está. ¡Dígale que es mi primo!

Hodaka hizo girar los ojos y, en seguida, le tradujo mi petición al empleado.

—¡Primo! ¡Primo! —repetía yo.

—*Hai, hai...*, primo —dijo el vendedor. Empezaba a reconocer la palabra, pero no parecía dispuesto a hacer nada al respecto.

Sin hacer caso, di un salto de alegría, girando en pleno aire y gritando sin parar:

—¡Mi primo! ¡Mi primo!

Luego, apreté los puños, me acuclillé en el suelo y, con las manos en las caderas, empecé a bailar el kazatski, lanzando mis piernas vigorosamente hacia adelante mientras cantaba a voz en grito una versión imaginaria de «Medianoche en Moscú», inventándome una letra en ruso fingido al estilo de Peter Ustinov. Naturalmente, todos los clientes del establecimiento me contemplaban con estupefacción. Yo me limité a acelerar el ritmo, apoyándome en las manos para realizar una serie de giros vertiginosos que vagamente recordaba haber visto en una proyección de *Alexander Nevski* en la sociedad de cinéfilos de la universidad. Los reservados japoneses se sentían mortificados —decididamente aquél no era su estilo—, sobre todo el vendedor, quien, ruborizado y sintiéndose responsable de tan poco apropiada exhibición pública, se precipitó inmediatamente detrás del mostrador, casi derribando un expositor de discos de Seiko Matsuda, en busca de una hojita de papel pegada con cinta adhesiva a un lado de la caja registradora.

Treinta segundos después salía yo del establecimiento aferrando el número de teléfono de Maximov y sonriéndole a Hodaka, que rezongaba para sí porque mi técnica no le había parecido lo bastante «dura» como para encajar en su imagen literaria de la conducta más apropiada para un detective. Quizá habría preferido que golpeará al vendedor hasta convertirlo en una pulpa sangrienta. Personalmente, yo ya había tenido suficiente violencia, aquí en el pacífico Japón, como para estar saturado durante los próximos treinta años.

Di nuevamente las gracias al traductor de ojos tristes y me despedí de él para dirigirme a la estación de metro de Roppongi en compañía de Hodaka y de Uno antes de mirar siquiera al número de Maximov. La imagen de Laura/Yasuko se había presentado en mi mente, y no dejaba de preguntarme de dónde procedería su profunda cólera. Finalmente, me detuve ante un teléfono rojo situado a la entrada de la estación y ya iba a darle el número a Hodaka cuando me di cuenta de que lo había visto antes. Lo comprobé consultando el número que figuraba impreso en mi caja

de cerillas, sólo para asegurarme. Tenía razón. Era la centralita del Imperial Hotel.

Parado ante la entrada norte del hotel, junto a un anexo de cinco pisos para comercios que parecían destinados a atender las necesidades de jeques petrolíferos de visita en Japón, reflexioné brevemente sobre mi situación. Era obvio que me enfrentaba a un hombre que me superaba en prácticamente todos los aspectos de una profesión que yo estaba desempeñando más que nada por casualidad.

No cabía duda de que había seguido todos mis movimientos, hasta el extremo de alojarse en el mismo hotel que yo había elegido por capricho de entre los que figuraban en una guía turística de la compañía aérea. Y ahora Pez Globo, fuera lo que fuese, se hallaba en su poder, probablemente ya en manos de algún instituto en Novosibirsk donde estarían esforzándose por descodificar sus insondables complicaciones técnicas.

Y, sin embargo, había algo que no terminaba de encajar. En cierto modo, me había resultado todo demasiado fácil: la muerte de Rigrod, la persecución de Laura, el hombre del telón negro, la inteligencia artificial, Pez Globo, Cassiopea. Sí, Cassiopea, ahí estaba lo extraño. Unos pequeños «blips» de mi ordenador casero que me habían traído hasta Tokio a través de una serie de pistas aparentemente crípticas, pero nunca demasiado crípticas, ciertamente nunca opacas. Me llegó una ráfaga de viento helado desde el parque Hibiya y, de pronto, sentí otro frío que nacía de mí. Contemplé a mis aliados, el dulce Hodaka y el fiel Uno, y supe que a partir de entonces ya no podrían serme útiles. No se trataba ya de problemas de traducción, ni de unos veloces golpes de artes marciales. De ahí en adelante, la guerra debería ganarse con la mente, y no pude por menos que preguntarme si, en este mundo de sincronidad e impulsos electrónicos, estaría a la altura necesaria. En realidad, dudaba que cualquier persona, actuando en solitario, pudiera estar a la altura jamás.

En contra de sus mejores deseos y sus vehementes protestas, mandé a Hodaka y Uno a sus casas. Luego entré en el gran vestíbulo del hotel y tomé un teléfono interior, con la vista perdida hacia el

inmenso salón de cócteles en el que individuos blancos y amarillos, vestidos con prendas carísimas, se sentaban frente a frente para intercambiar cumplidos y cerrar tratos astronómicos.

—Con la habitación de Viktor Maximov, por favor.

El operador me conectó. A los pocos segundos, oí una voz con acento ruso.

—Habla Maximov.

—Señor Maximov, soy Moses Wine. En estos momentos estoy en el vestíbulo, y me gustaría subir a hablar con usted. Creo que tenemos importantes cuestiones de que tratar.

Vaciló unos instantes.

—Habitación 1908 —respondió, finalmente. Sabía dónde encontrarla: estaba a cuatro puertas de la mía.

—Estaré allí dentro de dos minutos —dije, pero entonces me di cuenta de que ya había cortado la comunicación.

Sintiendo un ligero vértigo, como una ausencia de peso, comencé el largo recorrido a través del vestíbulo, un pasillo interminable y finalmente, una serie de escaleras hasta el ascensor. Por el camino, chicas uniformadas y con guantes blancos se inclinaban ante mí con una exagerada cortesía, como si el mero hecho de mi presencia en el hotel confiriese al establecimiento un honor de alcance inabarcable. Las ignoré, tratando de concentrarme. Cassiopea, pensaba sin cesar. Cassiopea en el firmamento, ¿quién eres?

El ascensor abrió sus puertas en el piso diecinueve y giré en una esquina que terminaba en un ventanal del suelo al techo desde el que se dominaba la mitad de Tokio, un muro de centelleante neón. La habitación 1908 estaba unas puertas más allá; me aproximé cautamente, no porque esperara ninguna violencia dentro del Imperial Hotel, sino porque no era conveniente olvidar la precaución. Era evidente que Maximov tenía un pequeño ejército a sus órdenes.

Llamé a la puerta y me abrió un joven rubio y fornido, que parecía salido del cambio de la guardia ante el mausoleo de Lenin. Se volvió hacia Maximov, que estaba sentado en una butaca verde de estilo imperio, de espaldas a la puerta, contemplando el espectáculo luminoso del Japón que se extendía a sus pies. Supuse que en Moscú no tendrían nada semejante. Por lo menos, sabía que

no lo tenían en San Francisco.

—Pase, señor Wine —me invitó, volviéndose en su asiento al mismo tiempo y haciéndole un gesto al joven que se retiró por otra puerta. Fue entonces cuando me di cuenta de que estábamos en una *suite*. El GRU sabía tratar bien a los suyos—. ¿Quiere beber algo? —Me señaló el bien provisto bar—. Tengo entendido que le gusta el *bourbon*..., así como lo que en su país denominan «sustancias ilegales».

Sonreí.

—Probablemente sabe usted más de mí que mi propia madre, Maximov.

—En lo que respecta a los detalles de la vida de alguien, la propia madre es la fuente menos segura a partir de los once años de edad.

—Es verdad —asentí, estudiando más de cerca a Maximov. Era un ruso más oriental de lo que yo recordaba, con pómulos prominentes y elevados y unos párpados abultados que le daban el aspecto de tener los ojos medio cerrados, como si estuviera permanentemente apuntando por la mira de un rifle, dejando al descubierto únicamente una pequeña porción de la córnea..., un espejo humano de esos que permiten ver desde el otro lado. Me volví para examinar el bar. Además de una abundante selección de licores de alta graduación, había también diversas clases de entremeses: una tabla de quesos, caviar, ostras y *sashimi*.

—Creo que probaré su bebida nacional —anuncié, eligiendo una botella de Stolichnaya y sirviéndome una generosa cantidad en un vaso con hielo—. También a mí me gustan los entremeses —comenté—. Aunque, desde luego, desconfiaría del *sashimi*. Con el pescado crudo nunca se sabe.

—Es verdad. Sin embargo, aquí en el Japón la incidencia de la salmonella y enfermedades similares es muy baja. Están sumamente adelantados en cuestiones de salud pública..., por tratarse de un país capitalista.

—Estoy de acuerdo. Supongo que, de hecho, no puede pasar nada..., siempre y cuando se abstenga uno del pez globo.

—Ah, sí, el pez globo es una cosa completamente distinta.

Tomé el vaso y lo alcé de manera casual en un brindis, dejando vagar la vista por la habitación. Como esperaba, todo parecía

proveniente del propio hotel a excepción de una docena más o menos de discos de *jazz* apilados sobre el televisor. Me acerqué a ellos y comencé a examinarlos.

—¿Le gustan Clifford Brown y Max Roach? —pregunté al ver uno de mis discos favoritos.

—Por supuesto. Un prodigio de la trompeta, lamentablemente ya fallecido, junto con el mejor batería que ha existido. Pero no perdamos el tiempo, señor Wine. Estoy seguro de que no ha venido aquí para hablar de *jazz*. Y no crea que por el hecho de que le conozco, que conozco su pasado en los movimientos pacifistas, de derechos civiles y demás, vaya a tenerle una simpatía especial. Son este tipo de norteamericanos los que menos confianza me merecen. En mi país serían disidentes. Nixon y Reagan estarían en el Politburó.

Le miré directamente a los ojos.

—Muy bien. Quiero hablarle de Pez Globo.

—Naturalmente.

—Imagino que está creándole algunos problemas.

—¿Eso cree? ¿Por qué?

—No creo que sea lo que ustedes esperaban.

—¿Y qué esperaba yo?

—No lo sé. Usted es ingeniero; yo, no.

—Entonces, ¿en qué basa sus afirmaciones?

—Es una corazonada.

—¿Una corazonada? —se echó a reír—. ¿Ahora debo escuchar las corazonadas de analfabetos en informática?

—De hecho, hasta me atrevería a decir que no tiene ni la menor idea de qué es Pez Globo. Por lo que a usted respecta, es basura.

Maximov me escuchaba con aire de aburrimiento..., o lo fingía.

—Termine su vodka, señor Wine, y váyase. He de tomar un avión y todavía no he terminado el equipaje.

—¿Significa eso que lo que le estoy diciendo no tiene sentido para usted?

El ruso se encogió de hombros y se acercó al armario. Lo abrió, poniendo al descubierto media docena de trajes bien cortados. El hombre no viajaba ligero de equipaje, precisamente.

—Entonces habré de suponer que sus laboratorios han logrado descifrar su contenido rápidamente.

—Se puede almacenar mucha información en un disco de 512 kilobytes, señor Wine.

—Sobre todo, si es falsa.

Se volvió hacia mí y me contempló con exasperación.

—¿Y si le dijera que ese disco es una impostura? ¿Que alguien lo falsificó para hacerme venir hasta aquí y para obligarle a usted a seguirme mientras escamoteaban el auténtico?

No contestó nada.

—Para empezar, ¿cómo oyó hablar de Pez Globo? ¿En conversaciones telefónicas interceptadas desde la terraza de su consulado en San Francisco? ¿O bien por medio de una pequeña bailarina del GRU, disfrazada de Miss Solidaridad Polaca en Silicon Valley? Vamos, Maximov, no necesita fingir conmigo. Supongo que a usted le molestará tanto presentarse en el Kremlin con el rabo entre las piernas como a mí regresar con las manos vacías a...

—¿Su corporación?

—A donde sea. Puedo demostrarle con certeza que el disco es falso..., es decir, si todavía tiene alguna copia.

—Nadie puede demostrarme eso, señor Wine.

—¿Ni siquiera Yasuko Tadao?

—Supongo que usted sabe dónde encontrarla.

—Exactamente. Desde ayer.

Maximov me estudió con sus ojos entrecerrados. Al cabo de un minuto se agachó frente al armario, abrió la cerradura de un maletín y extrajo un disco tipo Sony de tres pulgadas y media, que se guardó en el bolsillo interior de la americana, junto a la sobaquera. Luego se incorporó y miró hacia mí.

—Muy bien, señor Wine. Lléveme hasta Yasuko Tadao.

—Lo haré, Maximov. Pero todavía queda un detalle.

—¿De qué se trata?

Eché rápidamente el brazo hacia atrás y le solté un buen puñetazo directo a la mandíbula. Se tambaleó, y tuvo que sostenerse en el mueble bar.

—Ahora estamos en paz —le anuncié.

13

CREO que trataba de ocultarlo, pero aun así algo parecido a una buena sonrisa capitalista a la vieja usanza se insinuó en los labios de Maximov cuando llegamos al aparcamiento del Hotel del Amor Magnífico Magnífico. Habíamos llegado en otro Nissan President, con el guardia de Lenin al volante junto a otro guardaespaldas al que llamaban amistosamente Mitya. Maximov y yo íbamos en el asiento posterior, oteando a través de las ventanillas con cortinas como un par de *apparatchiks* rumbo a su dacha en el campo. Nos detuvimos a escasos metros de la pasarela y, antes de bajar, me volví hacia Maximov.

—Espero que no le moleste, pero me gustaría hablar unos minutos con ella antes de que entre usted. Aunque yo de usted no me preocuparía. Después de todo, el disco lo lleva usted. —Le di unos golpecitos sobre el bolsillo de la chaqueta.

—De momento, señor Wine, el espectáculo es suyo.

—Gracias, señor Maximov. —Abrí la portezuela—. Ah, otra cosa. Su información sobre Yasuko Tadao, ¿qué dice con respecto a su origen?

—Nacida en Yokohama el cuatro de junio de 1961. Estudió...

—No, no. Sus padres. ¿Dónde nacieron sus padres?

—Nagasaki.

—Lo suponía. Tenía que ser una de las dos. ¿Cuándo murieron?

A principios de los años sesenta, imagino.

—Así es.

—Gracias. Vamos allá.

Salimos del automóvil y subimos por la pasarela. Ante los ojos de todo el mundo, éramos un cuarteto de *gaijin* dispuestos a pasar una noche de juerga. La puerta de cristal se abrió ante nosotros y entramos en el vestíbulo. Cuando tía Akiko me vio, sufrió un sobresalto de pánico. Pasé la mirada de su desfigurado rostro al pasillo, ahora cerrado con una pesada puerta de acero.

—Yasuko —dije.

La anciana sacudió vigorosamente la cabeza, el más vehemente ademán de resuelta negativa que jamás hubiera visto en un japonés.

—¿Alguno de los suyos habla el idioma? —pregunté a Maximov.

Asintió, señalándome al heroico rubio.

—Que le diga que es muy importante que vea a Yasuko, que no sufrirá ningún daño.

Maximov me miró brevemente antes de hacer lo que le había pedido. Al cabo de un minuto, más o menos, me llegó la información después de dos traducciones.

—Dice que Yasuko está enferma. Cree que está muriéndose. No quiere ver a nadie.

—Seguramente hace años que Yasuko se preocupa por ello. Dígale que si no me deja verla destruiremos el lugar. Muéstrele algo de armamento.

—No necesito sus instrucciones —replicó secamente Maximov. Pero hizo lo que le decía, ordenando a su hombre que le tradujera algunas palabras a tía Akiko. Su expresión pasó del pánico al terror más absoluto, sus labios empezaron a temblar y su mano izquierda se agitó con una perlesía que no había observado antes. Tanteó bajo el mostrador y pulsó un botón que abrió la puerta de acero.

—Pónganse cómodos, muchachos. —Les indiqué el tablero con las fotografías de los cuartos y eché a andar por el pasillo hacia la *suite* del otro extremo.

Cuando llegué, la puerta estaba abierta de par en par y Yasuko me esperaba en la entrada, envuelta en un albornoz estampado en azul y blanco. Se la veía pálida y cansada. Su cabello estaba enmarañado y caía sobre sus hombros de una forma que parecía sugerir una locura como la de Medusa. Sus ojos estaban hundidos, tenía las órbitas oscuras y manchadas de maquillaje corrido. Su aspecto era el de una persona que hubiera tomado de golpe la dosis de barbitúricos de toda una semana y siguiera sin poder dormir. En

cierto modo, era previsible. En el curso de unos pocos días, su vida se había desmoronado y una venganza planeada durante diez o quince años había culminado en el olvido solitario de una traición.

—No sé cómo decirte esto, pero..., quizá un poco..., imagino cómo te sientes. Fui una vez a Alemania y me sentí incapaz de soportarlo. Tuve que irme cuando no habían transcurrido ni veinticuatro horas, a pesar de que sólo había perdido unos parientes lejanos que nunca llegué a conocer. Pero tú, todos estos años en Estados Unidos...

Esbozó un breve gesto de asentimiento, mientras entraba en la habitación. Una de las mantas de la cama estaba hecha una bola arrugada en el suelo de la salita, como si Yasuko se hubiese enroscado junto a ella, con el pulgar en la boca, en una postura de regresión fetal.

—¿Murieron los dos antes de que pudieras conocerlos?

Durante unos instantes no me respondió. Permaneció parada, mirando más allá de mí, con la boca ligeramente abierta y el labio inferior fruncido como el de un animal jadeante.

—No. Yo..., recuerdo a mi padre..., cuando tenía dos o tres años. Él tuvo suerte. Estaba dentro cuando...

Su voz se perdió.

—Cuando estalló —terminé por ella, vacilando antes de continuar y confirmar mis sospechas—. Así que ambos murieron de leucemia..., poco tiempo después de que tú nacieras..., quince años después del hecho.

—¡Maldito seas! No tengo por qué hablar de esto contigo. ¡Vosotros tirasteis la bomba en Nagasaki! ¡La guerra ya había terminado! —Se volvió de pronto contra mí, con un odio que no parecía tener límites. Carecía de sentido recordarle que yo apenas si había cumplido catorce meses cuando ocurrió aquello—. ¿No lo entiendes? —continuó—. ¡Es hereditaria! Yo también tengo leucemia. ¡Lo sé! Siempre la he tenido. ¡Está en mi sangre! ¡Nunca me libraré de ella! —Se aferró los brazos como si intentara arrancar de sus venas las células cancerosas, y luego se derrumbó sobre la cama, sollozando, con la cabeza entre las manos.

Me senté a su lado, esperando a que cedieran las lágrimas. Sabía lo suficiente acerca de la leucemia como para estar casi seguro de que Yasuko se mentía a sí misma, pero en el estado en que se

hallaba no creí que estuviera dispuesta a admitirlo, y menos viniendo de mi boca. Al cabo de un minuto dejó de llorar y comenzó a respirar con inspiraciones lentas y profundas, como quien respira de una bombona de aire. Finalmente, habló de nuevo.

—Cuando tenía unos doce años, alguien vino a verme a la escuela. Iba muy bien en los estudios, sobre todo en matemáticas y en ciencias, y me pidieron que realizara una misión especial para el Japón. Me hizo sentir muy importante..., como si estuviera haciendo algo por mis padres. Tía Akiko me dijo que debía hacerlo. Nunca volví a ver a aquel hombre. Nunca vi a ninguno de ellos. En realidad, durante años y años sólo recibí instrucciones esporádicas: haz esto, haz aquello. Nunca me pidieron nada específico, hasta...

—Hasta que te pidieron que robases Pez Globo.

Asintió.

—¿Se te ocurrió pensar alguna vez que quizá no estuvieras trabajando para el Japón, que quizá unos ciudadanos particulares te estaban explotando para su propio beneficio?

—¡Yo creí en tía Akiko! —Se volvió hacia mí, de nuevo furiosa, pero al momento desvió la mirada.

Y en quién había creído tía Akiko, me pregunté. ¿En un monje que le habló de la perdida gloria del Japón Imperial? ¿En un emisario de una empresa comercial en embrión que posteriormente se convertiría en Matsuda Electronics? No tenía importancia. Sólo hubo que poner el plan en marcha, y Laura/Yasuko fue abandonada al viento de Gardena, Encino y Pasadena.

—Ha de ser doblemente extraño para ti —comenté—, estar de vuelta en el Japón. Puede que nos odies, pero para hacer lo que hiciste no te quedó otro remedio que convertirte en norteamericana. —No me contestó—. Mira —proseguí, intentando parecer despreocupado—, no sé si todavía te interesará, pero Pez Globo está aquí.

Me miró, sorprendida, y sus ojos se iluminaron de nuevo en las oscuras cuencas.

—Lo he obtenido por medio de terceros. Supongo que ya lo has visto..., quiero decir, que has leído el disco.

Negó con la cabeza.

—Sólo podía leerse en un ordenador Bulb.

¿Sólo podía leerse en un ordenador Bulb? Esto me desconcertó.

Tal vez se trataba del auténtico Pez Globo y estaba a punto de revelar su contenido a un agente soviético.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunté.

—Cuando lo conseguí, todos los prototipos del Bulb estaban ocupados o bajo llave.

—¿Y no quisiste esperar?

Me miró casi irritada.

—Moses, yo creía que mi misión consistía en llevar el Pez Globo a Mita Kokusai tan pronto como pudiera. Por la gloria del Japón. ¿Cómo podía suponer...?

—Te engañaron desde el principio, y el hombre de la camisa negra y sus cómplices estaban esperando en el aeropuerto para robarte.

Asintió, fatigada.

—De todas formas, entonces no me pareció que nada de esto tuviera mucha importancia. No tenía por qué esperar para pasar el programa en Silicon Valley.

—¿Por qué no?

—Porque aquí tenía un prototipo del Bulb. Lo escamoteé tres meses antes, con la excusa de mandarlo a un fabricante de *software* de Inglaterra.

—¿Qué quieres decir? ¿Aquí?

—Aquí mismo. —Señaló hacia el suelo—. En el sótano.

Sonó un golpe en la puerta. Oh, mierda, pensé. ¡Maximov! Antes de que pudiera reaccionar, se había introducido en la habitación en compañía de sus esbirros.

—Viktor Maximov, Yasuko Tadao. La señorita Tadao se ha ofrecido a descifrarnos el contenido de Pez Globo. ¿Vamos?

Señalé la puerta. Yasuko me miró, perpleja, pero supuse que su curiosidad científica se impondría, y así fue. Al cabo de un minuto se levantó y nos condujo por el pasillo hasta una escalera en espiral que llevaba al sótano del buque estacionario. Akiko nos contempló al pasar, con las cicatrices atómicas de su cara de un color escarlata bajo la luz fluorescente.

Llegamos a una habitación del sótano y Yasuko abrió una pesada puerta de acero. Sobre las distintas mesas había varios ordenadores norteamericanos de reciente aparición, productos de la GTI, de Apple y de otras firmas. El Bulb, que tenía una mesa en un rincón

para él solo, parecía aún sin estrenar, casi alegre en su carcasa ovalada de agradable diseño, que, como yo sabía, era fruto de la insistencia de Witherspoon, contra los deseos de Wiz que la consideraba un detalle puramente comercial y cosmético.

Maximov tendió el disco a Yasuko, que se acomodó en una silla plegable de metal frente al ordenador, mientras los demás nos agrupábamos a sus espaldas. De pronto empecé a sentir una emoción que nunca antes había experimentado, una intensa sensación de patriotismo combinada con una extrema culpabilidad por haber contribuido a revelar secretos de Estado a un enemigo de mi país. Pero ¿cómo podía ser así? Tulip era una compañía de ordenadores personales, y sus investigaciones únicamente podían interesar a la competencia. Y, por lo que yo sabía, los rusos no tenían pensado dedicarse al negocio de los microordenadores de consumo. Ya tenían bastantes problemas para proporcionar frigoríficos a todos sus ciudadanos. Además, no podía ser de otro modo. Los ordenadores Bulb pronto saldrían a la venta para quien quisiera comprarlos. Sin mi intervención, tarde o temprano los rusos terminarían descifrando el código, si es que lo había, y entonces el Pez Globo sería sólo para ellos.

Así pues, contuve el aliento mientras Yasuko conectaba el ordenador, insertaba el disco en la ranura y lo cargaba en la memoria. Se oyó un breve chirrido y a continuación, en menos de un segundo, se formó el logotipo de Tulip en la pantalla, desarrollándose a partir de un bulbo hasta convertirse en una flor completa, en un brillante alarde de gráficos de alta resolución mucho más nítidos que el pavo real de la NBC. La imagen se mantuvo un par de segundos, hasta que sonó un «bip» y un mensaje la sustituyó en la pantalla:

Éste es un programa de acceso restringido.
Introduzca su clave, por favor.

Al instante, Yasuko escribió **Viuda Negra 375 XCT**. Eso les habría llevado algún tiempo a los rusos, pensé. Tras algunos chirridos más, apareció un nuevo mensaje:

Bienvenido a *Pez Globo*, un juego de inteligencia artificial escrito en lenguaje PROLOG. El objeto de este juego es conseguir el satori, o iluminación... ¿Le gustaría intentarlo? S / N

Yasuko pulsó la S. La respuesta llegó al instante:

Error. No se puede obtener la iluminación a fuerza de intentarlo. Intentarlo es mentir. ¿Le gustaría intentarlo de nuevo? S / N

Esta vez pulsó la N. La respuesta fue todavía más rápida:

Así es mejor. Usted comprende que intentarlo es una ilusión. Veamos ahora la historia de los dos monjes que llegaron a la orilla de un río...

—¡Es un jodido juego de ordenador! —estalló Maximov, recurriendo a su inglés más coloquial.

—Exacto —asentí—. Ya se lo había dicho. Hemos estado persiguiendo algo que no existía..., algunos de nosotros, desgraciadamente, durante más tiempo que otros. —Miré a Yasuko, pero tenía la vista fija en la pantalla, con una expresión de profunda desolación. Quise extender mi mano y tocarla, pero algo me dijo que si lo hacía su única respuesta sería encogerse y encerrarse aún más en ella misma. La lamentable verdad del asunto era que, dada su triste historia, se había convertido en la concha de un ser humano, en una muerta viviente. Y probablemente lo seguiría siendo durante el resto de sus días. No había mucho que yo, ni nadie, pudiera hacer para impedirlo.

—Miren —propuse—, ¿por qué no simplificamos las cosas? —Interrumpí el programa y volví a iniciar el sistema de discos; inmediatamente accioné el programa de copia y tomé un par de diskettes en blanco—. Hagamos una copia para cada uno. —Los demás permanecieron inmóviles mientras seguía adelante con mi idea, demasiado asombrados para protestar o para impedirlo. El Bulb era rápido trabajando, y en cuestión de segundos tuve hechas

las copias—. Aquí están —dije, ofreciéndole una a Yasuko, devolviendo el original a Maximov y guardándome la segunda copia—. Ahora estamos todos en igualdad de condiciones. Podemos hacer un concurso. A ver quién es el primero que logra la paz del espíritu. Pero han de darme una pequeña ventaja: ¡yo estaba en plena crisis de los cuarenta!

Sin añadir nada más, salí de la habitación.

14

CUANDO me dijeron que Sara estaba en relaciones con Wiz, no pude creerlo. Después de todo, yo había estado menos de una semana en el extranjero, y tenía la impresión de que Wiz estaba comprometido, en cierta medida al menos, con la desgarrada estudiante de biogenética de Stanford. Además, no tenía idea de que se conocieran.

Pero ver es creer. Cuando asistí con mi hijo menor, Simon, a la tan esperada presentación del ordenador Bulb, entre la muchedumbre de accionistas y reporteros congregados en el salón Padre Serra del hotel San José Hyatt, estaba Wiz, sobre el podio, sonriendo y saludando a sus admiradores con un aplomo que nunca había visto en él, sin soltar la mano de mi ex acompañante. No era de extrañar que se hubiese mostrado tan evasiva la noche anterior, cuando la telefoneé desde la sección de recogida de equipajes del aeropuerto de Los Ángeles.

Hasta Simón se sentía desconcertado. La había visto en una ocasión, durante un período en el que Sara y yo parecíamos llevarnos mejor, y daba por supuesto que todavía seguíamos juntos. De hecho, me había preguntado por ella cuando fui a buscarlo — nada más llegar de Maui, con su reciente bronceado— a la nueva finca de estilo mediterráneo que tenía su madre en Mullholland Drive, para llevármelo hacia el Norte a pasar un largo fin de semana. Aunque tampoco le preocupaba demasiado. Para entonces, al igual que la mayor parte de los niños californianos, ya se había formado un mecanismo de defensa contra las idas y venidas,

emparejamientos y desemparejamientos de la generación de sus padres. Era una cuestión de supervivencia, un paso más en la evolución de nuestra especie.

Aun así, le sorprendía, al igual que a mí, que Sara y Wiz se mostraran tan enamorados en la presentación del Bulb. El acontecimiento en sí había suscitado una expectación desproporcionada, debida tanto a la celebridad de Wiz como a la supuesta competencia a muerte con la GTI por el dominio del mercado de la siguiente generación de microordenadores, que constituían un buen material para los plumíferos de la prensa nacional y de las ya demasiado numerosas revistas de ordenadores. Se trataba del duelo en el O.K. Corral, la última barricada del empresario libre e independiente frente a la multinacional devoradora de hombres. La empresa libre estaba en el banquillo, y a los Estados Unidos les encantaba el espectáculo. Para verlo, se habían concentrado desde Bakersfield hasta North Beach..., o, por lo menos, desde el salón hasta el aparcamiento del Hyatt, donde habían instalado una enorme pantalla de vídeo, como en los conciertos de rock, para que todos aquellos que no habían podido acomodarse en el salón contemplaran el acontecimiento por un circuito cerrado de televisión.

En el escenario, a espaldas de Wiz, estaban sus asistentes insustituibles, sus Caballeros de la Tabla Redonda, las legiones de productores de *software* y *hardware* que habían acudido desde lugares tan próximos como Marín County y tan lejanos como Boston para prestar su apoyo a la magna empresa. Alineados en sillas de oficina ergonómicamente diseñadas, vestidos con tejanos y chaquetas de safari, constituían una nueva élite de los negocios, pulida en el filo de la tecnología y templada en el activismo de finales de los sesenta y principios de los setenta, y dispuesta a crear un nuevo centro que se impusiera a Hollywood y a Washington. Eran arrogantes, eran fuertes, eran jóvenes, eran brillantes. Y todos querían ser ricos, si no lo eran ya.

En el fondo, también yo quería ser rico. Pues, bajo el dorado resplandor del idealismo que impregnaba la situación, se escondía el anhelante impulso de la codicia. Y ninguno de los que nos hallábamos presentes en el acontecimiento podía jactarse de ser inmune a ella, ni siquiera Simón, que, según propia confesión, «no

se interesaba por los ordenadores», pero que por entonces era un devoto del *breakdance*, una moda igualmente extendida entre los más inclinados a las actividades físicas. Incluso él, a los doce años, quería saber cómo repercutiría en la Bolsa el éxito o el fracaso del Bulb.

—Para este ordenador —explicaba Wiz a través de un micrófono inalámbrico, con una autoridad casi libre de tartamudeos—, hemos construido la cadena de montaje más rápida de los Estados Unidos, capaz de producir un aparato cada veintitrés segundos. Cuando en 1976 montamos el primer Tulip Ii en el garaje, apenas si conseguíamos producir cincuenta ordenadores al mes. Ahora, en 1984, tenemos provisto lanzar un millón de unidades anuales. A finales de este verano, cada una de estas p personas —señaló al grupo reunido a sus espaldas— estará fabricando *software* o periféricos para el Bulb. Nosotros queremos alentar a las mayores mentes creativas de nuestra época para que trabajen con él, para que lo conviertan en su herramienta y su servidor, a fin de construir una auténtica democracia del ordenador, tanto para los que comprenden la tecnología como para los que no.

Estalló una ovación. Una banda comenzó a tocar una versión acelerada del «Beat It» de Michael Jackson, y desde un andamiaje empezaron a caer globos con camisetas de regalo que llevaban el logotipo de Tulip serigrafiado en la espalda. Eso me hizo recordar mi reciente despedida del Japón, cuando Hodaka y otros varios miembros de la Sociedad del Halcón Maltés, que me habían acompañado al aeropuerto, me entregaron solemnemente una camiseta de su sociedad para conmemorar mi visita como «honorable huésped». Me hicieron sentir extrañamente conmovido.

—Bueno, bueno, super sabueso, ¿ya está de vuelta del Oriente? —Volví la mirada y descubrí a Witherspoon, de pie a mi lado—. ¿Disfrutando del espectáculo?

—Claro que sí. A todos nos gustan los desfiles. ¿Cómo no está usted en el podio?

—Oh, hoy es el día de Wiz. No querría robárselo. Yo no soy más que un director anónimo. ¿Tuvo suerte en su investigación?

—En absoluto. Un billete de ida y vuelta a ninguna parte.

—Es extraño. —Me miró con una expresión en la que no descubrí la menor desilusión.

—Ni la mitad de extraño que regresar aquí y encontrarse las oficinas del proyecto Viuda Negra cerradas con llave. Limpias y barridas como si allí nunca hubiese trabajado nadie.

—Bueno... —Se encogió de hombros.

—Pez Globo resultó ser un juego de ordenador.

—¿De veras?

—Uh huh. He intentado reunirme con Wiz, pero ha estado incomunicado desde que regresé.

—Ha estado muy ocupado, eso es obvio. —Witherspoon hizo un gesto hacia el escenario—. Escríbalo en un memorándum.

—¡Un memorándum! Mire, ha habido asesinatos. En Japón, los suficientes monjes como para llenar medio monasterio resultaron destripados con armas de asalto rusas. Si realmente se trata de un juego, a los perdedores les toca pagar un precio muy alto. Necesito un ordenador Bulb ahora mismo. Para mi uso personal.

—No sé si podrá ser. Hasta que la cadena de montaje no esté en pleno funcionamiento, no hay muchos. Y hemos prometido la primera remesa a nuestros proveedores.

—¿Quiere burlarse de mi padre? —intervino Simón, que había estado siguiendo el diálogo.

—¿Perdón? —respondió Witherspoon. Sonreí cuando vi la manera en que miraba a Simón, con la expresión de una persona con cuatro generaciones de educación anglosajona y protestante acerca del papel de los niños en las conversaciones de los adultos.

—Mi papi es un detective y la gente le cuenta muchas mentiras. Ya sabe, como en la tele.

Witherspoon palideció. Buen chico, pensé, vales tu peso en zapatillas de *breakdance*.

—Le presento a mi hijo Simón. Simón, éste es el señor Witherspoon.

—Sí, ya veo —replicó Witherspoon, con un altivo ademán de asentimiento—. Encantado de verle otra vez por aquí, señor Wine..., y, ah, Simón. —Empezó a alejarse.

—Un minuto, Mal. ¿Qué me dice de ese ordenador?

—Dígale a su chica que se ponga en contacto con mi secretaria...

—Querrá decir su asociada de área.

—Sí, naturalmente, mi asociada de área.

Se marchó con la dolorida expresión de una víctima de un ataque agudo de hemorroides.

—¿Crees que es culpable, papá? —inquirió Simón.

—De algo.

Iba a volver hacia el escenario, donde Wiz estaba presentando a unas cuantas celebridades que habían venido a dar lustre a la ocasión, como Stewart «Whole Earth» Brand y el ex gobernador Jerry Brown, cuando distinguí otra cara conocida por el rabillo del ojo. Era Alf Richardson, el antiguo compañero de Danny Rigrod. Durante una fracción de segundo, nuestras miradas se cruzaron, pero en seguida desvió la vista y empezó a dirigirse hacia su derecha, primero lentamente, volviéndose para ver si yo lo miraba, y luego más deprisa, deslizándose por entre la multitud como una serpiente.

—¿También es culpable?

—De algo.

Simón reflexionó unos instantes.

—Todo el mundo es culpable de algo, ¿eh?

—Podrías decirlo así.

—¿Qué me dices de aquel tipo? —preguntó, señalando a mi izquierda, donde vi a mi viejo amigo Herb Shear, observando los acontecimientos con un *walkie-talkie* en la mano—. Te ha estado vigilando.

—Es un polizonte.

Simón frunció el entrecejo.

—También ellos pueden ser culpables, ¿o no?

No me tomé la molestia de responderle. Estaba demasiado atareado viendo como Sara depositaba un beso de adoración en los labios de Wiz ante dos mil espectadores.

Me costó quitarme esa imagen de la cabeza, mientras intentaba averiguar cómo funcionaba el sistema operativo del Bulb, sentado ante el aparato en mi casa, aquella misma noche. Se suponía que era el ordenador más sencillo de manejar que jamás se hubiera fabricado, pero últimamente mi capacidad de concentración estaba hecha polvo. Me sentía transportado de nuevo a las clases de trigonometría de la escuela, cuando luchaba con el seno, el coseno y la tangente hasta que llegué a la conclusión de que la mía no iba a ser una vida consagrada a la ciencia.

Además, no tenía ningún derecho a estar tan resentido. Nunca se dijo que mis relaciones con Sara tuvieran que ser «exclusivas». Yo había sido el primero en no considerarlas como tales, desde un comienzo. Y, no obstante, aquí estaba, moviendo automáticamente el ratón del ordenador hacia uno y otro lado como si fuera un talismán sobre un tablero de Ouija, mientras Simón jugaba con Toto como si se tratase del perro de la familia. (Para tener a mi hijo entretenido mientras yo trabajaba, había programado el robot para que respondiera también a su voz).

—Busca, Toto, busca —decía Simón, lanzando una pelota de tenis al otro extremo del salón.

El ingenio electrónico avanzaba bamboleándose por la habitación, recogía la pelota y virtualmente la aplastaba con su pinza antes de depositarla en un cenicero circular que estaba a los pies de Simón.

Finalmente conseguí cargar el programa en el ordenador, mientras Simón decía:

—Toto, busca una amiguita. Encuentra una amiguita, Toto.

—Toto no entiende «amiguita».

—¿Y quién sí? —musité para mis adentros, contemplando de nuevo las palabras: **Éste es un programa de acceso restringido. Introduzca su clave, por favor.** Marqué rápidamente el código de Yasuko, **Viuda Negra 375 XCT**, que había grabado indeleblemente en mi memoria. Al instante me hallé otra vez en el camino de la iluminación, respondiendo a preguntas tan inescrutables como **¿Qué es mu?** y **¿Tiene un perro naturaleza de Buda?** A ésta última respondí: **No, pero mi robot sí.** El ordenador replicó: **No sea chistoso. Esta pregunta es sumamente seria. Si contesta sí o no, pierde su propia naturaleza de Buda.**

Maravilloso, pensé. Aquí estaba yo, jugando a las preguntas con un circuito integrado de 32 bits, mientras andaba suelto un asesino..., o varios. Pero no me hallaba más cerca de saber quién era que cuando Witherspoon me habló por primera vez de la muerte de Rigrod, una semana antes. Aunque una cosa me parecía probable, y me lo había parecido desde mucho antes: el asesinato de Danny Rigrod no había sido obra de Maximov ni de ninguno de sus esbirros. Eran demasiado profesionales para eliminar de esa forma a un conocido especialista norteamericano en ordenadores, y

menos si el especialista en cuestión había estado viéndose públicamente con una «representante» del sindicato polaco Solidaridad en un bar de Silicon Valley. Además, de haber sido ellos, todavía resultaba más incomprensible que al día siguiente anduvieran fisgando en torno a la casa de su compañero, a ver qué averiguaban. Lo más probable era que estuviesen tan desconcertados como todo el mundo.

¿Y el proyecto Pez Globo? Ahora que lo había recuperado para Wiz, ni siquiera se dignaba a ponerse al teléfono. ¿No era eso típico del trabajo en una corporación? Muerte al mensajero que trae malas noticias. No era culpa mía si el proyecto había resultado ser un juego para ordenador de segunda categoría, en lugar de un artefacto glorioso con posibilidades milagrosas. Tampoco es que me creyera esta historia. Estaba seguro de que el disco no tenía nada que ver con Pez Globo, de que era un cebo, una trampa preparada por algún hijo de perra para mandarme al otro extremo del planeta..., y, de paso, para desatar una serie de fuerzas que hasta entonces se mantenían en precario equilibrio entre las tres grandes potencias del mundo: Rusia, los Estados Unidos y el Japón. ¿Quién podía saberlo? Quizá fuera un juego con dos niveles, como los dos niveles de Pez Globo, en el que por un lado se enfrentaban grandes entidades corporativas y Estados, y por otro lado meros seres humanos luchaban desesperadamente por su supervivencia en este triste valle de lágrimas.

Lo que yo sospechaba era que el autor del jueguecito, el que había preparado la trampa, era el mismo que había eliminado a Rigrod o, por lo menos, sabía quién lo había hecho. Reflexioné unos instantes, sopesando los distintos nombres que me venían a la memoria: Alf Richardson, Eddie Capshaw y, un tanto a regañadientes, Wiz. No podía pensar en ningún otro que conociera lo bastante a fondo las actividades de Rigrod, además de poseer la preparación necesaria para escribir este disco y obligar a Yasuko a pasar a la acción. Por supuesto, tenía que haber otros. El Valley estaba lleno de mercenarios dispuestos a descifrar rápidamente un código base de origen dudoso a cambio de unos cuantos depósitos de gasolina para el coche y la oportunidad de hacerse un poco de publicidad. Pero no me parecía que fuera a encontrar en ese disco la firma del programador, por más atentamente que mirase..., y por

más que el orgullo del autor de los programadores fuera habitualmente causa de serios litigios en este inestable mundo del *software*.

Aun así, pensé que el juego bien podía llevar otra clase de firma, por lo que seguí adelante, negociando la espesura de homilías cargadas de trampas explosivas, hasta que vi en la pantalla una serie de frases que me resultaron conocidas. **Si encuentras a un maestro Zen en el camino, no te enfrentes a él con palabras ni con silencio. Dale un buen puñetazo y dirán de ti que has comprendido el Zen.** Recordé inmediatamente que aquéllas habían sido las palabras de Kokaju, el ahora fallecido abad de Daisen-in. Resultaba extraño verlas repetidas en mitad de este programa de ordenador, aunque suponía que se trataba de una especie de parábola budista muy famosa, cuyo significado, según creía entender, era que la iluminación no se consigue a través de otra persona, sino por uno mismo. No sabía cómo este consejo podía serme útil, a menos que yo mismo hubiera robado Pez Globo sin saberlo. Además, la única persona a la que había dado un puñetazo en los últimos cinco años era Maximov, y no me parecía que Maximov pudiera considerarse un maestro Zen.

Muy bien, chico listo —escribí en el ordenador—, **¿quién mató a Danny Rigrod?**

Todos los seres son inherentemente libres de faltas —fue la respuesta.

Bueno, ¿quién crees que lo mató?

El pensamiento es una enfermedad de la mente humana.

Cuán informativo, pensé. Estaba claro que este juego no iba a llevarme muy lejos. Empezaba a ser hora de volver a los métodos tradicionales.

Mi siguiente movimiento sería ir a ver a Alf Richardson, aunque no sabía qué hacer con Simón. Me lo habría llevado conmigo, pero la última vez que fui a visitar al ex compañero de Rigrod los resultados no habían sido demasiado benignos. Y, teniendo en cuenta lo que podía andar acechando en la noche, tampoco me gustaba dejar a un niño de doce años bajo la única protección de un robot, sobre todo si era el cuarto que salía de la línea de montaje. Así que me tragué el orgullo y telefoneé a Sara.

—Lo siento, Moses —respondió—. Me gustaría ayudarte, pero

tengo un compromiso.

—Oh, sí, con ese pobrecito chico prodigio multimillonario.

—No seas sarcástico, Moses. No sabes mantener una relación, y la has perdido. Además, es posible que Wiz sea un multimillonario, pero también tiene problemas. El dolor de todo el mundo es infinito.

—Muchas gracias, hermanos Joyce —repliqué, antes de colgar. Iba a desconectar el ordenador, pero primero escribí las palabras **Joder con Sara** en la pantalla. El ordenador contestó: **Bonito vocabulario usa. ¿Quién era su madre?** Repliqué escribiendo: **Joder con el Zen**. El ordenador contestó: **Está acercándose a la iluminación**. Respondí: **Joder con la iluminación. Joder con los ordenadores. Joder con todo. ¡Joder con Pez Globo!** La máquina se tomó una pausa, mientras registraba sus archivos de inteligencia artificial intentando comprender mi frustrado mensaje. Finalmente, la pantalla mostró las palabras **Error del sistema en 35**, seguidas por la frase **Pez Globo es musgo marino**. ¿Musgo marino?, pensé. ¡Dios mío! Y desconecté el maldito aparato.

Fui en el BMW hasta la casa de Richardson, con Simón a mi lado en el asiento delantero y Toto en el trasero, que hacía oscilar su cabeza de lado a lado y emitía destellos por los ojos. Cuando llegamos allí ya había oscurecido por completo. El garaje estaba cerrado, y las persianas bajadas. Un inquietante viento del noreste soplaba a través del valle, haciendo susurrar las hojas de los robles. Salimos del coche y nos encaminamos hacia la puerta principal a través del camino de acceso. Por la parte del dormitorio se veía un resquicio de luz, pero no tan brillante como las que suelen dejarse encendidas para desalentar a los ladrones. Así la mano de Simón y lo mantuve junto a mí mientras Toto se bamboleaba tras de nosotros, con sus junturas chirriando como un portal oxidado. A juzgar por los ruidos, parecía necesitar un buen engrase.

Llegamos a la puerta principal y llamé repetidamente sin recibir respuesta. Agucé el oído. En el interior se oía la voz de Judy Garland cantando «But Not for Me» en un disco rayado, la misma frase una y otra vez. Seguí escuchando durante unos instantes, y luego rodeé la casa hasta el garaje y abrí la puerta. El Mercedes turbodiésel, el Jeep y el Porsche permanecían en sus lugares; en la capota de grafito del Mercedes se había acumulado una fina capa de

polvo. Regresé apresuradamente con Simón, sintiéndome aprensivo. Tomé otra vez su mano y volvimos juntos a la puerta principal, donde Toto nos esperaba con sus luces parpadeantes como si fuera un adorno para el árbol de Navidad.

—¡Cárgatela, Toto! —le ordené.

—Toto no entiende «cárgatela».

—¡Que rompas la puerta!

Un rechinante sonido de engranajes sonó desde la zona en que habría estado su estómago, de tener uno, y en seguida echó hacia atrás el brazo de la pinza, lo hizo girar como un sacacorchos hasta que salió despedido hacia el frente con una fuerza asombrosa que destrozó el resistente pino como si fuera madera de balsa, abriendo un agujero del tamaño de un balón de fútbol y arrancando las bisagras de hierro forjado de las jambas. La puerta se derrumbó con un estruendo que resonó al otro lado del cañón, y una bandada de cuervos abandonó su refugio en los árboles para echarse a volar como una sombra ominosa que se recortaba sobre la Vía Láctea.

—Toto, cuida a Simón —dije, y entré yo solo en la vivienda.

Daba la impresión de estar vacía, y comprobé que la lucecita procedía efectivamente del dormitorio. Me encaminé hacia allí, atravesando un oscuro salón en el que la voz de Judy Garland se repetía hasta el infinito desde el equipo estereofónico. El dormitorio también estaba en penumbra. Había un par de maletas a medio hacer encima del colchón y pilas de ropa amontonada de cualquier manera, como si alguien estuviera preparando su equipaje a toda prisa. La única luz que había visto no era la de una bombilla, sino el resplandor de una pantalla de ordenador instalada sobre una mesa adosada a la pared. A su lado había una ampolla de cocaína vacía. En el monitor aparecía escrita la frase ¿CÓMO PUDO ENAMORARSE DE ELLA?, en grandes letras de color ámbar. Su reflejo iluminaba una ampliación fotográfica de dieciocho por veinticuatro tirada sobre la mesa, medio arrugada y desgarrada, al parecer, en un acceso de furor. La alisé y examiné las brillantes figuras. Era una instantánea en color de Rigrod y Richardson en una bañera de madera, con sus cuerpos sonrientes enlazados en un abrazo desnudo.

La dejé donde estaba e iba a mirar en las demás habitaciones cuando oí un portazo, seguido casi inmediatamente por el poderoso *varoom* de lo que sólo podía ser el Porsche. Di media vuelta

rápidamente y corrí hacia la puerta delantera, justo a tiempo de ver el automóvil deportivo alejándose por la carretera.

—¡Al coche! —le grité a Simón—. ¡Al BMW, Toto!

—Toto no entiende «al BMW».

—Oh, mierda. Sube al coche.

El robot avanzó tambaleándose hacia la parte delantera y comenzó a abrir el capó.

—¡Ahí no, estúpida bolsa de silicona con cerebro de metal! ¡Sube dentro del coche!

Por fin, la máquina se metió en el asiento trasero.

—¡Abróchate el cinturón! —le recordé a Simón, que ya se había acomodado a mi lado, mientras veía el Porsche girar hacia la derecha por la sinuosa carretera de las colinas—. ¡Tú también, hombre de lata! —añadí, mientras ponía en marcha el motor. Eché una mirada por el espejo retrovisor y vi que el robot se ceñía el cinturón de seguridad.

Accioné el turbocompresor y pisé el acelerador, haciendo saltar el coche hacia adelante entre una nube de polvo. Estaba preocupado por Simón, pero aun así me gustaba tener por fin una oportunidad de sacarle el jugo al BMW que Wiz me había dado. Y, al contrario que en Japón, la carretera estaba despejada, como una larga y retorcida pista de pruebas para mi automóvil y para el Porsche.

Salí a la carretera más o menos al cabo de un segundo. Los amortiguadores MacPherson cedieron hacia la derecha y recobraron su posición original con sorprendente elasticidad y control. El otro coche ya no era visible, pero metí la tercera y apreté a fondo el pedal del gas, con una aceleración que nunca antes había sentido, como un piloto de pruebas en una centrífuga. A los cinco segundos la aguja del velocímetro marcaba ciento veinte, y seguía subiendo. Pasé directamente de tercera a quinta, mientras vislumbraba por un instante el Porsche acelerando muy por delante de mí. Pero le iba ganando terreno a un ritmo fantástico. La carretera comenzó a virar en una serie de cerradas curvas encadenadas, siguiendo estrechamente el contorno de la ladera. Mantuve la velocidad, derrapando en los virajes y aproximándome al deportivo.

Luego, de pronto, el Porsche disminuyó su velocidad como si se lo hubiera puesto en punto muerto. Me pegué a él, bañándolo con la

luz de mis faros, cuando bruscamente viró por una zona densamente arbolada y volvió a coger velocidad. Lo perdí de vista brevemente, pero pronto lo vi de nuevo por delante de mí, acelerando a tope y con una portezuela medio abierta. Seguí tras de él, enfilando una pronunciada curva a la izquierda, pero el deportivo se mantuvo en línea recta como si tuviera la dirección bloqueada, cruzó la divisoria central y saltó fuera de la carretera hacia un profundo barranco, dando varias vueltas de campana. Clavé los frenos y me detuve, con un chirrido de los neumáticos, en el momento en que el Porsche chocaba contra un enorme afloramiento de granito en el fondo del barranco. Al instante se alzó una llamarada y el coche estalló como una bomba, lanzando fragmentos de metralla metálica hasta veinte metros de distancia en todas direcciones.

Le dije a Simón que me esperase, salí del automóvil y descendí por la ladera hasta el vehículo incendiado. Tardé un par de minutos en salvar las dificultades del escarpado terreno. Cuando llegué junto a él, el Porsche ya no era más que un montón de chatarra humeante, con alguna que otra llama moribunda que lamía lo que quedaba del chasis. El cuerpo inerte de Alf Richardson yacía boca arriba a unos diez metros por delante del coche, con el cráneo destrozado contra una roca, como si el impacto le hubiera hecho salir despedido o como si hubiera saltado del coche mientras éste caía por el barranco. La escena tenía una extraña cualidad pictórica —el coche, el cadáver, el afloramiento rocoso—, pero eso no evitó que sintiera náuseas. Me sujeté a la rama de un árbol y respiré hondo para contener el vómito.

Treinta minutos después estaba en el aeropuerto de San José, embarcando a mi hijo en el último vuelo a Los Ángeles. El mundo estaba lleno de violencia, y yo no era tan estúpido como para permitir que Simón siguiera expuesto a ella.

15

—LE ADVERTÍ que no se mezclara en esto. —Herb Shear parecía exhausto y harto de todo, cuando le seguí por el pasillo que conducía a su oficina a la una de esa misma noche—. Primero se va al Japón a perseguir fantasmas, luego comete un allanamiento de morada y, finalmente, termina persiguiendo al propietario hasta echarlo fuera de la carretera en Black Rock Canyon. ¡Se ha metido usted en un buen lío!

—Alguien tiene que resolver el caso.

—Sí, pero no usted. O sea que fue una riña de enamorados. O sea que se cargó a su amigo cuando éste se encaprichó de una *fraulein* polaca. ¡Vaya caso! ¡No hay nada en él que sea de su incumbencia! —Entramos en su despacho y cerró la puerta de golpe a nuestras espaldas—. Moses, quiero que se meta esto en la cabeza: ya no es usted un detective privado. Ahora trabaja para la Tulip Computer Corporation, que está pagándole una pasta gansa para que no se salga de la línea que le marca la compañía. La mitad de los investigadores de Los Ángeles darían los colmillos por encontrarse en su lugar. De modo que cierre el pico, dedíquese a contar sus acciones y cumpla con su trabajo de mierda.

—Fue Wiz quien me pidió que siguiera con esto.

—¡Wiz ni siquiera contesta ya sus llamadas telefónicas!

—¿Cómo puede saber usted eso?

Shear enrojeció durante menos de un segundo.

—Es parte de mi trabajo —respondió en voz baja.

—¡Oh, qué trabajo tan fantástico el suyo! ¿Cómo lo llaman?

¿Qué se jodan los compañeros?

Se encogió de hombros.

—Moses, no me obligue a encartarlo en este asunto.

—¿Encartarme? Adelante, inténtelo. No fui yo quien hizo saltar a Richardson de la maldita carretera. Estaba todo preparado. Apuesto a que el pobre bastardo llevaba horas en el barranco, con el cráneo machacado, antes de que se estrellara el coche.

—Vamos, vamos. Eso es absurdo. ¿Pretende decirme que alguien saltó del coche en marcha y lo despeñó por un barranco? ¿Quién sería capaz de conducir de esta manera?

—Mucha gente. Usted, yo..., cualquiera que esté lo bastante asustado como para intentarlo... ¡Ya nos veremos, Herbie!

Me dirigí hacia la puerta, y aún le oí decir:

—Moses, hágase un favor a usted mismo, ¿eh?

No me molesté en contestar, sino que salí de su oficina sin volverme y recorrí el pasillo hasta la sala de espera, donde Toto me aguardaba pacientemente en un banco de madera.

—Vámonos —le ordené.

Esa noche no me metí en la cama. Me senté de nuevo frente al Bulb y cargué el *diskette* de Pez Globo. No era la «iluminación» lo que buscaba, sino la verdad. Quizá me equivocaba, pero, de la forma en que yo lo veía, había un asesino suelto; un asesino peligroso, pero no un profesional. Un paranoico. Posiblemente Rigrod se dio cuenta antes de morir, pues Pez Globo, al igual que la exquisitez japonesa que le había dado su nombre, tenía partes buenas y malas, seguramente varias de cada. Estaba seguro de que, oculta en el juego, había alguna pista que señalaba su otro significado, pero ¿a quién iba dirigida? ¿A mí? ¿A Cassiopea? ¿Con qué fin?

Escribí una vez más las palabras **Joder con Pez Globo**, y la respuesta **Pez Globo es musgo marino** apareció en la pantalla. Tomé un sorbo de café negro y proseguí: **Joder con musgo marino**. El ordenador replicó: **No sé cómo joder con musgo marino**.

¿Y quién sabe? escribí yo.

Tiene usted una vida sexual muy extraña, observó el ordenador. Quizá sea un solitario.

Supongo que sí, respondí. ¿Qué es musgo marino?

¿Qué es mu?

Basta de juegos. Quiero saber la verdad.

¿Qué es la verdad?

Te estás poniendo muy banal.

No entiendo banal.

Trivial, sin sustancia, aburrido.

¿Por qué dice que soy aburrido?

Porque te entretienes con generalidades mientras están asesinando a gente.

¿A quién han asesinado?

Danny Rigrod... Alf Richardson.

¡Maricones!

¿Pero qué es esto? ¿Un juego de ordenador con prejuicios sexuales?

A los ordenadores no nos interesa la sexualidad de los humanos. No es usted una persona muy iluminada.

Me recosté en el asiento, exhausto. En los últimos meses había practicado varios juegos de ordenador basados en un sistema de inteligencia artificial, pero ninguno tenía tantos recursos como éste. Disponía de un código base asombrosamente complejo, como si su programador hubiera previsto todas las preguntas imaginables. Pero me sentía más seguro que nunca de que contenía un mensaje, tal vez la clave de todo.

Tomé más café, dando vueltas por la habitación. Eran las dos de la madrugada. El mismo viento que había sentido antes en casa de Richardson estaba aullando por entre las secuoyas del exterior, sacudiendo las ventanas. El tiro de la chimenea era seco como aire del desierto. A pesar de su temperatura, me hizo estremecer.

Fui al cuarto de los invitados. La cama en la que había dormido Simón seguía sin hacer, y aún se veía la marca de su cuerpo infantil sobre el colchón. Algún instinto paternal me impulsó a subir la manta cuando oí un agudo chasquido fuera de la casa. Atisé por la ventana y pude ver una sombra que se desplazaba rápidamente, como uno de los ciervos que de vez en cuando veía pasar velozmente junto a la casa, iluminada por los focos exteriores. Quizá el viento los había asustado. O quizá...

Me separé un par de pasos de la cama y bajé las persianas del cuarto. Luego salí y cerré la puerta tras de mí. Mi mente revivió las

desagradables insinuaciones de mi ex esposa, vagas acusaciones de que mi profesión ponía en peligro las vidas de mis hijos y por lo tanto no deberían estar a mi cargo. Para mayor seguridad, le ordené a Toto que se pusiera en posición de alerta, saqué mi revólver de un cajón del escritorio y lo llevé conmigo hacia la puerta principal. Abrí una rendija y atisé el exterior. No se veía a nadie. Abrí un poco más y di unos pasos por el porche. En el borde de la oscuridad, a unos cincuenta metros de distancia, distinguí a una cierva con su cervato parados junto al cobertizo de las herramientas. Los animales me contemplaron durante una fracción de segundo y, aterrorizados, echaron a correr hacia los bosques.

Aliviado, volví a entrar en casa y me quedé mirando el ordenador. Entonces recordé una cosa: *El Hagakure*, la biblia de Rigrod. Considerando el estilo Zen de su juego de ordenador, era posible que el libro contuviera la pista que resolvería el misterio. En otras palabras, mi iluminación. No lo había sacado del maletín desde que volví del Japón, así que fui inmediatamente en su busca y me puse a hojearlo. «Todo ser humano tiene mucho que aprender», aseguraba. «Las penalidades son causa de regocijo». «Hazlo todo como si fuera hasta la muerte». «Los logros artísticos conducen a la ruina personal». Seguí leyendo. Nada tenía que ver con mi problema. Fuera, el viento era cada vez más intenso, y sacudía violentamente mis contraventanas como si múltiples pares de manos gigantescas las estuvieran golpeando. Si realmente había alguien ahí fuera, ya no sería posible oírle.

Dejé la pistola junto al ordenador y continué leyendo. «Selecciona cuidadosamente tus palabras». «A partir de los treinta años hay que ser especialmente humilde». Y luego: «Los peces no viven en agua clara». Me detuve inmediatamente y leí todo el capítulo. Se trataba de una disertación metafórica acerca de la complejidad de la vida. Los que predicaban la austeridad estaban equivocados. No todo era lo que parecía ser. Había que fijarse en los detalles y prestar atención a lo más oscuro, si se quería sobrevivir. *Son las algas las que proporcionan al pez un escondite en el que puede desarrollarse seguro hasta alcanzar la madurez.* ¿Qué diablos quería decir eso?

¿Se esconde el pez globo en el musgo marino? escribí en el teclado del ordenador.

Pez Globo es musgo marino.

¿No sabes decirme otra cosa? Llevo media hora leyendo «El Hagakure» y no he podido encontrar nada.

Si ha estado leyendo «El Hagakure» está en el camino de la sabiduría.

Gracias, pero no me queda mucho tiempo.

El camino de la sabiduría no... Pero entonces la máquina se interrumpió, como si estuviera reconsiderando su respuesta. Finalmente preguntó: ¿Quién es usted?

Moses Wine.

Demuéstrémelo, replicó la máquina.

Perfecto. ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres saber el nombre de soltera de mi madre?

Demasiado fácil. El ordenador hizo otra pausa mientras estudiaba su memoria. Podía oír el ruido del disco al ponerse en marcha y detenerse en sus distintas secciones. ¿Quién fue el primero que dijo «No hay que fiarse de nadie que tenga más de treinta años» y dónde lo dijo?

Pero ¿qué clase de juego era ése? Respondí: Jack Weinberg, en un coche rodeado por la Brigada Antidisturbios de Berkeley frente al Sproul Hall, Universidad de California, en mayo de 1964.

Exacto.

En la pantalla apareció un diseño a todo color del símbolo yin yang, por encima de las palabras: Hola, Moses. Encantado de conocerte.

Acababa de hacer un amigo, por lo visto.

Hola, respondí. Lo mismo te digo.

Gracias. ¿Quieres un análisis de tus puntos fuertes y débiles?

Vacilé un segundo.

Adelante.

Tus puntos fuertes son una buena mente y un buen corazón. Tu debilidad es la nostalgia por el pasado, que a menudo te resta eficacia. Lo más importante es hacer que cada época sea tan buena como su propia naturaleza lo permita. El error de las personas que siempre sienten nostalgia por el tiempo pasado radica en su incapacidad de comprender este punto. Por otra

parte, las personas que únicamente valoran lo actual y detestan todo lo que ha pasado de moda son superficiales.

De acuerdo. ¿Quién te mató?

No me ha matado nadie. Las máquinas no tenemos vida, ni siquiera en «2001, Una odisea del espacio».

Entonces, ¿quién mató a Danny Rigrod?

¿Cómo quieres que lo sepa? Danny me hizo.

¿Te acabó del todo?

El ordenador no me contestó de inmediato. Fuera, el viento había cesado de pronto, como si estuviéramos en el ojo de un huracán. Oí un ruido crujiente, como de pies corriendo sobre la grava. ¿Otra vez los ciervos? Miré a Toto, cuyo sistema audio receptor lo había puesto en alerta. Sus luces destellaban, y su pinza estaba alzada por encima de la cabeza. Así la culata del revólver con la mano derecha y repetí mi pregunta al ordenador utilizando la mano izquierda.

¿Te acabó del todo?

Tu pregunta está siendo procesada.

Bueno, pues procesa deprisa. Creo que puede presentarse una emergencia.

Varias partes de mí están acabadas. Varias partes están incompletas.

¿Qué partes están acabadas?

El juego.

¿Qué partes están incompletas?

El musgo marino.

¿¿¿El musgo marino???

¿Sólo hace falta un signo?

¿El musgo marino?

Esto exige unos conocimientos de informática más allá de tu alcance. Según mis datos, tu preparación tecnológica es aproximadamente de 6 en una escala de 100.

Dame una pista.

Nunca alcanzarás el satori por medio de pistas.

No quiero el satori. Lo que quiero...

Error en sistema BDOS. Sentencia incompleta.

¿Error en el sistema? ¡La jodimos! Aquí estaba yo, solo en una casita en mitad del bosque, con un poco fiable robot de primera

generación y tal vez con un maniaco acechando en la oscuridad..., ¡y la maldita máquina me salía con errores en el sistema! Me sentía tan frustrado que estuve a punto de pegarle un tiro al cacharro, pero alguien se me adelantó. Una bala atravesó la ventana de la sala, sembrando el piso y los muebles de pedacitos de vidrio. Me eché cuerpo a tierra inmediatamente, me arrastré hasta el teléfono y descolgué el auricular. Habían cortado la línea.

Apagué todas las luces de la casa, respiré hondo un par de veces para dominar mi nerviosismo y me sacudí una esquirla de vidrio de mi codo derecho. A continuación regresé de la misma manera hacia la ventana, manteniendo la cabeza por debajo del alféizar. Sujetando el revólver firmemente, eché un vistazo rápido al exterior. No alcancé a distinguir quién lo sujetaba, pero asomando del tronco de un árbol como a quince metros de la casa se veía la inconfundible silueta de un rifle de alta potencia con mira telescópica. La reacción, una bala que pasó silbando a centímetros de mi cabeza, fue casi instantánea. El maldito debía de tener una mira de infrarrojos.

Eché una ojeada a mi espalda. Toto se había activado y avanzaba torpemente para defenderme. Mientras el robot rodaba y se bamboleaba hacia la puerta delantera, agitando ciegamente su pinza de un lado a otro, puso en marcha una quejumbrosa sirena de alarma. Al momento, entró otra bala por la destrozada ventana, dirigida a él, y le acertó en uno de los ojos, provocando un cortocircuito. El robot se derrumbó sobre su espalda, humeante. La pinza se desprendió y rodó por el suelo junto al resto de la máquina, que desprendía un acre e intenso olor. En mi mente, vi llorar a Simón como si hubieran matado a su animalito preferido. Jodido cabrón, pensé, capaz de cargarse a un inocente robot.

Antes de que pudiera suceder nada más, me arrastré hacia el ordenador, que por suerte estaba fuera de la línea de tiro. Sosteniendo el revólver apuntado hacia la puerta, escribí en el teclado. **Ayuda, por favor. Me está atacando un asesino con un rifle telescópico.**

Una máquina no puede ayudarte, fue la respuesta. No es más que una herramienta. En la búsqueda de la iluminación, sólo uno mismo puede ayudarse.

Emití un gruñido, maldiciendo silenciosamente a todos los

monjes japoneses y discípulos occidentales capaces de dedicarse a esta narcisista contemplación del propio ombligo, cuando me interrumpió el sonido de unos pies corriendo por la grava. Inmediatamente después, hubo otra ráfaga de tiros, que dieron en una lámpara de pie y la mandaron volando contra la pared, derribando de paso un par de grabados y un jarrón con hojas de eucalipto. Luego entró una nueva bala atravesando la pared de madera. Devolví el fuego a ciegas, con la esperanza de mantener al intruso a raya. Sus acciones denotaban una confianza que resultaba impresionante, casi terrorífica. Otro par de balas atravesaron la puerta delantera, que quedó precariamente suspendida de la bisagra superior. Oí un par de gruesas botas resonando en los tablones del porche. Disparé tan deprisa como pude, vaciando el cargador en la dirección del ruido, pero, estaba seguro, sin darle a nada. Fuera sonó una risa suave, pero esta vez parecía venir del otro lado. Era como si estuviera siendo atacado por dos asaltantes en lugar de uno solo, como había creído.

Desesperado, volví al ordenador.

¿Quién es Cassiopea? escribí.

Sonó un fuerte chirrido, seguido de un penetrante «biiip» que no había oído antes. **Eddie Capshaw** fue la respuesta.

¿Por qué?

No hay porqués. Sólo hay un qué.

¿Qué?

Ex agente de la CIA con la misión de infiltrarse en industrias de tecnología avanzada y manipularlas con fines de defensa e inteligencia.

Otro disparo rebotó por la habitación y le arrancó un brazo al acosado cactus.

¿Comprende el musgo marino?

Él lo tiene.

—Se acabó, Wine. Salga con las manos en alto. Y eche esa pistolita suya donde pueda verla. —Era Capshaw.

—Un momento, Eddie. En seguida salgo.

—Contaré hasta cinco.

¿Cuáles son sus puntos fuertes y débiles?

Tecnológicamente brillante, físicamente fuerte. No tiene debilidades.

Oh, mierda, pensé, mientras un último balazo se incrustaba en la puerta y por fin conseguía derribarla. Oí a Capshaw echarla a un lado con su bota.

—Muy bien, señor Spade. Los cinco están contados..., en el sistema hexadecimal, el código ASCII o cualquier otro código que su primitiva mentalidad tenga a bien elegir.

El largo cañón de un rifle de asalto

40 40

apareció en el vacío umbral. Lo miré, y después miré el revólver descargado que aún tenía en la mano. Tras de mí, el ordenador seguía produciendo ruidos. Me volví y advertí que seguía dando información.

Cuando tu adversario no tiene debilidades, sigue el «Libro del agua». Golpea con el «mandoble que lo abarca todo». Confía en «munen muso» —«no mente»— y ataca en un movimiento único. Pégale en todas partes a la vez —«shuko no mi»— con el cuerpo del mono de cortos brazos.

¿El cuerpo del mono de cortos brazos? Capshaw estaba ya dentro de la habitación, alto y atlético, y me contemplaba desde el otro extremo de un rifle. Toto lo que tenía para defenderme era otro de aquellos absurdos consejos Zen.

Señaló mi revólver con un gesto.

—Sé que ya no tienes balas..., pero tíralo al suelo.

Arrojé mi arma al suelo, en dirección al cactus. Capshaw retrocedió unos pasos y contempló la habitación, apartando los restos de Toto de una patada.

—Conque ida y vuelta al otro extremo del mundo, ¿eh?

¿Wine? Un campo de juegos mayor de lo acostumbrado para un detective privado.

—Así parece, Eddie. Por supuesto, también usted juega en un campo mayor de lo acostumbrado para un *nerd*..., aunque usted no ha sido nunca un mero programador.

—Sé cuál es mi deber.

—Tenía entendido que lo echaron de la CIA.

—¡Estúpidos! —Mantenía el rifle apuntado hacia mí, sin la menor desviación—. Se echaron atrás. Rigrod..., todos. Prefieren ser invadidos por una nación de tecno bárbaros. —Se rio suavemente—. Pero ya no tiene importancia. Ya lo he arreglado todo.

—¿Qué ha arreglado? ¿Pez Globo?

—Mire, Wine. Este país se fundó sobre la libre empresa, sobre la base de dar a cada uno lo que merece según sus esfuerzos. ¿Le parece justo que los rusos nos roben los frutos de nuestro trabajo, los mejores productos de las mentes más brillantes, con sólo desmontar un juego de Donkey Kong y utilizar sus componentes para sus reactores y sus cohetes de lanzamiento de satélites? Siéntese Wine. —Vacilé un segundo, y agitó el rifle hacia mí—. ¡Siéntese! —ladró.

Retrocedí hasta una silla de respaldo recto que había junto al sofá.

—Ya sabe cómo es Rusia —prosiguió—. Una nación de paranoicos, con más fronteras distintas que ningún otro país. Jamás podrán confiar en nadie. Ya lo decía mi padre. Él lo sabía bien. Estuvo allí durante la guerra. Igual que los japoneses. También son paranoicos. Estados fortaleza. Fíjese en su historia: los japoneses en China, Manchuria, Birmania. Puede que ahora estén desarmados, pero no se engañe. En este mismo instante, mientras estamos aquí hablando, ellos construyen secretamente instalaciones subterráneas para misiles increíblemente avanzados. ¿Cree usted, siquiera por un momento, que son capaces de contentarse con una miserable invasión económica? ¿Qué significa eso frente al código del Bushido? Se lo voy a decir: ¡una mera demostración de debilidad! Recuerde los torpedos kamikaze que atacaban a los navíos norteamericanos. ¡Ja! ¿Y los rusos? Están en Afganistán, en Cuba, en Finlandia, en toda la Europa oriental. Estaríamos locos si nos fiáramos de ellos. Eso mismo decía mi padre: la confianza en los bárbaros conduce al desastre. Quiero decir, ¿quién frenó a Atila, eh? ¿Algún asqueroso liberal de los que predicán el amor y la abnegación? Eso decía mi padre: ¿Quién frenó a Atila?

—¿Quién fue su padre?

—Un gran hombre totalmente incomprendido y mal utilizado. —Capshaw avanzó hacia mí, agitando el cañón del rifle a centímetros de mi cara—. ¿Comprende usted... Puede comprender el deshonor de un capellán ante un consejo de guerra? Y sólo por afirmar que el Diablo está presente en el ejército. ¡Si existe en el mundo real, existe también en el ejército! Además, todos sabemos que el Diablo es una metáfora, una metáfora del mal uso del poder. ¡Igual que la

tecnología es una metáfora del hombre actuando como Dios! Y yo quiero estar del lado de Dios. ¿Usted no, Wine?

—No lo sé —respondí—. Supongo que sí. —Recorrí el cañón del arma con la mirada, más allá de la fijación de la lente telescópica y de la mira posterior abierta, hasta llegar a los ansiosos ojos azules de Capshaw, que se agitaban con el brillo de la locura.

—¿Supone que sí? Le gusta la ambigüedad, como a Rigrod, como a Richardson. ¿Es que no lo comprende? El hombre es Dios. La tecnología es la mayor obra del hombre. Somos uno con la tecnología, somos uno con Dios. La fusión lleva a la confusión que lleva a la verdad. El poder nace en los circuitos de un microchip. Y usted bloquea el camino de su promulgación y, por tanto, usted debe morir.

Curvó el dedo sobre el gatillo. Éste era el momento. Me lancé contra el tórax de Capshaw, giré más allá de él y me lancé al suelo para asir frenéticamente la arrancada pinza de Toto, «el cuerpo del mono de cortos brazos».

Me incorporé de un salto al tiempo que Capshaw daba media vuelta y me apuntaba el rifle al pecho. Meladeé hacia la derecha en el momento del disparo, sintiendo que algo me golpeaba en alguna parte, pero sin prestarle atención. Golpea con el mandoble que lo abarca todo, pensé. Confía en la no mente. Pégale en todas partes a la vez.

Antes de que Capshaw pudiera apuntar de nuevo, blandí la pinza y le golpeé primero en la mandíbula, luego en el estómago, en los brazos, en las piernas, en la entrepierna. Era un hombre poseído, como un samurái en plena furia. Mi adversario se tambaleó hacia atrás. Seguí pegándole, atacando en un solo movimiento, lanzándome como un ariete humano. Cara, pecho, entrepierna, otra vez la cara. Finalmente, su cabeza colgó flácida. Se hundieron sus hombros. El rifle cayó al suelo.

—Haga lo que quiera —jadeó aún—. Máteme. Lo que quiera. Es demasiado tarde. ¡Pez Globo está en marcha!

Y entonces se derrumbó, desplomándose a cámara lenta sobre el suelo; era una pulpa sangrienta como las secundinas de su madre.

Guiado por el instinto, me acerqué al ordenador y escribí:

He matado a Capshaw.

Felicidades respondió. El juego ha terminado. Has llegado

al satori.

Maravilloso, pensé. Me sentía estupendamente. Una serenidad total.

Y entonces, como estaba programado, el juego empezó a borrarse a sí mismo, mientras yo me doblaba sujetando mi cuerpo ensangrentado.

16

LA HERIDA sólo interesaba al músculo, pero dijeron que no me permitirían abandonar el hospital hasta pasados cuatro días. Estaba tirado en la cama como un bulto, quejándome a las enfermeras y desparramando ediciones atrasadas del *San José Messenger* por todo el piso como si fueran entradas viejas por el suelo del hipódromo. En resumen, era un paciente insoportable. Y ni siquiera me encontraba mal, excepto cuando rodaba sobre un costado y apoyaba el costillar de la derecha en cierto ángulo. Entonces gruñía, y el anciano convaleciente de una traqueotomía que ocupaba la otra cama cacareaba del modo más peculiar y mecánico, a través de su caja de fonación artificial.

Los únicos visitantes que tuve en los dos primeros días fueron Shear, que se presentó con una caja de bombones y una estenógrafa para tomarme declaración sobre algunos detalles de la muerte de Capshaw, y Sharon, mi fiel asociada de área, que me trajo un ramillete de flores silvestres de California y una caja de *brioche*s de la cafetería de Tulip. También trajo un amplio surtido de chismes de la empresa, que en su mayor parte no lograron atravesar la narcotizada neblina de los treinta miligramos de codeína que me habían administrado como analgésico media hora antes. Un dato, empero, me llegó claramente.

—Dicen que tu amiga Sara y Wiz van a casarse.

—¿Qué dicen?

—Ya sabes: intercambiar los anillos, unidos para siempre...

—Dios mío... —Sacudí la cabeza y tomé uno de los *brioche*s, a

modo de compensación—. Han ido deprisa.

Sharon se encogió de hombros.

—Mira, mis padres se casaron al cabo de tres días, cuando mi papi vino de permiso de la guerra de Corea, y han durado treinta y siete años. Todas las parejas que conozco que han vivido juntos dos años antes de casarse han terminado divorciándose a las seis semanas.

—Uh huh —respondí. Aún tenía que digerir la información—. ¿Qué más hay de nuevo? ¿Suben las acciones?

—Sí, un poco, pero todo el mundo está muy preocupado.

—¿Por qué?

—Parece que hay algún problema en la cadena de montaje del Bulb. Uno de los proveedores se retrasa y lo está complicando todo.

—¿Y qué piensan hacer? ¿Despedirán a los robots? Tal vez deberían formar un sindicato..., afiliarse a los Trabajadores Metálicos Unidos.

—Muy divertido, Moses.

—Sí, yo también me reiría, pero si lo hago me van a doler las costillas... Entonces, ¿cuál es la causa del problema?

—Oh, uno de los proveedores, que no entrega un chip.

—¿Qué chip?

—¿Piensas que alguien se molesta en contármelo? Sólo soy una asociada de área.

—*Plus ça change, plus*

c'est

la même chose.

—¿Y eso qué significa?

—Es francés. Quiere decir que de una u otra forma, siempre te joden.

—Eres un cínico, Moses.

—Sí —admití. Y me entristeció.

—Bueno, ya nos veremos —dijo, inclinándose sobre mí para depositar un beso en mi mejilla, mientras trataba de mostrarse animada como corresponde a una buena chica de Silicon Valley.

Esa noche recibí otra visita. Era Sara. Llegó diez minutos antes de que terminara el horario para visitas, a fin de poder retirarse apresuradamente, supuse, si la situación se ponía violenta. Traía una esbelta jarrita de cristal con una sola rosa roja, que dejó sobre

mi mesa de noche.

—Lo siento —comenzó.

—¿Y por qué? —repliqué. Trataba de parecer galante, pero me salió un poco forzado—. Me parece que lo indicado es felicitarte.

—Uh..., sí..., uh huh.

—Es un muchacho espléndido, una leyenda viva.

—Él también tiene una gran opinión de ti.

—Entonces, ¿por qué no contesta mis llamadas?

—Me parece que le resulta embarazoso, Moses..., a causa de lo que ha ocurrido.

—Y es normal. Cualquiera diría que me mandó al Japón para poder robarme la chica.

Sara enrojeció.

—¡Eso es absolutamente falso! Yo...

—No tienes por qué justificarte. —Pareció sentirse aliviada.

Hubo unos instantes de silencio entre nosotros.

—Ah, otra cosa —dije al fin, rompiendo la pausa—. Malas noticias: han matado a Toto. El loco de Capshaw le pegó un tiro.

—¿En serio? —Su expresión de alivio se convirtió en una de consternación.

—Pero me salvó la vida —añadí, con una media sonrisa—. Usé su brazo arrancado para matar al bastardo. Los pedazos que quedaron aún están en mi casa. Ya sé que suena extraño, pero le debo al pobre robot un funeral decente.

—Oh, Moses... —Extendió su mano y tocó con ella la mía. Vi que se esforzaba por contener las lágrimas—. Haré que Alex te llame.

Era la primera persona a la que había oído llamar a Wiz por su verdadero nombre.

—Ah, no te molestes —repliqué—. Ya hablaré con él dentro de unos días. He oído que en estos momentos tiene cosas más importantes en las que ocupar el tiempo.

—¿La cadena de montaje del Bulb?

Asentí.

—Sharon me ha contado algo.

Sara sacudió la cabeza.

—Mala cosa, ¿eh?

—Bueno, eso parecía, pero al final todo se ha arreglado.

—¿Qué quieres decir?

—La producción en serie se iba a retrasar al menos dos meses. Los distribuidores se habrían tirado de los pelos. La credibilidad de Tulip estaría arruinada para siempre, y la GTI se habría hartado de reír a costa nuestra... Witherspoon ya estaba preparando una moción para quitarle la presidencia a Alex.

—¿Y todo porque faltaba un chip?

—El ordenador no funciona sin él. Conductel, uno de los más antiguos proveedores de Tulip, rescindió su contrato.

—¡Qué raro! ¿Qué le pasó? ¿Era una tecnología demasiado avanzada para ellos?

—No. Ya habían empezado a fabricar ese chip para los prototipos..., el chip del habla. Por suerte, una nueva compañía llamada, hum, Micro Memories prometió entregar un artículo idéntico al cabo de diez días laborables. Nos salvó el cuello. —Sonrió ampliamente—. Pero, vaya, al fin y al cabo no se trataba de ningún componente extraordinario, se trataba tan sólo de un CMOS de 1K, de 15 nanosegundos.

—¿Musgo marino?^[1] —Me incorporé de un salto en la cama, como si alguien me hubiera dado un pinchazo.

Sara se echó a reír.

—Moses, eres la persona que menos sabe de ordenadores en todo Silicon Valley... No he dicho «musgo marino», sino CMOS, semiconductor de óxido metálico complementario. Son los chips de menor consumo de energía para las memorias de acceso aleatorio.

—Vámonos de aquí —exclamé, levantándome de la cama y quitándome el pijama del hospital—. ¡Hemos de ver a Wiz!

—¡Moses, que no te han dado el alta!

—Al carajo —respondí, mientras buscaba mis tejanos en el armario—. ¡Pez Globo es musgo marino!

—¿Cómo?

Antes de que pudiera objetar nada, la tomé del brazo y la arrastré hacia la salida.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —comentó.

No me tomé la molestia de contestar.

Apenas si hablamos mientras Sara me acompañaba en su Alfa por las callejuelas de lo que suele considerarse el centro de Sunnyvale. Aunque yo nunca había estado allí, tuve una extraña

premonición acerca del lugar al que nos dirigíamos cuando giramos entre un Wells Fargo Bank y un establecimiento Taco Bell, a través del aparcamiento de un polígono industrial. No parecía tener más de quince años, pero ya daba impresión de decadencia, con el estuco descascarillado y alguna que otra pintada puntuando las paredes manchadas de humedad, como si alguna banda callejera de chicanos se hubiese perdido yendo de regreso al barrio y hubiera decidido dejar su marca fuera como fuese aquí en mitad de gringolandia. A un costado del aparcamiento se extendía una hilera de garajes, todos ellos cerrados durante la noche con grandes puertas de metal ondulado. No obstante, cuando Sara redujo la velocidad, vi que por debajo de la última puerta del extremo derecho salía un rayo de luz. Supe al instante que era el garaje, el lugar donde había empezado todo, la mismísima cabaña de troncos de Silicon Valley, su Cúpula del Rock, su Árbol de la Iluminación.

Aparcamos justo enfrente, y seguí a Sara hacia la puerta.

—Soy yo, cariño —anunció, llamando con los nudillos—. He venido con Moses.

Hubo un silencio de veinte segundos que a mí me parecieron una hora antes de que oyera correrse la cerradura y viera abrirse la puerta. El interior estaba ocupado por un laboratorio de electrónica tan primitivo, a su manera, como uno imaginaría el de Edison: cables que asomaban al azar de ordenadores a medio terminar, microchips desparramados sobre los bancos de trabajo como si fuesen calderilla, las paredes cubiertas de carteles de viejos conciertos de rock, demasiado viejos, lo sabía, para que Wiz hubiera podido asistir a alguno de ellos.

El propio Wiz estaba de pie ante mí, con una añeja camisa hawaiana y la vista clavada en el suelo del garaje, como si estuviera haciendo penitencia. Luego, de pronto, me miró a los ojos, poseído de una cólera feroz que se imponía a su depresión.

—¡Eres un cerdo! —estalló—. ¿Por qué la has obligado a que te trajera aquí? ¿No puedes comprender lo embarazoso que esto resulta para ella?

No quedaba ni el menor rastro de su tartamudeo. Recordé haber leído una teoría, años antes, según la cual el tartamudeo enmascaraba la agresividad reprimida.

—No tenía elección, Wiz —respondí llanamente, sosteniendo su

mirada. Él agachó de nuevo la cabeza.

—¿Qué quiéres decir?

—Pez Globo es musgo marino..., o, como decís vosotros, CMOS.

Wiz retrocedió un paso como si le hubiera golpeado.

—¿C cómo lo sabes?

—Era una pista del jueguecito de ordenador que dejó Rigrod. Sospecho que sabía que estaba navegando por aguas peligrosas, y quiso dejar un mensaje en una botella. ¿Quién es Micro Memories, Wiz?

—N no lo sé. Hasta hace una se semana, no había oído hablar n nunca de ellos. —Miró a Sara con nerviosismo. Ella le sonrió tranquilizadamente, se acercó a él y le pasó un brazo sobre los hombros. Sentí una punzada de celos.

—Conque aparecieron repentinamente de la nada, ¿eh? ¿Te hicieron una oferta que no podías rechazar? —No respondió—. ¿Por qué no empezamos por el principio? —propuse—. ¿Por qué me contrataste?

—C culpa.

—Eso pensaba. Ya sabes qué dicen acerca de la culpa, ¿no? Cuando te sientes culpable, significa que quieres hacerlo otra vez.

—N no seas cruel, Mo-Moses.

—Muy bien, muy bien. Conque me contrataste porque te sentías culpable. ¿Con respecto a qué? Al proyecto Viuda Negra, supongo.

Wiz asintió. Miré hacia Sara, que había enlazado ambos brazos en torno a él, acunándole como a un hijo.

—El a año pasado, cuando tuvimos aquellos pro problemas tan graves, al b borde de la quiebra..., ya iba a p perder el control de la com compañía..., pe pero entonces apareció una gente, que querían hacer una gran in inversión, proporcionar todo el capital que ne necesitábamos...

—Siempre y cuando no hicieras preguntas. Y supongo que insistieron en escoger ellos mismos al personal: Rigrod, Capshaw, Laura Suzuki. Conque tú decidiste seguir adelante con esta «gente», pero luego te pareció mal y...

—Te con contraté para que me descubrieras. —Desvió otra vez la mirada para contemplar las paredes del garaje con expresión dolorida. En un rincón había una colchoneta con las sábanas arrugadas donde debía dormir él. Sobre la almohada había clavado

un viejo cartel del primer Tulip Ii, junto a una foto autografiada de John y Yoko—. Ya s sabes, Moses. En este p país, puedes soñar todo lo que qui quieras, pero a f fin de cuentas, todos trabajamos para el go gobierno o la GTI.

Comprendí qué quería decir. En cierta forma, sonaba como una débil excusa, pero había demasiado de cierto en ella para contradecirle. Tampoco venía al caso señalar lo evidente, que en otras sociedades ni siquiera quedaba la alternativa de servir a una corporación. Wiz había comido del Fruto Prohibido, y eso era todo.

—Sí bueno —dije yo—. Está claro que tampoco a Rigrod le gustaba mucho. Por eso Capshaw acabó con él, pero no antes de que terminara Pez Globo. El pequeño descendiente de tu Viuda Negra... ¿Tienes idea de qué se trata?

Wiz meneó la cabeza.

—N nosotros fabricamos ordenadores p personales —añadió, con poca convicción.

—Uh huh. ¿Y qué me dices del chip de Micro Memories? ¿Tienes alguno?

Me miró un instante y luego se acercó a uno de los bancos de trabajo, señalando hacia uno de entre los diversos chips que yacían desordenadamente junto a lo que reconocí como el circuito principal de un ordenador Bulb. Me aproximé unos pasos para verlo mejor. A mí me parecía igual a cualquier otro microchip de los que había visto, un ciempiés negro accidentalmente vuelto de espaldas, con sus decenas de patitas metálicas apuntando catatónicamente hacia arriba.

—Los CMOS son en realidad la actualización de una vieja tecnología —explicó Sara, tratando de parecer objetiva—. En los años cincuenta y sesenta los llamaban transistores de efecto de campo.

—¿Lo has probado? —le pregunté a Wiz, señalando el circuito con un movimiento de cabeza.

—Pues c claro. Funciona.

—Controla la capacidad de hablar del Bulb, ¿no es eso? —Sonreí levemente—. Igual que Toto.

—En entre otras co cosas. Todos los chips tienen muchas a aplicaciones.

—Por supuesto. —Iba a cogerlo, pero pensé que podía ensuciarlo

—. Mira —añadí—, está muy claro por qué Rigrod le puso el nombre de Pez Globo. Para él, la cultura japonesa tenía todas las respuestas, y el pez globo es una clase de *sashimi* que, según dicen, es exquisito si se prepara como es debido, pero resulta irremediabilmente mortal si se come la parte que no se debe. Supongo que este chip es una especie de pez globo.

Wiz cruzó los brazos frente a sí, sujetándose los hombros opuestos como para protegerse de un golpe. Sara se situó detrás de él y lo abrazó con suavidad. Ambos esperaron a que continuase.

—Ya lo veis. Nadie sabía qué era Pez Globo. Ni los rusos desde su puesto de escucha en el consulado, ni los turbios negociantes japoneses que estuvieron explotando a Laura durante tantos años. Sólo sabían que era algo importante, algo nuevo. Los únicos que verdaderamente lo sabían eran Rigrod y Capshaw..., aparte de la «gente» que vino a verte y que los contrató. Por lo tanto, inventaron el juego como una distracción, una cobertura para lo que en realidad hacían que fuese capaz de engañar a Laura, a Maximov e incluso, afortunadamente, al mismo Capshaw, una vez que Rigrod se dio cuenta de la locura en que estaba participando. —Sacudí la cabeza—. Debió de ser un brillante y retorcido cabrón... ¿Has leído alguna vez *El Hagakure*?

—¿Qué es eso? —inquirió Sara.

—Una especie de libro de samuráis del siglo XVIII sobre el que Rigrod juraba. Defiende el amor homosexual, el silencio y la aceptación de la muerte... Pero eso nos lleva al auténtico Pez Globo. Ya lo veis: he llegado a sospechar que fue proyectado con la única intención de que lo robaran.

Sara y Wiz se miraron el uno al otro.

—No de la forma habitual —proseguí—, no por los motivos habituales, sino accidentalmente. Recordad, no hace tanto tiempo que asesinaron a Nicky Li en un restaurante. Aquello no fue ningún accidente. Cuando visité su antigua sucursal en el distrito de Akihabara, en Tokio, ya estaba allí Maximov, el jefe de sección del viejo San Francisco, esperando mi llegada. Y ellos, la antigua empresa de Nicky bajo los nuevos directores, afirmaban estar preparando un ordenador Bulb falsificado, como antes habían hecho con el Tulip II y, supongo, con GTI PC y cualquier otro producto que les permitiera ganar algún dinero en el mercado internacional.

Nada serio, por lo general, pero pensadlo bien. ¿Qué destino tienen estos ordenadores y qué hacen tipos como Maximov en Akihabara?

—Comprarlos y mandarlos a la Unión Soviética.

—Exacto. ¿Y para qué? ¿Para que algún estudiante moscovita pueda admirar a la señorita Pac Man en la intimidad de su hogar? Desde luego que no. Los compran, los desmontan y utilizan los microchips en los sistemas de orientación de todas las armas aéreas, terrestres y marítimas que poseen. Eso ya lo sabemos. Son, como dijo Capshaw, un país de tecno bárbaros paranoicos. Y Capshaw sabía muy bien qué había dentro de Pez Globo. Lamentablemente, creo que los próximos en enterarse van a ser los que controlan esas armas rusas..., o quizá el pobre desgraciado que esté pilotando un avión de Aeroflot desde Ciorki a Irkutsk, una vez que esos idiotas ansiosos pongan sus manos en los nuevos ordenadores Bulb, provistos del nuevo y maravilloso chip CMOS de Micro Memories... ¡Vaya! De hecho, ni los mismos empleados de Micro Memories saben qué programa lleva el microchip, ¿no es cierto? Ellos se han limitado a seguir los planos. Me pregunto quién los diseñaría.

Wiz tenía una expresión hosca. Se apoyó en el banco de trabajo y cerró los ojos.

—Ya sé que parece extraño, pero es la única explicación que se me ocurre para todo este maldito enredo. Así es el pez globo: un sabor excelente, pero capaz de matarte si lo tomas del modo equivocado.

—Estás diciéndolo —comenzó Wiz, abriendo apenas los ojos—, que tratamos de deliberadamente de plantar nuestros chips en su armamento...

—Engañarlos para que los cojan. Mira..., si hace años que sabemos que están utilizando nuestros chips, sacándolos de juguetes infantiles, equipos de música, ordenadores..., ¿por qué no habríamos de fabricar uno especialmente para ellos? Un chip que fuera una trampa explosiva, calculado para que les estallara en la cara... ¡Un pez globo! Además, puesto que no saben producir chips tan avanzados como los nuestros, nunca sabrían qué les golpeó. Podríamos hacer lo que nos diera la gana. ¡No tienen forma de impedirlo!

—¡Oh, Moses! ¡Por favor! —intervino Sara—. Esto es ridículo. Si Alex creyera lo que estás diciendo, tendría que anular el pedido,

detener la cadena de montaje durante Dios sabe cuánto tiempo y hundir a Tulip, y a él mismo con la compañía. Mucha gente trabaja para Tulip y cree en lo que representa, cosas que tú, entre todos ellos, has dicho siempre apoyar y respetar. Es decir, a menos que hayas sido un hipócrita toda tu vida.

Wiz habló antes de que yo pudiera responder.

—Va vamos a probarlo.

Tomó el CMOS y lo insertó en el circuito. Luego devolvió la placa del circuito a su lugar en el ordenador y lo conectó. El logotipo de Tulip se formó al instante.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sara, impaciente.

—Dile algo —sugerí.

—Hola, Baker Charlie. Uno, dos, tres, probando. —Las palabras aparecieron casi instantáneamente en la pantalla del Bulb.

—Ya ves —insistió Sara—. Normal. Ahora vete, Moses y déjanos en paz. —Me dirigió una mirada de tremenda intensidad, era una tigresa protegiendo a su hombre. Vacilé, durante unos instantes.

—Una cosa más, Sara. —Me volví hacia la máquina y me incliné—. *Dasvidanya, tovarich* —exclamé, «adiós, camarada», las únicas palabras en ruso que conocía aparte de *niet* y *vodka*. No pasó nada.

—Ya es suficiente —dijo Sara. Extendió su mano hacia el ordenador para desconectarlo, pero Wiz se lo impidió.

—Pa para activar el re reconocimiento de la voz, hay que hablar con un acento co correcto. Si no, la c curva no coincide. —Miró la pantalla y pronunció dos palabras en ruso—. ¡*Brosai bombu*! —La máquina las escribió en el monitor tan rápidamente como había hecho con el inglés.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Ti tiren la bomba —respondió Wiz llanamente, sin dejar que el menor atisbo de una sonrisa traicionara la ironía de su elección. Las palabras se borraron de la pantalla al cabo de un par de segundos, igual que las inglesas, y Sara se rio, aliviada al ver que seguía sin ocurrir nada. Este CMOS en particular sólo era lo que pretendía ser; desde luego, no una trampa macabra y de alta tecnología para confundir los sistemas armados de una potencia enemiga, sino un dispositivo mortal tan siniestro, a su manera, como la guerra bacteriológica, porque nadie podía predecir hasta donde llegaría el pequeño componente ni qué utilidad le darían

aquellos tecno bárbaros. No tenía por qué ser usado en un arma. Los ingenuos bobos podían montar el chip en la sala de control del metro de Moscú, por el amor de Dios, o en el centro de información de un gran hospital, o en el sistema de inyección de combustible de un autobús público que terminaría saltando en la maldita carretera... ¡Y siempre pensarían que estaban utilizando la más avanzada tecnología norteamericana!

De todos modos, parecía que me había equivocado. La pantalla del monitor estaba vacía, y todo se veía en orden. Pero entonces me fijé en Wiz. Al parecer, él había llegado a otra conclusión. No podía apartar los ojos de la máquina. Su rostro estaba ceniciento. Una lágrima solitaria comenzó a rodar por su mejilla derecha. Olfateé el aire. Había un raro olor amargo, como de algo quemándose..., goma, cables, quizá ambas cosas. Un corto circuito. Sara clavó los dedos en el hombro de Wiz. De pronto brotó humo por las aberturas de ventilación situadas en la parte trasera del ordenador. Luego fueron chispas, que saltaban como los fuegos artificiales del 4 de julio. Fui a desconectar el aparato, pero Wiz me lo impidió, sujetándome con una fuerza que yo no había imaginado que tuviera.

—¡No! ¡Deja que arda! —gritó—. ¡Deja que arda todo!

Se incorporó de un salto y corrió hacia un armario del que sacó una lata de líquido para encendedores que derramó sobre el banco de trabajo.

—¡Por Dios, Alex! ¿Qué estás haciendo? —aulló Sara.

—Por lo que a mí respecta, ya todo es ceniza. Todo. ¡Que se lo queden! Vámonos. —Nos asió a los dos de las manos, nos arrastró fuera del garaje y cerró la puerta al salir—. No os preocupéis. Las paredes son a prueba de incendio... ¡No soportaría ver de nuevo este lugar!

Tenía razón. Permanecimos allí en silencio durante la siguiente media hora, viendo las llamas del interior a través de la ventana del garaje y escuchando las pequeñas explosiones que producía el fuego al llegar a los tubos de rayos catódicos. Era toda una exhibición, en realidad. No tan triste como habría pensado.

Cuando terminó, Wiz se volvió hacia su mujer.

—Quiero irme ahora mismo, Sara. Quiero irme a un lugar del mundo bien lejano, donde nadie nos conozca. Un lugar como

Cachemira, para vivir allí contigo una larga temporada. ¿Quieres venir?

Sara le respondió con un apretado y cariñoso abrazo.

—Adiós, Moses. —Estrechó cordialmente mi mano—. Ha sido un placer conocerte.

—Adiós, Alex —respondí—. También yo pienso lo mismo. Estoy seguro de que abandonaré la Tulip... Creo que la vida corporativa aun me fastidia más que a ti.

—Ya lo sé.

Luego se dirigió hasta la cabina telefónica más cercana y, realizando su último acto como jefe de la Tulip Computer Corporation, mandó un telegrama a Micro Memories anulando el pedido de los chips CMOS. Pero todos sabíamos que era inútil. Una vez que se ha creado un monstruo como éste, es casi imposible contener su furia asesina. Tarde o temprano aparecería en un ordenador de otra marca o en un equipo de vídeo, como un accesorio.

Wiz lo reconoció con una triste sonrisa. Subimos todos al coche de Sara y marchamos con dirección a las colinas. Veinte minutos más tarde los vi por última vez, cuando me dejaron ante mi casa y se despidieron con un bocinazo amistoso antes de perderse en la noche. Supongo que ya no se detuvieron hasta llegar a Cachemira.

En cuanto a mí, a la mañana siguiente me levanté temprano y enterré a un robot. Luego subí a mi coche y puse rumbo a Los Ángeles para ver a mis hijos. No, la vida de una corporación no estaba hecha para mí. Mientras conducía pensé una vez más en las extrañas palabras de sabiduría del *Hagakure* de Rigrod. En aquel momento, éstas fueron las que me parecieron más claras:

La vida humana no dura sino un instante. Habría que dedicarla a hacer lo que a uno le plazca. En este mundo fugitivo como un sueño, vivir el sufrimiento de hacer sólo lo que a uno le disgusta es pura locura.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



ROGER L. SIMON (1943). Novelista norteamericano y realizador cinematográfico, vive en california, es el creador del detective Moses Wine, protagonista de *California Roll*, su última novela, con este personaje detectivesco, que el *Washington Post* califica como el «Sam Spade de hoy», ha obtenido el Mystery Writers of America y el Crime Writers of Great Britain, los dos premios de la literatura policíaca más importantes del mundo anglosajón.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. En inglés, la pronunciación de «musgo marino» (*sea moss*) y de las siglas CMOS (*Complementary Metal Oxide Semiconductor*) resulta idéntica (*N. del T.*). < <